

A woman in a blue coat with gold buttons is holding a colorful parrot on a ship's deck. The parrot has blue, yellow, and red feathers. The background shows the ship's rigging and ropes.

Lady Zoella

LA REINA DE LOS MARES

ESCRITO POR
E. BETANCOURT

LADY ZOELLA
ELIZABETH BETANCOURT

Sinopsis

Es el año 1625, Reino de Inglaterra. Muchos cambios políticos y decisivos para el reino están ocurriendo, la guerra anglo-española está en auge. Sin embargo, nada de esto les interesa a los duques de Buckingham que acaban de perder a su tesoro más preciado.

Zoella Etherington ha desaparecido. Toda la ciudad está en un estado de trauma, la futura duquesa tiene tan solo cinco años. Nadie se imagina que la pequeña mientras jugaba se ha subido a un barco de piratas y que estará en ese barco hasta sus dieciocho años, convirtiéndose en una pirata temible, la reina de los mares.

Amos Hamilton está desesperado porque desde que ha comenzado la época de presentación en sociedad no se quita de encima ni con agua hirviendo a Zoella, una salvaje pirata que había resultado ser duquesa. No la podía aguantar porque había matado a toda su tripulación hundiendo su barco cuando viajaba a España. Ella no se acordaba, pero él sí recordaba sus ojos verdes de serpiente. Una noche el duque se quedó espantado al ver que la loca le había raptado en su barco "Furia del Mar". ¿Podría escaparse o su corazón se hechizaría con esa peligrosa mujer que en el fondo tenía un corazón tan grande como el mismísimo Reino de Inglaterra?

Capítulo 1

"La vida no se trata de sobrevivir a una tempestad, se trata de bailar bajo la lluvia"

La pequeña contemplaba con sus grandes ojos verdes cómo jugaban los niños en la calle ante la tienda donde su institutriz Esther, se encontraba, mirando con ojo crítico los vestidos que le mostraba la famosa modista de Buckingham, la madame Furstenberg. A Zoella todo eso la aburría muchísimo. Tener que esperar horas y horas para que las mujeres hablarán, que después la madame le tomará las medidas para diseñar un vestido soso, estúpido y con el que era de lo más incómodo correr. Sentía una gran envidia de esos niños que corrían libremente, del viento que rozaba sus mejillas sonrosadas y de sus enormes sonrisas. Cuando ella reía con ganas, su madre y su institutriz la echaban la bronca porque al parecer no era un comportamiento adecuado para una futura duquesa. No podía saltar, correr ni nada porque eso no hacían las señoritas y porque era imposible con esos horrendos vestidos con los que parecía una bola de azúcar. Resopló otra vez y Esther la echó una mirada fulminante.

Se calló al instante, sin atreverse a decir una palabra. Esther tocó su espalda imperceptiblemente y Zoella entendió que otra vez su postura no era la apropiada. Inmediatamente puso la espalda recta y alzó la barbilla. Era la futura duquesa de Buckingham y nadie debía dudarle.

Afortunadamente, al probarse uno de los vestidos que era de color rosa palo y que no le sentaba en lo absoluto bien, según su opinión, pues ella de por sí era pálida y su cabello era castaño, le quedó bien en lo que a proporciones se trataba. Eso significaba que la tortura no iba a prolongarse.

Era una pena no poder llevar colores oscuros como Esther o la madame. Eso sería hasta que se casará algún día.

Justo cuando Esther iba a despedirse, madame Furstenberg dijo.

—Querida, ¿Ha oído lo que ha pasado en la última fiesta de Lord Pembroke?

—Mi señora me comentó algo. ¡Qué catástrofe! ¡A quién se le ocurre poner las mesas de color verde pistacho!

—Me lo ha comentado una de mis clientas. Dicen que fue un escándalo enorme. La nueva señora Pembroke al parecer no tiene ningún gusto.

Zoella sonrió porque estaba claro que su institutriz ya no iba a prestarle ninguna atención. Cuando se trataba de chismes a la mujer le brillaban de una manera singular esos ojos ámbar que tenía. Se le olvidaban todas las normas y estupideces que no paraba de repetirla cientos de veces en el día a día.

Sigilosamente salió y respiró hondo al sentir el aire frío acariciar su rostro. Una niña rubia que tenía dos trenzas pasó riendo ante ella, dirigiéndose hacia otros niños que sujetaban una especie de caballo echo de madera. Estaban todos muy contentos por jugar con ese cachivache. Ella tenía cientos de muñecos, pero nunca jugaba con ellos, pues entre las clases de bordar, las clases de piano y dibujo, no tenía tiempo. Instintivamente corrió hacia ellos hasta que el ruido de un barco que se acercaba a la orilla llamó su atención.

Al ver el barco de cerca, miró con los ojos abiertos como platos la majestuosidad de aquella cosa tan enorme. Era de color marrón oscuro y sus velas eran blancas. En el centro en una de las velas había un enorme dibujo de la cabeza de una calavera. ¡Era un barco pirata! Nunca había visto uno en vivo, pero sí había oído a su padre quejarse de los piratas y describir a los barcos de estos ante los demás nobles.

Decidió acercarse para echar un vistazo y cuanto más se aproximaba, más fuerte golpeaba su corazón en el pecho. Era tan hermoso. Dio un respingo cuando un tumulto de hombres fuertes y muy diferentes de aspecto a los caballeros que ella había visto, bajaron del barco riendo y bebiendo. Parecían tan felices y libres...

Deseando ver más, siguió caminando hacia el barco. Nadie la veía, era tan pequeña que no llamaba la atención.

El barco parecía estar vacío, pues todos sus tripulantes habían bajado. Seguro que no pasaba nada si entraba a dentro solo para mirar un ratito. Su curiosidad gritaba para que fuera y con una sonrisa maliciosa, imaginándose el grito que pegaría Esther cuando se enterará, se encaminó hasta llegar a la proa.

La estatua de un hombre musculoso y con cola de sirena se alzaba ante su vista. Por debajo de esta en letras de madera ponía: "Furia del mar". Impaciente, se subió hasta arriba y paseó observando el mar y disfrutando del viento que agitaba su cabello. Unas voces la asustaron y llena de pánico se escondió detrás de lo que parecía ser un barril.

—¿No vamos a descansar aquí, capitán? -Preguntó Timothy

—No. Debemos ser rápidos y llegar a nuestro destino. Presiento que habrá una fuerte tormenta y si nos quedamos aquí tendremos que alargar nuestra estancia o peor, emprenderíamos el viaje y la tormenta nos alcanzaría. —Contestó el capitán Barba Negra. Nadie sabía su nombre de verdad.

Zoella les escuchaba atentamente, maldiciéndose. ¿Cómo podría salir de allí sin ser vista?

Echó un vistazo rápido a los hombres. El tal Timothy era bajito y de cabello rojizo. Su nariz era aguileña y su tez blanca como el marfil. El que era capitán, sí que imponía. Moreno, de piel pálida y con unos ojos tan oscuros como una noche sin luna. Tenía una especie de verruga en el mentón. Zoella se quedó sin aliento al mirar hacia abajo. ¡Le faltaba una pierna! En su lugar tenía una especie de palo de madera incrustado en la rodilla, que es de donde acababa la pierna en sí.

Respiró hondo y se dijo que, si se agachaba lo suficiente, tal vez podría pasar desapercibida. Al fin y al cabo, lo hacía constantemente a sus padres y a su institutriz. ¿Por qué no a esos piratas?

Agachada como una tortuga empezó a gatear hasta la salida que tampoco se encontraba tan lejos de ella. Un tumulto de pisadas hizo que se apartará para atrás con rapidez dándose un golpe en la cabeza en aquel barril.

—¿Has oído eso? —Preguntó Timothy.

—Son los chicos. Seguro que al viejo Eddie le ha empezado a doler la pierna. Ya sabes que eso significa que el tiempo va a cambiar.

— ¡Emprendamos ya el viaje, capitán! Me ha empezado a joder la pierna. Seguro que llueve. Ya sabéis que nunca me engaña esta pata. —Gritó Eddie que venía hacia ellos. El resto de la tripulación ya estaba en sus respectivos sitios, todos preparados para empezar una nueva aventura.

Eddie escupió al suelo y con su característica ronca voz de beber tanto ron, dijo.

— Vayámonos al Este. Dicen que por esa zona hay buenas putas.

Zoella se tapó la boca escandalizada. Sabía que el significado de esa palabra era mala. Asustada, se acurrucó en la esquina apoyando su cabeza sobre la madera del barril.

¡No sabía qué hacer! ¿Y si esos hombres eran viles? ¿La matarían si se mostraba ante ellos?

Solo de pensarlo los pelos se le pusieron de punta. No, no se arriesgaría. Se acurrucaría allí y en cuanto el barco parará se fugaría. A fin de cuentas, si ese tal Eddie tenía razón y había tormenta, seguro que no viajarían mucho tiempo y no se alejaría demasiado de casa. Después algún noble la llevaría de vuelta. Al fin y al cabo, era la futura duquesa de Buckingham.

Mientras el tiempo pasaba y sus tripas gruñían cada vez más, aparte de tener todo el cuerpo dolorido por la postura que había adoptado, sin darse cuenta se dejó en las manos de Morfeo. El sueño era lo único que podía hacerla dejar de pensar en el hambre y en el frescor del aire que empezaba a quemar sus mejillas. Afortunadamente estaba tan cansada por su pequeña aventura que se durmió tan profundamente que ni siquiera sentía las olas del mar.

Un movimiento brusco del barco, la despertó. Con cansancio abrió sus hermosos luceros. Uno de los rasgos más bonitos que tenía, solía decir su institutriz. De hecho, muchas veces la decía que, sin sus ojos, probablemente no tendría nada especial ni ninguna cualidad que destacar. Hizo una mueca al sentir pinchazos en su estómago. ¡Qué hambre! Lo que daría ahora mismo por un estofado. ¡Oh! ¡Unos pastelitos con té! Su tripa empezó a gruñir de manera alarmante.

Zoella se asustó de que alguno de esos salvajes se percatará de su presencia. Había oído historias fascinantes sobre los piratas. Esa rebeldía y libertad que parecían poseer, ese desinterés en lo que piensa de ellos la sociedad, provocaba cierta admiración hacia ellos en su pequeño corazoncillo. Pero, a su vez temor, porque muchas veces sus padres la habían advertido que una futura duquesa podía ser un buen botín para gente de esa clase, o mejor dicho para gente sin clase alguna. Mientras meditaba sobre ello, estiró la pierna sin pensar.

El capitán Barba Negra, se percató enseguida de algo distintivo en su barco. Un pie minúsculo con un zapato, típico de una niña rica se movía de izquierda hacia la derecha ante sus ojos. ¿Cómo había podido entrar esa pequeña en su barco? No sabía qué hacer. ¿Debía ir y gritarla por subirse a su barco? No. Probablemente se asustaría y lloraría. ¡No aguantaba que los mocosos llorarán! ¿Debía llevarla de vuelta con sus padres? No. Probablemente le meterían tras las rejas de por vida o peor. ¡Le matarían! Llevaba años siendo capitán del "Furia del Mar" y nunca se había encontrado en una encrucijada así. Podía contra otros piratas, saquear barcos y pelear cuerpo a cuerpo usando su espada con destreza, pero no podía con una niña. Miró otra vez el zapatito de color rojo. La criatura, en su inocencia ni siquiera se percataba de que no estaba para nada escondida.

Con grandes zancadas el capitán empezó a caminar en dirección a la intrusa. Barba Negra estaba entre nervioso y sumamente malhumorado. Lo único que necesitaba precisamente en ese momento era cuidar de una ricachona. ¡Qué demonios les había hecho a los dioses del mar para tal castigo! Se preguntaba...

Zoella comenzó a sentir los rápidos latidos de su corazón. Le costaba cada vez más respirar y con cada paso que oía aproximarse, más temblaba su pequeño cuerpecito.

Cuando vio un pie tan sucio que repugnaba, casi da un respingo.

—¿Qué tenemos por aquí? -Oyó la voz rasgada del capitán. Sin controlarse estalló en sollozos que salían por su garganta de forma involuntaria.

— ¡Por qué lloras! -La espetó el hombre cuya cara de repente estaba ante ella. La voz de Zoella no salía y del pánico se puso a llorar a lágrima viva ya. El capitán chasqueó la lengua y la fulminó con sus oscuros ojos.

—¡Débil florecilla! Tendremos que llevarte pronto a casa porque si no el mar te engullirá. Aquí los que tienen un carácter tan débil duran segundos.

— ¡Tengo cinco años! -Exclamó, ahora ofendida. ¿A caso no era normal su reacción? ¡Estaba entre desconocidos que no sabían lo que era bañarse!

El Capitán la miró esta vez con un brillo que danzaba divertido en sus luceros. Vio una rebeldía inusual para la posición de una niña. Era como esos gatitos que tenían miedo de acercarse y ver lo que pasaba a su alrededor, pero lo hacían a pesar de ello porque eran curiosos y traviosos. La niña le recordó a sí mismo de pequeño. Desde luego, se trataba de dos personas

muy diferentes que pertenecían a dos mundos opuestos, pero había una cosa común entre ambos. Esa rebeldía, la furia que ahora ella sentía mirándole fijamente a los ojos con la barbilla levantada. Ella no rogaba, no. Barba Negra se dio cuenta que de mayor sería de esas personas que se enfrentan a las adversidades y no que suplican, huyen o se humillan. Con cierta admiración contempló analizando el rostro de la pequeña. Cabello castaño con destellos rubios parecidos a la tonalidad de la miel. Piel blanca como la nieve en los meses de invierno más duros. Pero lo que más destacaba de todo aquel rostro aniñado y hermoso eran esos ojos. El Capitán nunca antes había visto unos ojos tan verdes. Estaban adornados por unas pestañas gruesas y oscuras. De mayor robaría el corazón a muchos pobres hombres, pensó. Debía devolverla a sus padres, pero un sentimiento profundo y difícil de no hacerle caso se interponía en esa decisión. Él nunca había tenido una hija o un hijo. Ya tenía cierta edad en la que deseaba poder al menos enseñar su legado a una futura generación. Él no podía permanecer en tierra y ninguna dama e incluso prostituta aguantaba la vida de un pirata en el mar. No, no tenía tiempo para procrear y ver a un hijo controlando a la "Furia del Mar". Se fijó otra vez en la chica. No era un macho y era de aspecto físico grácil y frágil como cualquier fémica que hubiera conocido en su larga vida, pero había algo en ella. En esos ojos verdes había más fortaleza que en cada hueso de los hombres de su tripulación. Veía valentía, justicia, honor... Tal vez se estaba volviendo loco. Tarde o temprano sabía que iba a ocurrir, la noche anterior le había parecido ver una sirena. Si un pirata perdía la pierna, la mano o cualquier otra extremidad no pasaba nada, pero sí perdía la cabeza...

—¿Cómo te llamas? -Preguntó intentando por una vez en su vida, no sonar amenazante.

—Zoella Etherington, señor pirata. -Respondió la niña en un tono precavido, pero a su vez se notaba que se obligaba a sí misma, parecer valiente, como si no le temiera al capitán cuyo aspecto, todos reconocían, no era precisamente el rostro de un hombre benevolente.

Barba Negra se quedó perplejo. ¡Era la futura duquesa la que estaba en su barco! Odiaba al duque William, el padre de aquella niña ojiverde que le taladraba ahora mismo con su mirada. Ese hombre casi le deja sin barco una vez y eso que su tripulación era la que tenía fama de invencible, y su barco era el más veloz. El duque había sido el primer hombre que no le había temido y ahora su hija también se alzaba ante él orgullosa, sin amedrentarse.

Una idea cruzó en la cabeza del capitán. ¿Y si no la devolvía? ¿Y si la convertía en la capitana más feroz de los mares? El sueño y al mismo tiempo el terror de cualquier hombre. ¿Cómo reaccionaría William si en el futuro se enterará que su propia hija se había convertido en lo que más odiaba él? ¡Una pirata!

Capítulo 2

Sé cuidadoso con tus palabras, una vez dichas solo pueden ser perdonadas, no olvidadas.

Después de trece años:

Esta noche el mar estaba en calma, una tranquilidad aparente que a Zoella la ponía de los nervios. Su padre había enfermado hacía unos meses y su corazón estaba siempre encogido. Todos creían que era fría como el hielo y que no temía, pero ahora mismo sentía que el miedo paralizaba su cuerpo. Él era lo único que tenía y ella sabía que pronto la dejaría. ¿Qué haría entonces? ¿Cómo podría hacer frente a las dificultades del mar sin su apoyo? Se preguntaba sin hacer caso al frío de la noche que acariciaba sus desnudos brazos. Toda la tripulación estaba como ida, cada uno sumido en sus pensamientos. Cada uno pensando en su futuro incierto. ¡Los piratas no tenían futuro! Nada les esperaba en tierra, seguramente se quedarían con ella.

Un dolor tan profundo devoraba su alma que por una vez se dejó llevar y las lágrimas empezaron a brotar por sus ojos. Ahora se lo podía permitir, pues todos estaban dormidos y ella se encontraba solamente acompañada por la noche. Miró su reflejo en las oscuras aguas, solo se veía su sombra borrosa por las pequeñas olas. Aspiró con fuerza y llenó sus pulmones soltando todo el aire después de golpe. ¡La vida era injusta! Primero perdía a sus padres y ahora a Barba Negra. Su mentor, padre, mejor amigo...

—Solo el mar ahora mismo puede saber el tamaño de tan grande dolor que sientes. —Se oyó una voz detrás de sus espaldas. Sonrió sin poder evitarlo, era el viejo Eddie. Él la había enseñado a pescar y llevar el timón como nadie. Se dio la vuelta y le miró con ternura. Ante él no tenía que disimular.

—El mar y tú, que siempre has tenido la habilidad de ver a través de mí, como si fuera tan transparente como el agua.

—Eso es porque soy tan sabio como el mar, pequeña. —Respondió Eddie y ella rio. Ese viejo era capaz de bromear incluso en esa situación. Recordaba perfectamente cuando tenía diez años. Una de las tormentas más grandes que alguna vez había presenciado, les había asaltado. Eddie llevaba el timón con maestría y de mientras cantaba una vieja canción pirata. Todos le miraban boquiabiertos. —"¡Poneos a trabajar, zopencos!" -Gritaba el viejo que tenía una salud tan firme y fuerte como el Furia del mar. Ninguna tormenta, ataque, u olas tan grandes que parecía el fin de mundo, había logrado acabar con él. Su nombre le iba de perlas.

—¿Qué voy a hacer ahora, Eddie? —Preguntó Zoella y el viejo pirata pudo adivinar en su mirada el terror y una tristeza tan profunda... La fulminó con la mirada.

—¡Cómo que qué vas a hacer! ¡Gobernarás este barco como la mejor capitana y pirata conocida de los mares! -Dijo Eddie y ella se irguió sabiendo que él tenía razón. Debía ser fuerte.

—Además... Has nacido para algo aún más grande que la piratería. —Dijo repentinamente Eddie con la mirada pérdida en el mar, parecía recordar algo. Algo que le entristecía.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Zoella apartando un mechón de sus largos rizos que incordiaba su vista.

—A su debido tiempo lo comprenderás, pequeña. —Respondió Eddie y se alejó sin darle la oportunidad de indagar más.

Zoella fue hasta su pequeña habitación. A dentro solo cabía una cama de madera que habían construido toda la tripulación cuando tenía siete años, hasta ese momento dormía con Barba Negra y muchas veces se quedaba en cubierta mirando la luna y pensando en sus padres.

Se bebió toda la botella de ron y bruscamente se borró con el dorso de la mano el líquido de

las comisuras de sus labios. Mañana atacarían a un barco finolis. Debía ponerse las pilas y dejar de lamer sus heridas. Tal vez si le traía un succulento botín a Barba Negra, se ponía bien, o al menos se sentiría aún más orgulloso de ella.

Finalmente se durmió. Faltaban pocas horas para el amanecer y al día siguiente debía tener la compostura de siempre. La primera regla que la había enseñado Barba Negra había sido: —"Haz que te teman, si ven una debilidad perderás la vida". Y ella había seguido esa regla de cabo a rabo. Apagó la vela que tenía encendida y se durmió, no antes sin pensar detenidamente en su estrategia para el día de mañana. Iba a dejar el barco de los finolis, trizas. Eso lo tenía claro.

—¡Niña, ya es la hora! —El grito de Timothy casi hace que le estallé la oreja. Se levantó con rapidez, prácticamente saltando. Cuando sabía que la tocaría luchar era como si un fuego recorriera su cuerpo. Eddie solía decir que ella era una mujer forjada en el calor de la batalla que había nacido en el sitio equivocado. Tal vez tenía razón. No existía nada que la hiciera sentirse más viva que luchar.

Timothy salió de la habitación tan rápido como apareció, pues Zoella había empezado a vestirse sus calzas. La niña había crecido y se había transformado en una mujer, pero parecía que ella no se percataba. Dormía muchas veces casi desnuda arropada únicamente por las pieles de zorro que había traído Barba Negra antes de que se enfermará. Zoella ni siquiera se paraba a pensar en lo que podía ocurrir si uno de los hombres entrará en su camarote. A pesar de haber crecido ante los ojos de la mayoría de aquellos hombres, no dudaría ninguno si se le presentará la oportunidad de saborearla, pues era digna de llamarse, "Mujer". Cuerpo esbelto, pechos y caderas generosas, piernas largas. Tendría que decirle que empezará a dormir vestida, en el futuro podría haber un problema. Pensaba el hombre mientras se quedaba ante la puerta de su capitana. Su instinto le decía que debía protegerla. La amaba como a una hija y aunque era una mujer fuerte, decidida y muy independiente, para otras cosas seguía siendo muy inocente. Le aterraba la idea de que algún engréido se aprovechará de ello, pero él estaría allí, para tirarlo por la borda, encantado de la vida.

—¡Timothy! ¿Dónde está la navaja de papa? —Preguntó gritando Zoella, desde dentro. Timothy sonrió pensando que era un tonto, tenía que haberle dado su navaja, pues ella creía que la traía suerte.

—Te la di antes de ayer y no me la has devuelto. —Seguía protestando la chica.

—Lo tengo aquí, tranquila capitana. —Respondió el pelirrojo, divertido.

Zoella salió y el hombre la miró con admiración. ¡Era una visión espectacular! Lograba ganar a la mayoría de hombres peleando porque estos quedaban embobados por su belleza, aunque en la vida se le ocurriría decírselo, se pondría hecha una furia y eso sería terrible. Timothy había presenciado incontables veces cómo su capitana cortaba cabezas con frialdad. Ellos la habían convertido en eso y habían hecho un trabajo estupendo.

Sus calzas de color rojo eran anchas para permitirle más flexibilidad al moverse y, sin embargo, no lograban ocultar su figura gracias a la camisa blanca y el corsé que llevaba sobre esta. Su cintura parecía mucho más diminuta. Un fajín de color negro rodeaba su espalda y en sus pliegues guardaba parte de su armamento. Tenía tres cuchillos, la navaja que se iba a poner ahora y por supuesto, una granada que solo usaría en caso muy necesario, por lo general no llegaba hasta allí, pues al ser más pequeña que la mayoría de hombres, veloz y flexible, tumbaba a sus enemigos con eficacia y rapidez. Naturalmente, la habían costado muchas palizas durante sus duros entrenamientos con Barba Negra cuando era niña, pero al final había aprendido, de hecho, había superado a su mentor. Ahora sabía bien cuáles eran sus debilidades y sus puntos fuertes. Ese conocimiento y la inteligencia durante la batalla la había llevado a ganarse varias luchas y ese

apodo que le encantaba: "La reina del mar".

Zoella alzó la mano con la palma abierta, esperando su pequeña navaja. El mango era de color dorado y lo amaba, sentía que llevándolo podría hacer frente a cualquier enemigo, aunque sonará estúpido.

—¡Capitana! —Se oyó la voz agitada de uno chico joven de su tripulación. Era nuevo y se encargaba a ayudar en la cocina y en la limpieza del Furia del Mar. Era un buen chico, Zoella ya se había encargado de comprobar la lealtad del mozo. Lo había hecho de forma astuta, colocando algunas monedas de oro cerca de Isaac, haciéndole pensar que estaba totalmente solo y que nadie podría pillarle. ¡Ni siquiera se había detenido a mirarlo! Al ver las monedas inmediatamente la había llamado a ella. Zoella no sabía qué pensar. Estaba claro que el chico o era muy tonto o muy leal. Posiblemente las dos cosas significaban lo mismo en realidad.

—¿Qué pasa Isaac? —Preguntó con autoridad.

—Eddie dice que hay un barco a la vista. En su lateral está escrito "Hamilton".

Los ojos de Zoella brillaron. Ese apellido sonaba importante...

—¿Tiene idea Eddie lo que pueden transportar? ¿A dónde se dirigirán?

—No sabemos, pero es posible que transporten esclavos. —Respondió el chico.

Zoella casi estalla. Así que los Hamilton eran de esa calaña de gente que se creía superior como todos los malditos nobles. Tratando a seres humanos como simples animales.

—¿Por qué creéis eso? —Preguntó con un tono de voz que le podía hacer mear a cualquiera.

—Hay negros que están amordazados en cubierta. Son pocos, probablemente el resto este encerrado abajo.

—Pensaba hacer un ataque directo, pero ahora mi prioridad es liberar a esa gente. Quiero que hagáis añicos ese maldito barco y dejaremos a los esclavos en la siguiente parada, que se la arreglen solos desde allí. —Reflexionaba Zoella.

—¡Espero que algún día se acabó la esclavitud! —Dijo, rabiosa.

—No creo que eso pase, capitana. No son como las personas, más bien parecen monos. — Respondió el chico y no vio venir la bofetada que le tumbó en el suelo, rompiéndole la nariz.

—No hables sin que te dé órdenes, mocoso. —Le dijo enfadada, pasando ante él como si fuera un don nadie, mientras Isaac sujetaba su nariz y lloraba de una manera que a Zoella le pareció tanto molesto como gracioso.

—¿Qué hacemos Zoella? Están acercándose. —Habló Eddie que estaba con una mano agarrada al timón y con la otra sujetando un binocular de tamaño mediano, alargado y en color teja y dorado.

—¡Abordad el barco! —Gritó Zoella, sintiendo su corazón golpear su pecho salvajemente. Eddie empezó con la labor con destreza, mientras su tripulación se ponía en posición de ataque.

Cada vez que se acercaban más hacia el Hamilton, más sentía Zoella el miedo en sus enemigos. Lo olía y era exquisito. Divertida, ordenó.

—¡Preparad los cañones!

Toda la tripulación sonrió. El viento estaba a su favor y las velas de Furia del mar aprovechaban la buena oportunidad.

—¡Timothy! Que cada uno de nuestros mejores tiradores se ponga en cada esquina del barco. — Dijo Zoella. Timothy asintió. Su capitana era inteligente, no debían subestimar a los enemigos nunca. Tal vez fueran finolis, pero eso no significaba que no tuvieran buena puntería.

—¡Alzad la bandera negra! —Gritó la capitana otra vez. No deseaba usar tácticas de engaño con esos estirados. Muchas veces solían engatusar a otros barcos poniendo diferentes colores de

banderas y así poder acercarse a ellos, pero esta vez Zoella deseaba que supieran que iban a por ellos y que no se tranquilizarían hasta atraparlos.

—Capitana, están mostrando una bandera blanca. Para ellos al parecer significa que no quieren luchar, piden paz. —La informó Eddie.

—Pues no la tendrán. —Respondió Zoella.

—¡Disparad! —Ordenó con saña y sus hombres empezaron. El barco Hamilton perdió a tres hombres de golpe lo cual supuso que intentarán defenderse. De repente únicamente se oía el ruido estruendoso de los arcabuces y el olor a pólvora que mostraba el comienzo de la lucha.

—¡Abordaje! ¡Fuego! —Gritó Zoella desgañitada al ver que Timothy había recibido un tiro en el brazo. La furia recorrió su cuerpo y ya no había nada que pudiera detenerla.

Los marineros acataron su orden y empezaron a lanzar abundante metralla sobre la cubierta del barco enemigo.

—¡Timothy, entra a dentro con papa! —Le dijo ella preocupada a uno de sus mejores marineros que a su vez era como una especie de tío para ella.

—¡No dejaré a mi capitana!

—¡Te lo ordenó!

—Y yo me paso por el culo tu orden, no dejaré a mi niña. —Contestó terco y ella no pudo más que voltear los ojos, deseando romperle la cabeza al muy obstinado.

Tras unos cañonazos, comprobó para su alegría que el Hamilton tenía algunas velas rotas. ¡Ya los tenían!

Furia del Mar cada vez estaba más cerca y cuando por fin se encontraban ante los enemigos que todavía intentaban defenderse, Zoella empezó a disparar logrando darles justo en la frente a cualquiera que se interponía a su paso.

—¡Liberad a los esclavos! —Gritó mientras observaba cómo un finolis venía hacia ella con cara de querer guerra. Podía meterle un tiro, pero deseaba divertirse un poco. Sacó uno de sus cuchillos más adorados, el que siempre tenía en sus botas que solo usaba durante las luchas, solía ir descalza la mayoría del tiempo.

Lo que parecía ser un soldado real se acercó a ella y sacó un sable pequeño. Zoella analizó a su contrincante, era dos veces más alto que ella. Tenía los brazos muy fuertes, si la agarraba sabía que no podría moverse y que él la mataría. Le sonrió repentinamente, captando su atención y antes de que se diera cuenta, le dio una patada en el costado, casi doblándole. En las manos no tenía tanta fuerza, pero una de sus patadas tumbaba al más fuerte. Él intentó levantarse, pero Zoella, con su característica velocidad le dio otra patada en la cara. El soldado esta vez fue más veloz y a pesar de que su nariz parecía rota y sangraba, se levantó y la dio un puñetazo. Zoella cayó al suelo y el hombre saltó sobre ella inmovilizándola.

—¿Vos sois la temible pirata de la que todo el mundo habla? —La preguntó con mirada de asco. —¡Es una simple furcia! —Añadió y de repente sintió justo en el corazón cómo se le clavaba algo. Era el puñal de Zoella y sin enterarse el soldado cayó en una oscuridad de la que no volvería a salir.

—Tu madre sí que es una furcia. —Dijo Zoella apartando su cuerpo inerte y levantándose. Si es que el problema de los hombres era que hablaban demasiado.

Los esclavos se trasladaron a Furia del mar sin rechistar. En sus miradas se podía apreciar que estaban aterrorizados y a Zoella no la extrañaba, debían haber pasado un auténtico infierno.

—Coged las cosas de valor. —Ordenó a su tripulación antes de darse la vuelta e irse con la cabeza levantada, como toda una reina, no en vano la llamaban la “reina de los mares”, deseaba dejar su posición clara.

—Les hemos machacado, ¿eh? —Se acercó el viejo Eddie riendo y danzando divertido.

—¿Cómo está Timothy? —Le preguntó ella, preocupada. Todos eran una familia, no tenían honor cuando saqueaban, pero sí tenían palabra unos con otros. ¡Ningún pirata se quedaba atrás, nunca! Eran fieles como perros.

—¡Bah! A ese le queda todavía mucha vida. Se han hecho cargo de él, tranquila. —Respondió Eddie.

—No fue nada difícil saquear a esos imbéciles. —Dijo pensativa Zoella, riendo burlona.

—Eso se debe a que la tripulación no valía la pena, pero el que parecía estar al mando era un luchador como los que quedan pocos. Peleaba bien, si todos hubieran sido como él, seguramente habríamos perdido. —Contestó Eddie.

—Yo no le vi, ni se me ocurriría que fuera tan bueno... ¿Ha muerto?

—Saltó de su barco y se fue nadando, pero es mucha distancia hasta la orilla, seguro de camino la palmará.

—Debo entender por tu mirada que el finolis te fascinó de alguna manera. —Le dijo Zoella, viendo una admiración sorprendente en el viejo Eddie, que pocas veces algo llamaba tanto su atención, pues ya había visto de todo.

—No puedo olvidar sus ojos negros, tan llenos de odio. Parecía que nunca antes alguien se hubiera atrevido a humillarle como nosotros.

—Pues que se joda. —Respondió Zoella escupiéndolo. —Vamos a ver a padre. Quiero darle la buena noticia. —Eddie asintió siguiendo a su capitana.

Entraron en la pequeña habitación donde estaba Barba Negra mirando el techo. Por un momento Zoella sintió una tristeza que no podía expresar en palabras. No parecía el hombre que la había criado, parecía arrepentido.

—¿Qué tal está mi gruñón favorito? ¿Sabes que te traigo regalos? Hemos logrado saquear un barco de un maldito finolis. —Le comunicó, entusiasmada.

—Siéntate, Zoella. Ha llegado la hora en la que tendrás que saber algunas cosas. —Le respondió su padre con voz débil. Zoella acató la orden del hombre que más amaba en su mundo.

—¿Qué pasa? No me asustes, te pondrás bien...

—Siempre te he querido mucho, pequeña. Desde el momento en el que te vi en mi barco que ahora es tuyo porque nadie lo merece más que tú. Jamás voy a olvidar esos ojos verdes tan asustados y a su vez valientes. Supe enseguida que serías una gran capitana. Yo no había tenido hijos, no tenía a nadie en el mundo. Sí a mi tripulación, pero no era lo mismo. Deseaba a alguien que fuera mi familia, mi todo y tú llegaste como un regalo. Cuando vi tu hambre por saber más y tu amor incondicional hacía el mar y la tripulación, me dije que había hecho lo mejor, pero ahora no opino igual, en mi lecho de muerte he decidido decir toda la verdad porque si no, no me iré tranquilo.

Zoella lloraba desgarrada de dolor.

—Sí, hiciste lo correcto. Me has criado tan bien... Te agradezco todo de corazón...

—Déjame terminar, mi pequeña. No me queda mucho. —Dijo el viejo capitán con la voz entrecortada.

—¿Recuerdas que cuando te encontré te dije que debemos estacionar en otra ciudad por un trabajo y que luego te llevaría con tus padres?

Ella asintió empezando a sentir como su vello se ponía de punta, parecía que su capitán estaba a punto de desvelar algo, Zoella temía lo que iba a ser.

—Bajé en Buckingham. Un dibujo tuyo estaba pegado por toda la ciudad, a quien te encontraré se le pagaría una cantidad muy lucrativa. Tus padres te buscaban desesperados, toda la ciudad lo

estaba haciendo. En ese momento no sé en qué pensaba, lo único que quería era que fueras mía, por muy egocéntrico que suene. Me subí al barco e hice algo que no me puedo perdonar. Te mentí, te dije que tus padres habían muerto y que ya nada te esperaba en Buckingham, jugué tanto con tu mente que acabaste decidiendo amar a este barco como si fuera tu casa. Había noches en las que llorabas llena de dolor como ahora y a pesar de ello, yo no te dije la verdad. Te convertí en una pirata temible porque deseaba vengarme de tu padre a quien tenía el placer de conocer, pero, sobre todo porque desde que te vi, supe que quería que fueras mi hija.

El capitán respiraba con dificultad mientras Zoella estaba en un estado de pánico.

— ¿Me estás diciendo que durante todos estos años he vivido en una mentira? —Preguntó en un susurro.

—Sí, y te estoy diciendo que tus padres siguen vivos y que tú ya tienes la edad para ser la duquesa de Buckingham. Dime que me perdonas, hija. Estoy siendo otra vez egoísta, pero no me quiero ir así.

Zoella le contempló viendo cómo la vida abandonada su cuerpo. En este momento le odiaba tanto, pero no era tan malvada para dejarle marchar así, al hombre que la había mentido todo este tiempo, pero que a pesar de ello la había dado mucho amor.

—Te perdono. —Dijo agarrando su mano mientras dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

El viejo capitán cerró los ojos...

Capítulo 3

Si no moderas tu orgullo, será tu mayor castigo. -Dante Alighieri

Observaba el mar mientras se dirigían al puerto para dejar a los esclavos. El dolor por la pérdida de lo que conocía como figura paternal y la ira por haber sido engañada de esa manera tan egoísta se entremezclaban en su interior.

—¿Qué haremos después, capitana? —La preguntó Timothy, intentando acercarse a ella. Zoella le dedicó una mirada cargada de odio. Sabía que todos estaban al tanto del secreto de Barba Negra y la repugnaba eso. Siempre había pensado que podía confiar en ellos para todo. ¡Su propia tripulación, la familia que conocía la habían mentido con frialdad durante años!

—Nos dirigimos hacia Buckingham. Debo ver a mis verdaderos padres a los cuales ni siquiera ya conozco. —Respondió con acidez. Timothy se apartó de su capitana como un animal herido.

—¡Encima! Si creéis que con esas expresiones de estar lamentando lo que habéis hecho, me vais a ablandar el corazón. ¡Estáis equivocados! —Gritó desgarrada. Era la primera vez que mostraba sus emociones de esa manera ante su tripulación.

Recordó de forma borrosa a su padre. Las fiestas a las que asistían y ella siempre intentaba llamar su atención, pero él la apartaba para poder hablar de negocios. De forma más nítida aparecieron imágenes de su progenitor hablando de lo odiosos que son los piratas y entonces lo supo. ¡Él no la admitiría! Se sentiría avergonzado y muy decepcionado de que su propia hija se hubiera convertido en lo que más despreciaba. Desde luego, ¿cómo se la había jugado Barba Negra! ¿Cómo podía uno amar y odiar al mismo tiempo? Se preguntaba la capitana del Furia del mar, rota de dolor.

—¡Se acerca tormenta! —Gritó Eddie, que no se había aproximado ni una sola vez a ella para preguntarla cómo se encontraba.

—¿Por qué? Preguntó al mar cuyas olas empezaban a oscurecer. Esa misma mañana habían tirado el cadáver de su padrastro al agua. Él lo habría preferido así, pues siempre decía que pertenecía a la vasta riqueza de los océanos.

—Vamos a descansar. Ya casi estamos en el puerto. —Vociferó ella, sin prestar realmente

atención a las voces que asentían. Atracaron el barco y por enésima vez pudo contemplar cómo la gente se apartaba de ellos al ver la insignia pirata. Su fama la precedía.

Cuando bajaron del barco, sus hombres inmediatamente se dirigieron hacia las prostitutas que mostraban sus encantos de manera vulgar. Era una vista que a Zoella nunca le había gustado, pero esa era la vida de un pirata. La gente creía que tenían tesoros escondidos, pero esa idea no era nada parecida a la realidad. Robaban y llegaban a tener realmente muchas riquezas, pero en cuanto pisaban tierra se dedicaban a gastarlo todo en ron y mujeres. Probablemente ella era la única pirata que sí que había escondido un tesoro. Nadie lo sabía, era un secreto. Al principio se sentía culpable por no informar a Barba Negra, pero ahora opinaba que había hecho muy bien. Esa era una de esas decisiones buenas en la vida.

Sin prestar atención a sus hombres que en cuanto veían dos pares de tetas parecían cavernícolas, se dirigió hacia una taberna. Necesitaba calmar su sed con una buena cerveza.

Las risas de hombres ebrios y mujeres que intentaban sacar algo de dinero bullían de dentro de la taberna. Zoella abrió la puerta y como siempre ocurría cuando pisaba un lugar, todos se dieron la vuelta para verla. Los hombres empezaron a observarla de forma lasciva mientras las mujeres con inquina por miedo a que les quitará algún cliente. Una mesera con unas tetas tan enormes que parecía que le costaba respirar y que el corsé explotaría, la dedicó una sonrisa cínica. No la prestó atención, prefería pelear con hombres. Pues tenía cierto honor, aunque resultará irónico dada su profesión. ¡Nunca peleaba con más débiles que ella! Ese gesto era de gente cobarde y ella no se consideraba una persona así. Jamás lo había sido y no pensaba comenzar ahora, aunque la tía la molestaba mucho. Como esos mosquitos que tanto odiaba.

Con pasos lentos pero decididos fue hasta el hombretón que atendía. —¡Una jarra de cerveza! —Ordenó. Este, que medía más de metro ochenta y cinco, con la cabeza rapada y un par de dientes de oro, no rehistó y no hizo ningún comentario hiriente, pues ya se conocían. Una vez habían parado por tan solo diez minutos en esa misma taberna, Barba Negra insistía en que se dieran prisa y ella ahora comprendía por qué. Estaban demasiado cerca de su casa y podían oír rumores y que ella se diera cuenta que sus padres seguían vivos. En esa ocasión el hombre en cuestión la había dado un azote en el trasero. ¡Ahora trabajaba solo con una mano! Zoella sonrió maliciosa al recordar. Se lo había merecido el rufián.

Se sentó esperando su cerveza que no tardó en llegar. Se dio cuenta de que la cantidad era mucho más que la que normalmente servía a los clientes. Rio pensando en que era un lameculos.

—Observó el local de forma imperceptible. Tenía la costumbre de hacer eso. Otra de las lecciones de Barba Negra. Siempre miraba por detrás de sus espaldas porque uno nunca podía estar seguro de no tener a un enemigo cerca.

Mientras su vista pasaba por todo aquel gentilicio de repente se quedó como si el tiempo se hubiera detenido.

Un hombre a quién nunca había tenido el placer de ver ni conocer estaba bebiendo mirándola enfurecido como si ella fuera el mismísimo demonio.

Era moreno de ojos tan oscuros como la noche, su mentón era cuadrado y su postura imponente. Su ropaje no era la de un plebeyo, parecía un noble, pero a su vez no tenía esa expresión típica aññada de los demás finolis. No, este desprendía un aura de poder...

Zoella sin darse cuenta se pasó la lengua por sus labios. Una descarga eléctrica sacudió su cuerpo y ella quedó maravillada porque nunca antes había sentido semejante cosa. Ahora el hombre prácticamente la taladraba con su mirada mientras ella no podía apartar sus ojos verdes de esos hombros tan anchos y ese pecho tan exageradamente masculino. Era tan rudo y a su vez su postura era fina y orgullosa. Sin pensar se levantó. Por primera vez en su vida deseaba coquetear

con un hombre y dios, también disfrutar de su cama. Solo pensar en que esas manos recorrieran su cuerpo todo su ser ardía.

El no se movió de su sitio, observándola ahora con burla y no como el resto de hombres que la miraban como si fuera una diosa inalcanzable. Por un momento Zoella se sintió intimidada de ser rechazada, pero eso no podía ser. ¡Era la reina de los mares! A ella nadie la podía rechazar. Con la confianza renovada siguió caminando hacia ese hombre al cual fiero hambriento.

Amos Hamilton tomaba su cerveza sin apartar la mirada de aquella arpía que se acercaba como una serpiente, contoneando las caderas. Debía admitir que era muy sensual. Sus caderas pronunciadas, su cuello fino y alargado, su piel no era bonita considerando los estándares de la sociedad, pues era demasiado morena y tenía imperfecciones como manchas. Sus labios eran demasiado carnosos y nada que ver con los dulces, tiernos y finos labios de las damas que él frecuentaba cuando deseaba calmar su calentura. En general, su rostro era vulgar. Su cabello sucio y sin peinar, aunque eso la hacía parecer, curiosamente más salvaje, combinado con esos ojos que eran de un verde tan intenso que quitaban el hipo.

Amos la miró asqueado. Esa ramera debía de haberse acostado con toda su tripulación, ni siquiera se atrevería a tocarla, además estaba seguro que olía muy mal.

Había visto con sus propios ojos la salvajez de aquella pirata que había matado a sus hombres sin contemplación y la muy zorra se atrevía a ir y coquetear con él. ¡Pues se iba llevar un buen chasco! Puede que fuera una pirata temible, pero él no la temía, nunca antes había deseado pegar a una mujer, como en ese momento y si fuera necesario la molería a golpes hasta dejarla sin vida. Pensaba el duque apretando con fuerza su puño sobre la superficie de madera áspera y sucia, al igual que todos en aquel entorno. Eran de clase baja y eso se podía apreciar en todo, desde sus gestos hasta en sus formas de hablar.

—Muy buenas, caballero. ¿No se aburre aquí, tan solito? —Le preguntó Zoella, aparentando una falsa seguridad, pues, al fin y al cabo, su reputación era la de una mujer de mundo, que la gente supiera que en realidad no tenía ni puñetera idea de cómo coquetear con un hombre, causaría sus risas.

Amos la miró con burla y desprecio antes de responder. —No es mi tipo, señorita. —La última palabra la pronunció con tanto desdén que a Zoella le sentó como una patada y no supo por qué, pero que aquel hombre no la encontrará atractiva la sentaba mal, muy mal.

—¿Cómo dice? —Preguntó ella entre dientes mientras miraba de reojo a todos los consumidores que no se perdían detalle de la conversación. Ese maldito ricachón la estaba dejando en ridículo, no podía consentirlo.

—Pues que preferiría compartir mi lecho con cualquier mujer de aquí, menos con usted. —La contestó él y un tenso silencio envolvió la estancia como una manta.

Zoella no se lo podía creer, nunca antes había sido el hazmerreír de la gente de esa forma. Era lo más humillante que alguna vez la había ocurrido.

—Usted se lo pierde. —Contestó ella y sin aguantarse las ganas, sacó un cuchillo de su fajín con una rapidez asombrosa y antes de que el duque se enterara el filo de su cuchillo apuntaba peligrosamente su nuez de Adán.

Amos la miró entre fastidiado y socarrón.

—¿Se dedica a matar a todo aquel que no quiera abrirle las piernas? La preguntó y al contemplar la furia por la humillación en sus ojos, sonrió de soslayo.

Zoella apartó el cuchillo y lo colocó en el lateral del cuello masculino, haciéndole tres rasguños que formaban la letra de su nombre. Amos gimió de dolor.

—Eso es para que no se olvide de mí, rufián. —Le dijo, dolida y echando fuego por sus ojos

verdes.

—Tengo más honor en la punta de mi uña, que usted en todo su cuerpecito. Yo nunca podría ser un rufián, si lo fuera ya habría gozado de sus encantos nada llamativos que vos misma me ofreció en bandeja, ya que es una golfa que se cree pirata.

Zoella enrojeció de la rabia y le dio un bofetón que a otro podría dejarle en el suelo, pero él estaba firme como una roca, mirándola con altanería.

Se dio la vuelta y salió con la cabeza erguida. ¡Debía matarle por faltarle de esa manera! Pero, tenía cosas más importantes que hacer. Debía exigir su herencia, su ducado, la posición social que ella merecía y para la que había nacido. Puede que le gustara su vida de pirata y amará más que a nada a su barco, pero saber que sus auténticos padres seguían con vida, le daba otro significado y sentido a su vida.

Pegó con la patada una piedra de la que pasaba, despotricando contra el maldito imbécil de la taberna, con esos aires de superioridad la había dejado por los suelos. Esperaba no volver a verle, porque si no, estaba segura que esta vez no resistiría la tentación de cortarle el pescuezo.

Caminó hasta el prostíbulo y entró como si fuera la reina. Timothy estaba lamiéndole las tetas a una prostituta como si fueran un manjar delicioso.

—¡Quiero zarpar ya! —Le gritó ella y él, rojo como un tomate apartó a la fulana de su regazo.

—Capitana, pero la tormenta... —Dijo el hombre, respirando con dificultad.

Zoella le miró repugnada, dejándole sin aliento. Pues no se esperaba que su pequeña estuviera tan disgustada. ¿A quién engañaba? Precisamente eso esperaba. La habían traicionado todos, escondiendo algo tan importante de su vida.

—¡He dicho ya! —Dijo con esa voz autoritaria que no presagiaba nada bueno.

Timothy se levantó abochornado mientras la fulana se quejaba.

—¿Y mi dinero? —Preguntaba la mujer, sujetando con fuerza del brazo a Timothy que no lograba quitársela de encima.

Zoella se fijó en ella. Era rubia, labios finos y rosados, piel de porcelana y ojos marrones como la miel. Desquiciada, la cogió del cabello, mientras ella se ponía a gritar como un cerdo a punto de ser asesinado. La dio una bofetada que la dejó en el suelo, desmayada, y salió de allí como si el demonio la persiguiera.

Timothy pensó que más le valía ir rápido a informar a sus compañeros porque se notaba que su capitana deseaba cortar cabezas.

El ambiente en su barco era tan tenso como nunca. Por primera vez su tripulación la temía, pero no por respeto sino porque se mostraba sin control, sin la frialdad que la determinaba cuando tomaba una decisión. Barba Negra muchas veces la decía que tiene cerebro de hombre y no de mujer. ¡Pues se equivocaba! Era mujer y a mucha honra. Pero en ese momento era incapaz de mantenerse serena, pues los nervios hacían mella en esa personalidad tan fuerte que solía caracterizarla.

Al pensar en sus padres la agolpaban miles de preguntas que por ahora no podía responderlas, ya que quedaba un buen tramo de viaje. ¿La reconocerían o creerían que es una vil mentirosa que se intenta aprovechar de su dolor? Porque debían haber sentido un miedo y una tristeza insoportables cuando la habían perdido... Pensaba la ojiverde sin prestar atención a las gotas de lluvia que comenzaban a acariciar sus desnudos hombros, pronto esas mismas gotitas se convertirían en una horrible tormenta que les dificultaría muchísimo el viaje, eso le recordó a la razón por la que había decidido algo tan estúpido. ¡Emprender un viaje en esas condiciones! ¡A quién se le ocurría! Pensaba la capitana, enfadada. Ese malnacido que la había rechazado era el culpable de que perdiera los estribos. Apretó su puño mirando las olas del mar que cada vez se

agitaban más.

El cielo era oscuro y no presagiaba nada bueno. Zoella miró a su tripulación sin expresión, aunque por dentro se culpaba por haberles hecho esa faena. Ellos simplemente querían divertirse, abstraerse de la pérdida de su querido capitán y encima, debían lidiar con su dolor y con sus decisiones irrazonables.

Levantó su cabeza hacia arriba mientras la lluvia bañaba su rostro y pensó que no tenía ni idea de que el rechazo doliera tanto, pues en su vida la habían repudiado y esperaba que nunca jamás se volviera a repetir. No sabía el nombre de aquel hombre, pero esperaba que ardiera en el infierno. La furia otra vez comenzaba a inundar su ser y a consumir su orgullo herido. Zoella sentía que su orgullo había sido calcinado en las llamas del fuego lentamente.

Iracunda, se dijo que no volvería a pensar en eso. Tal vez al tío no le iban las mujeres... Sí, debía ser eso porque ella estaba de buen ver y todos los hombres que conocía la miraban con admiración. Aunque esa mirada tan masculina, esas manos varoniles... Su expresión y olor. Sí, Zoella había podido apreciar el aroma de su piel porque se había acercado mucho al desconocido, siendo tan osada como nunca antes, al menos no en lo que respecta al arte de la seducción. El aroma del desconocido había sido embriagador, una mezcla de musgo de roble y bergamota. Suspiró porque estaba segura que a ese hombre no le interesaban los de su mismo sexo. No, simplemente ella intentaba en vano, recuperar su amor propio. Era una auténtica mierda fijarse por primera vez en un varón y que él la hubiera tratado como si fuera una zarrapastrosa. Levantó la mano y se olió el sobaco disimuladamente. Hizo una mueca, no la extrañaba, olía que apestaba. Los hombres que solían desearla eran de su misma calaña y no como ese desconocido tan fino, atractivo y bien vestido. Todo en él, hasta sus gestos, mostraban que era alguien de posición.

Zoella se reprendió por pensar en alguien que no era parte de su vida y que nunca lo sería. La persona que conocía como su padre, había muerto y sus padres de verdad no sabían que seguía viva y que se había convertido en una pirata. Por si fuera poco, no una pirata cualquiera sino en "La reina de los mares". Un título que se había ganado haciendo cosas que de honorables tenían poco. ¿Cómo se lo tomarían ellos? ¿La aceptarían en su casa o la despacharían?

Esos pensamientos la estaban absorbiendo la atención y ella ni siquiera se percataba de los truenos que empezaban a asustar a su tripulación.

—¡Zoella! —Gritó Timothy y ella se dio la vuelta, saliendo de aquel mundo lleno de dudas, miedos y preguntas sin respuestas.

—¿Qué pasa? —Preguntó y el hombre la enseñó el cielo con el dedo índice.

—Mierda, mierda... —Masculló la pirata, preparándose para un viaje de lo más entretenido. Solo esperaba que Furia del mar llegará intacto y que su tripulación estuviera viva y a salvo cuando pisarán tierra. Zoella pensó que debía recompensarlos. La vida de un pirata no era fácil, perder a un capitán del que todos temían, pero sobre todo amaban y respetaban, tampoco era sencillo de sobrellevar. Ahora mismo no debía ponerse en contra de sus hombres sino ser la capitana que aquel hermoso barco merecía. Implacable, manipuladora con los enemigos como una serpiente, valerosa con los suyos y honorable como un león.

Miró al frente y decidida se dio la vuelta para reemplazar a Eddie en el timón. Esa noche ella iba a llevar al Furia del mar. No sabía lo que le deparaba el futuro, pero el miedo no era una opción, de hecho, no había ninguna otra opción que seguir hacía adelante.

Capítulo 4

La familia también falta, también falla... La familia también decepciona.

Aspiró el aire de Buckingham y los recuerdos empezaron a salir uno por uno haciéndola sonreír con cierta melancolía. No se trataba de memorias con imágenes nítidas, no, de hecho, era todo muy borroso y a su vez tan claro como el día. No recordaba las facciones de su madre, pero su voz la podía oír tan claramente que asustaba, pues parecía que podía viajar en el tiempo.

—¡Zoella! Las señoritas no deben correr así, debes mantener la espalda recta... ¡No rías de forma tan estruendosa, es propio de otro tipo de mujeres y no de damas de buena cuna! —No paraba de reprenderla su madre y ella reía feliz, corría por la enorme casa, escapándose de todos los criados y de su institutriz. Su mamá gritaba un rato, desquiciada y luego empezaba a reír diciendo. —Esta niña algún día acabará con mi paciencia.

Ella se solía esconder en su sitio favorito. Un armario lleno de especias en la cocina. Aurore, la cocinera era la que siempre la encontraba, pero nunca la delataba. De hecho, la dejaba comer a escondidas pastelitos, de esos que su madre insistía en darle muy de vez en cuando pero que a ella la fascinaban porque eran exquisitos.

—Capitana, ya hemos atracado. ¿Bajamos? —Preguntó Eddie, trémulo. Zoella le miró de arriba abajo y se sintió miserable. Todos estaban calados de agua. Algunos de sus hombres tosían y otros tenían el rostro cansado de un viaje nada apacible. Debía haberles cuidado mejor, ahora que ese era su deber.

—Sí, vamos a bajar. —Le respondió y justo cuando el hombre que la había visto crecer se daba la vuelta, ella le llamó la atención.

—¡Eddie, espera! —Él se giró, esperando alguna orden y lo que a continuación hizo su capitana le dejó mudo.

Zoella sacó un saquito lleno de monedas de oro. Lo había conseguido de un barco que era rival, cabía destacar que ya no les suponía ninguna amenaza.

—Capitana, no puedo aceptar...

—¡Tonterías! Eres un pirata y nosotros nunca rechazamos comida, bebida o riquezas. Os lo debo, después de haber sido injusta con todos vosotros. Me gusta ser severa cuando la gente lo merece, no al contrario porque entre ser un cabecilla y un imbécil hay una diferencia tan abismal como la montaña. Toma estas monedas e ir a descansar y a divertirlos todos a una posada. No sé lo que va a pasar con mi familia, así que hasta que sepa cuál es mi destino, te dejo al cargo. —Le dijo ella y al hombre se le empañaron los ojos.

Zoella no pudo aguantarse las ganas de abrazarle con fuerza.

—No te defraudaré por segunda vez, mi capitana. —Le dijo Eddie en un susurro.

—No lo dudo. —Respondió ella cuando el hombre la apartó y sacó algo de debajo de su tricornio. Era un collar que ella no pudo reconocer desde un principio.

—Cuando te encontramos en el barco llevabas esto en el cuello. Parece la insignia de tu familia, con ello te van a reconocer. —Le dijo Eddie y ella se emocionó.

—Lo has guardado todos estos años... —Susurró, impactada.

—Nunca estuve de acuerdo con la decisión de Barba Negra, pero...

—Se trataba del hombre que te salvó la vida, que te dio una vida. Difícil, pero, al fin y al cabo, una vida. —Le respondió Zoella con una triste sonrisa, pues le comprendía. Barba Negra podía ser todo lo astuto, a veces malvado y manipulador, pero siempre cuidaba de los suyos y por eso le eran todos leales.

—Si no te aceptan, aquí seguimos niña. No me iré hasta ver que estás bien.

—No te preocupes, sé que mi barco siempre estará. Sé cuidarme sola.

—Lo sé, no tengo duda de ello, pero a veces el dolor puede llegar a ser tan grande... Y cuando uno no tiene un hombro sobre el que llorar, es muy duro.

Zoella casi se queda sin aliento por lo que significaban las palabras de su compañero y casi familia.

—No dudes de que en cuanto sienta algo así, volveré a la Furia del mar. Mi casa.

—Tienes dos casas, reina. Si en una no te aceptan, deben ser ciegos porque eres lo mejor que alguien puede conocer en este mundo frío y despiadado.

Zoella asintió, antes de alejarse con rapidez. Pues no deseaba que él viera las lágrimas en sus ojos.

Un pánico conquistó todo su ser. Nunca había sentido algo semejante, ni siquiera cuando habían estado a punto de acabar con su mísera vida. Contemplaba al hogar donde había pasado parte de su infancia. Una hermosa mansión de color gris clarito, vinculado a un título hereditario para la transmisión de padres a hijos. Las vallas que rodeaban la mansión eran de color negro y de acero, delante había dos guardias en cuyos ojos uno no podía leer nada, pues esas miradas eran de lo más inexpresivas. El césped que se podía apreciar desde afuera era de un verde intenso, muy pulcro y bien cuidado. El jardinero de la familia siempre había hecho un trabajo excepcional.

Se parecía bastante a la residencia familiar que tenían en el campo, aunque mucho más grande. No era común tener en la ciudad tanto césped, pero su familia gozaba de ese lujo. Ella recordaba tenuemente la casa del campo, pero sí que conmemoraba las risas compartidas con sus primas pequeñas en aquellas tierras que según se caía en cuenta, recordaba que se encontraban bastante lejos de la mansión Woburn.

Respiró hondo antes de acercarse. La gente que pasaba por la calle la miraba con inquina. Pues eran damas de la alta nobleza acompañadas por sus amigas. Todas llevaban unos vestidos tan hermosos que Zoella no pudo evitar admirar las delicadas telas, al fin y al cabo, era una mujer y aunque ninguno de sus tripulantes sospechaba, a veces, se imaginaba lo que sería sentirse más femenina, tener la atención de algún caballero atractivo. Tal vez si su apariencia hubiera sido como la de esas hermosas mujeres, aquel hombre de la taberna se habría acercado a ella y no la habría rechazado en público. ¡Qué bochorno! Desde luego no se le daba bien admitir una derrota o un rechazo y presentía que ahora mismo estaba ante algo parecido. La reacción de sus padres al verla la asustaba tanto que paralizaba su cuerpo. Intentando armarse de valor, dio dos pasos hacia la mansión de los duques de Buckingham. Su casa.

Los guardias inmediatamente se pusieron ante ella con miradas que indicaban que estarían preparados de meterla un tiro entre las cejas en la mínima oportunidad.

Eso era la nobleza. Se creían superiores solo por un título y sus riquezas. Trataban a los demás como si fueran unos salvajes, pero en cuanto podían mataban con frialdad a cualquiera que se presentará ante ellos y a quien ellos considerarán inferior. ¿Quién era en realidad el salvaje? ¿Los que morían de hambre y hacían cosas malas porque la miseria les había obligado o los que nacían con cuchara de oro en la boca y pisaban a los demás porque simplemente les apetecía?

—¿A dónde cree que va? —La taladró con sus ojos verdes uno de los guardias. Medían como metro ochenta y cinco y eran bastante corpulentos, pero a Zoella no la intimidaban en absoluto. Con toda la tranquilidad del mundo, metió su mano en el bolsillo inferior de su chaleco de cuero y sacó el collar que Eddie la había entregado.

—Dígale a los duques que sé dónde está su hija. Zoella Etherington. Enseñadles este collar y asegúralos que hablaré y les daré toda la información que anhelan saber, solamente si me dejan entrar para hablar con ellos cara a cara.

Los guardias se miraron de reojo. La mujer ante ellos estaba demacrada y su indumentaria indicaba claramente que no era de clase social alta, sin embargo, sus formas de hablar desconcertaban. El tono que empleaba la muchacha expresaba poder. El de los ojos verdes le indicó al otro a que cogiera el collar y se fuera para adentro.

Zoella contempló como el hombre cogía el collar con la insignia de los Etherington y se marchaba mientras su corazón golpeaba en su pecho emocionado por volver a ver a sus padres, y a su vez, temeroso de ser rechazada porque no estaba hecha para ser duquesa y porque no se acercaba ni mínimamente a lo que todos esperaban de ella cuando era niña que sería en un futuro.

Los duques de Buckingham estaban sentados en una de las salas de estar, cada uno en una esquina. Ninguno se miraba, cada uno estaba absorto en sus quehaceres. La duquesa bordaba como si eso fuera lo más importante de su vida, y el duque, él leía un libro que seguramente su esposa no aprobaría. Ella no aprobaba nada de lo que él hacía. Unos toquitos en la puerta les hicieron despertar de esa monotonía tan desagradable en la que la pareja llevaba trece malditos años. Los duques seguían siendo los más apreciados en las altas esferas, como su título y prestigio indicaba que debía ser. Los dos eran muy eficaces y perfectos en sus ocupaciones.

William Etherington era una de las personas con más influencia entre la nobleza, incluso los de la clase baja le miraban admirados porque él siempre procuraba ser justo y benevolente. Su servidumbre estaba contenta y los empleados que tenía en sus prósperos negocios, felices. Hacía ya mucho tiempo que el duque se había dado cuenta que es más fácil atrapar moscas con miel que con vinagre. La gente le temía lo suficiente como para respetarle, pero trabajaban a gusto y sus beneficios eran grandes, no como otros nobles que conseguían sus propósitos provocando el pavor.

La duquesa, Eleonor Etherington, era una de las mujeres más hermosas de la enorme ciudad. Rubia de tez pálida y esos ojos verdes que seguían haciendo suspirar al duque, aunque él jamás lo admitiría. Ante la gente era la esposa perfecta. Una de las mejores anfitrionas, organizaba las fiestas con más clase y glamour.

Los contactos que conseguía para su marido eran una parte muy importante para los negocios de este y por tanto para el patrimonio que tenían, cuyo valor aumentaban constantemente. Si no fuera por el gusto exquisito y esa forma de hablar tan cautivadora de la duquesa, que era una encantadora de serpientes, el duque jamás habría logrado triplicar la fortuna de los Etherington. Sin embargo, no todo era de color rosado, pues a pesar de que Eleonor se mostraba ante la gente como la duquesa perfecta, en su vida personal no lo era en absoluto. Era fría y siempre regalaba una crítica a William que ya no soportaba sentirse un inútil ante su esposa. Llevaba aguantando esto trece años y desde hacía bastante tiempo no compartían ni siquiera el lecho.

Eleonor había cambiado mucho desde la desaparición de la pequeña Zoella. Aunque sonreía a la gente, en su mirada no había brillo ni emociones, simplemente una hipocresía y falsedad constantes. Una máscara que la duquesa se había acostumbrado a llevar y no quitarse nunca. Era como un escudo que la hacía sentirse más fuerte sin perder la compostura. Ella ya estaba segura que su hija se había ido, mientras que William seguía insistiendo en que su pequeña continuaba viva, y creía firmemente en que algún día se presentaría ante su puerta, reclamando la herencia que la pertenecía. El duque no tenía ni idea de cuán cerca estaba de la verdad...

—¡Pase! —Ordenó la duquesa. El guardia entró con expresión seria y Eleonor sintió como el vello de la nuca se le ponía de punta.

—Siento molestaros, pero hay una mujer joven ante la puerta que dice... —El hombre no sabía cómo continuar.

—Pero, hablé de una vez, por dios... —Exclamó la duquesa empezando a enfadarse. Algo le

decía que lo que estaba a punto de escuchar podría cambiarlo todo. El guardia titubeó antes de responder.

—Dice saber algo de Zoella y trajo esto. —Les contestó, acercándose para enseñar el collar que sujetaba en su mano con fuerza.

Al ver el collar los duques se levantaron de sus respectivos sitios como dos resortes. El aliento de ambos se entrecortó al contemplar la joya que William le había regalado a su hija en su tercer cumpleaños. La insignia de los Etherington se alzaba orgulloso en color plateado a dentro de una flor de cuatro hojas. En ese momento Eleonor sintió que se quedaba sin aliento, que su corazón empezaba a latir de una forma desbocada hasta que todo se puso oscuro y ella lo último que oyó fue la voz preocupada del duque.

—¡Eleonor! ¡Despierta! —Decía, o más bien ordenaba el duque como si así pudiera lograr que su duquesa abriera sus hermosos luceros. La servidumbre intentaba sin éxito alguno que su señora se recuperará. Con un paño húmedo mojaban su frente y con un abanico le daban aire.

—Señor, no es por importunar, pero la mujer que traía el collar está abajo y exige hablar con su persona. Comunicó de forma categórica que no se iba a marchar antes de informar sobre la futura heredera y que solo lo haría si su persona accede a hablar con ella cara a cara.

William entrecerró los ojos, pensando que toda aquella situación era de lo más extraña.

—Hágala pasar, pero quiero al menos tres guardias cerca de la puerta. Que espere en la sala de visitas y en cuanto despierte mi esposa, quiero que se le informé de donde estoy. —Dijo con voz lacerante y las dos sirvientas que atendían a la duquesa, asintieron con vehemencia.

—No hará falta. Su insistencia fue tan grande que no tuvimos más remedio que meterla a dentro. Se encuentra precisamente en la sala de visitas. — Informó el guardia que se había sonrojado por su ineptitud.

El duque se levantó y con su habitual expresión rígida que imponía respeto, se encaminó hacia la invitada indeseada que con tanto ímpetu e indiscreción había entrado en su casa.

Zoella sentía que se iba a desmayar al observar la estancia en la que tantas veces había jugado mientras su madre tomaba el té y hablaba con sus amigas sobre los últimos cotilleos. Estaba igual que como lo había dejado. Antes no lo recordaba, pero ahora que veía cada detalle de su casa ante su vista, se daba cuenta que no habían cambiado nada en su ausencia.

Los muebles eran los mismos. Un sofá enorme con sillones a juego, tapizados con gusto, de seda y de un color verde oliva hermoso. La mesilla en el centro, de cristal y con los bordes dorados que su padre había comprado por mucha insistencia de su madre. —"*Son lo último, Willy*" —Le había dicho su progenitora, haciendo un mohín que a su padre siempre le había resultado irresistible.

Las paredes estaban pintadas de un blanco inmaculado que daba mucha luz a la estancia, combinado con los enormes ventanales en cuyas repisas había flores de todo tipo. Una de las sirvientas a la cual no recordaba el nombre, se dedicaba a cuidarlas porque a su madre le encantaban.

Pensando en ello se estremeció al oír unas pisadas que cada vez estaban más cerca. El pomo de la puerta empezó a girar y ella respiró hondo, preparándose mentalmente para ver a sus padres después de tan largo tiempo. ¿La reconocerían? No paraba de preguntarse.

Finalmente, la dichosa puerta se abrió y ella quedó pasmada al observar a su padre ante ella, mirándola con el ceño fruncido. Analizando cada facción de su rostro como si estuviera intentando descifrar sus intenciones.

Seguía siendo tan atractivo como antes, aunque con más arrugas y algún que otro cabello canoso. Sin embargo, todavía su atractivo podía provocar los celos de su madre. Zoella sonrió al

recordar los gritos de la duquesa cuando su marido desaparecía por más tiempo del esperado.

Su padre medía alrededor del metro setenta y ocho. Era de complexión fuerte, pero grácil. Sus ojos eran de un marrón cálido, pero su mirada cuando se enfadaba, paralizaba el cuerpo de cualquiera que osará desafiarle, excepto a su madre, que había aprendido con los años domar a su marido. Los labios de William eran finos y ahora expresaban asco. Zoella se sonrojó, probablemente su aspecto no era el deseado por el duque ya que según recordaba, lo que más apreciaba él, era el aspecto pulcro. Siempre decía que las mujeres deben lucir femeninas y hermosas. Que ese era el principal trabajo de las féminas. Si supiera a lo que eran capaces las mujeres... Pensaba la pirata, mirándole divertida. Le conocía y sabía que intentaba intimidarla con su postura, pues se iba a llevar un chasco, porque por extraño que pareciera, esa misma mirada ponía ella ante los enemigos. Muchos decían que podía hacer mear del miedo a la gente. Ya sabía de quién lo había heredado.

—Hola, padre. —Dijo ella y al ver cómo cambiaba la expresión del duque, sintió que su corazón se detenía. Su mirada era de decepción e incredulidad.

En ese momento se abrió la puerta y al ver a su madre con la tez pálida como una pared, sus ojos se empañaron. Esta la había reconocido, no había duda, pero sus facciones cada vez se endurecían más, mostrando que lo que veía no le gustaba un pelo.

—"¿No deberían estar felices? ¿Lágrimas de felicidad?" —Pensaba Zoella, reflexionando que esa sería la reacción normal. Incredulidad tal vez sí, porque su aspecto había cambiado y mucho, pero esa decepción y furia era lo que resultaba hasta un punto incomprensible para la temible pirata.

—William... ¡Es Zoella! —Afirmó la duquesa con el rostro tallado. Zoella miraba a su madre con anhelo. Dios, había echado tanto de menos la figura maternal en estos años. A veces en secreto soñaba con su progenitora, imaginándose situaciones cotidianas como: Cuando su madre la ayudaba para elegir un vestido o cómo la aconsejaba llevar un ducado y ser la señora perfecta. Nunca le había gustado ese tipo de vida, pero era parte de ella y había echado de menos su mundo anterior muy a menudo a pesar de amar al mar con todo el corazón.

—¡Esté esperpento no puede ser mi hija! —Dijo el duque, mirando a su retoño con odio. Zoella se había esperado semejante reacción y, sin embargo, seguía resultando para su persona, de lo más increíble. Ella había convivido con piratas, gente que podían llegar a ser más que malvados, pues sus corazones estaban inundados de aversión, sentimientos vengativos y tristeza. Tristeza porque a pesar de sentir la libertad del mar no tenían un hogar y la mayoría jamás llegaría a tenerlo. No obstante, eran como uña y carne. Se apreciaban y se mostraban una estima y amor que poca gente que vivía cómodamente podía valorar. Podían disfrutar del viento, del olor de la lluvia, de una gran cantidad de peces que habían logrado pescar para cenar, de las canciones que solían cantar de noche... Cosas sencillas que las personas que tenía enfrente no llegarían a apreciar porque lo más importante en su vida giraba en torno a la opinión pública de los que consideraban sus iguales.

—¡Lo es! Reconocería a mi hija, aunque se pasarán treinta años... —Respondió Eleonor Etherington con lágrimas en los ojos.

—Sí, soy yo y detrás de mi desaparición hay una gran historia. Me acabo de enterar que seguís vivos y ese es el motivo de mi llegada. Si tenéis tiempo, estaré encantada de explicaros todo, porque creo que os merecéis una respuesta. —Habló Zoella y entonces pudo advertir en la mirada de su padre, admiración, aunque solo duró apenas un segundo.

—Sentémonos. —Sugirió el duque, con expresión seria y de repente tan cansada que podría romper el corazón de cualquiera.

—Que Zoella se... siente en... otra silla porque va a manchar los muebles. —Contestó la duquesa ganándose una mirada de incredulidad de su marido.

—Por supuesto. —Respondió la pirata sin saber cómo sentirse. Eran sus padres que no la habían visto en trece años y ni siquiera la abrazaban. Sabía que apestaba, pero... ¡Eran trece años!

Se sentó en una silla de madera en color blanco, su madre no pareció contenta con su elección, pero es que en aquella estancia no había nada viejo, roto y que no estuviera tan pulcro que uno podía ver su reflejo en las superficies.

—¡Empieza! —Dijo el duque. Todavía parecía estar dudando de que ella fuera su futura heredera.

—El día de mi desaparición... —Empezó con voz insegura, por primera vez desde que recordaba dudaba de sí misma y sentía una vacilación e incertidumbre.

Sus padres la alentaron a proseguir con sus frías e inexpresivas miradas.

—Fuimos con Esther a donde la modista.

—¡La maldita institutriz! —Siseó su madre, interrumpiéndola con un odio que Zoella nunca había visto en ella. Claro que, tampoco es que hubieran pasado mucho tiempo juntas.

—Ella empezó a hablar muy animadamente con la madame Furstenberg y yo... —Se quedó pensativa, pues los detalles se le habían olvidado un poco. —Creo que... Vi unos niños y me apetecía tanto jugar que corrí tras ellos. Esther ni siquiera se enteró, pues estaba absorta en la conversación con la modista. Recuerdo que... Llegué hasta "La furia del mar". Entonces no sabía a quién pertenecía este barco, sencillamente con mi mente de niña, quedé impactada al ver por primera vez un barco tan enorme y majestuoso. Me subí a bordo sin pensar...

—¡Como siempre, sin pensar en las consecuencias! —Resopló su madre y tanto el duque como Zoella se quedaron más que atónitos porque la reacción de la duquesa era bastante irracional.

—Sigue... — La dijo William con la mirada apenada. Su rostro había cambiado, como si supiera lo que había pasado al oír el nombre del barco que ahora pertenecía legítimamente a su hija.

—Estuve jugando cuando oí un ruido. Recuerdo que sentí mucho miedo y me escondí. No conocía a aquellos hombres así que no me atrevía a salir hasta que fui descubierta por el capitán del barco.

—¡Barba Negra! —Dijeron al unísono Zoella y William.

Eleonor se les quedó viendo sin entender nada.

—Exacto. Él me dijo que debía marchar, pero que a la vuelta me llevaría con ustedes. Cuando pasamos otra vez por Buckingham, me dio la noticia de que habíais fallecido y que él me cuidaría.

William se levantó cogiendo la fuente de cristal llena de frutas y reventándola contra la pared. Haciendo palidecer a la duquesa y a su hija. La furia que emanaba de su cuerpo imponía.

—Ese maldito... —Siseó.

—Acaba de morir y me confesó la verdad en su lecho. Así que emprendí el viaje hacia casa... —Le informó Zoella.

El duque se acercó y la abrazó con fuerza, dándose cuenta por fin, que efectivamente su pequeña había vuelto a casa.

—No puedo respirar. —Se quejó Zoella con dificultad. Su progenitor la abrazaba como si la vida le fuera en ello. Una reacción muy efusiva que hizo sonreír a Zoella por primera vez desde su llegada.

—¡Bienvenida a casa mi pequeña! —Dijo el duque conmovido, y ella le abrazó sintiendo en su

corazón emociones entremezcladas. Había echado de menos a su padre verdadero, pero esa añoranza y el vacío de su corazón habían sido rellenados con la presencia de Barba Negra.

Ahora echaba de menos al pirata que se había convertido en un padre durante estos años. A pesar de sus mentiras le seguía amando. Con vehemencia, respondió al abrazo del duque, deseando recuperar a su progenitor. Recuperar aquellos momentos perdidos, aunque sabía que no resultaría fácil. Seguramente habría momentos incómodos en los que no sabrían cómo comportarse, pero poco a poco lo lograrían, estrechando cada vez más los lazos. Al fin y al cabo, eran familia. Ella era muy diferente a ellos, pero en ese momento, mientras William la daba un suave beso en la mejilla, se dijo que haría lo imposible por agradecerles. No era un rasgo de su carácter, pero en ese instante se dio cuenta de lo mucho que ansiaba el calor del hogar, el amor de la familia. Claro que se había sentido siempre parte de la tripulación, pero no era lo mismo, nada tenía que ver con el calor que en ese momento se apoderaba de su corazón.

—*"Tal vez podemos aprender unos de otros"* —Se dijo Zoella, aspirando el aroma del duque con una sonrisa. La nobleza tenía cosas que ella desaprobaba categóricamente, pero era parte de esa sociedad y sería la futura duquesa de aquellas tierras. Si había alguien que pudiera hacer ciertos cambios importantes para el bienestar común, era ella. La decisión ya estaba tomada, haría lo que el destino tenía preparado para su persona y en cuanto pudiera le dejaría a Eddie el mando de la Furia del mar y le informaría, además, sobre el lugar donde se encontraba el tesoro. Eso sería lo más correcto, esperaba que el viejo pirata supiera hacer algo útil con toda aquella riqueza que era de lo más sustanciosa.

—Sigo sin poder creerme que por fin hayas vuelto. Nunca perdí la esperanza, pero a su vez volver a verte era como un sueño inalcanzable. —Admitió el duque y ella le dedicó una triste sonrisa. El capitán Barba Negra les había quitado mucho a todos y sin embargo anhelaba su presencia allí, compartir la felicidad que sentía en ese momento, por muy estúpido que sonase.

—No tiene nada que ver con mi niña. Esta no es la Zoella que conocemos. Esa muchacha no es digna de llevar el apellido de los Etherington. Es fea, William. Mira lo descuidada y morena que es su piel, nada adecuada para una dama de la clase alta como se supone que es ella. Su pelo se asemeja a una jungla. Si la ven en la calle, pensarán que es una desequilibrada. Su lenguaje, postura, todo en ella es salvaje y repugnante. —Dijo la duquesa estropeando la magia del momento.

A Zoella le dolieron las palabras de su progenitora más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Ella era tan solo una niña cuando subió a ese barco. Tenía pinta de salvaje porque era una salvaje, había crecido y se había adaptado a un estilo de vida duro en el que tuvo que aprender rápidamente a ser fuerte para sobrevivir. No le cabía en el cerebro la reacción tan descabellada de la duquesa que en vez de alegrarse por ese reencuentro que había esperado suceder durante tantos años, ella criticaba su aspecto físico tratándola con sus mismos ojos, y lo peor de todo, culpándola... Estaba claro que ganársela sería difícil, pero Zoella estaba dispuesta a intentarlo. Ya había perdido a una persona amada y no permitiría que nada la separase del hogar que le pertenecía legítimamente. Habían sido muchos años de soledad y vacío en su corazón como para desaprovechar la oportunidad de un hogar estable y del calor de una familia, aunque su madre en ese momento no se mostrará muy calurosa que digamos.

—¡Mujer! ¡Cómo puedes decir semejantes disparates, cuando nuestra hija acaba de volver por fin a casa y está más que claro que lo ha pasado muy mal durante nuestra ausencia en su vida! Ten el decoro, ya que, al parecer, te falta el sentido maternal, de mostrarte respetuosa e indulgente con ella. —La reprochó el duque y la duquesa le dedicó una mirada desdeñosa a su hija, que en ese momento supo que podría ser un obstáculo en su camino.

Eleonor levantó una campanita para llamar al servicio y tres sirvientas no tardaron en llegar, preparadas eficientemente para cumplir cualquier orden.

—Que preparen una bañera a mi hija y que la peinen y vistan. Que Wilhelmina vaya a dar la noticia a Lady Spencer que mi hija ha reaparecido y que habrá fiesta en su honor. Ella será la que nos ayudará a expandir la noticia. Tiene muchos contactos y nunca se le escapa un jugoso chisme. —Ordenó la señora de la casa.

Las tres mujeres se dirigieron apresuradamente hacia el piso de arriba donde se encontraban una 'parte de todas las habitaciones que eran en total veinte, en la hermosa mansión.

Zoella sintió pánico. No estaba preparada para una fiesta, para hablar con la gente que despreciaba, esos que se creían dioses solo por ser parte de la nobleza...

—Madre, yo todavía no me siento lista para ver a tantas personas... —Empezó a explicarse Zoella, atropelladamente.

— ¡Tonterías! Eres la futura duquesa. —Dijo Eleonor pronunciando las palabras con asco.

—Te tendrán que conocer y celebrar tu vuelta a casa. Así que prepárate y espero que no nos dejes como el hazmerreír de todo Buckingham, vendrán personas muy importantes. —Añadió la duquesa.

Zoella clavó sus sucias uñas en las manos. Esto no se lo esperaba...

Capítulo 5

Donde hay poca justicia es un peligro tener razón. (Francisco De Quevedo)

La reacción de su padre y de su madre era tan diferente como el aceite y el agua. Él estaba completamente eufórico por el emocionante encuentro, mientras que ella parecía desdichada. A pesar de ello, la pirata se dijo que no debía pensar en eso, sino en lo que tenía. No era de las personas propensas a reflexionar sobre lo que le faltaba, más bien solía ver siempre el vaso medio lleno. Ahora tenía una familia, extraña y fría, pero una familia. Tenía a su tripulación que sabía que siempre estarían para ella. La oportunidad de mejorar las cosas y tanto dinero que seguramente no podía ni contarlos.

Debía admitirse que eso de tener su propia dama de compañía no resultaba para nada desagradable. La muchacha que le había asignado la duquesa, se llamaba Aurora. Parecía temerla mucho porque temblaba como una hoja, pero era mañosa. Zoella no recordaba haberse bañado alguna vez tan a gusto. La joven había lavado sus cabellos con esmero y ahora se notaba el hermoso color que tenía, un castaño muy bonito. Su pelo era largo y ahora la mujer se lo estaba peinando con mucho cuidado, pues estaba tan enredado que se veía a leguas que tardarían mucho tiempo en arreglarlo debidamente.

Aurora era una mujer bellísima. Rubia, pequeña, su color de piel pálido como la nieve y sus mejillas sonrojadas, los labios pequeños y rosados. Toda una belleza clásica. Los tirabuzones en sus cabellos de oro estaban hechos de forma perfecta. Su figura era delicada y sus atributos sin exagerar. Zoella bajó la mirada por su protuberante pecho, era demasiado vulgar para una dama, eso lo tenía muy en claro, seguramente su madre no se perdería la oportunidad de echárselo en cara. Parecía que cualquier movimiento suyo molestaba a la duquesa de manera muy impresionante.

—No deberíais temerme, no pienso haceros daño. —Murmuró Zoella, harta de la actitud de su acompañante que siquiera se atrevía a mirarla a los ojos.

—Ah, ¿no? —Preguntó Aurora de lo más sorprendida, provocando la risa de la pirata.

—Pues no. —Respondió Zoella, con diversión. Algo le decía que se iba a llevar bien con Aurora. Era muy capaz de saber con sólo una mirada cómo era el carácter de una persona, y esa muchacha le daba muy buena espina. Era honrada, pero parecía débil, había algo que la atormentaba, no obstante, lo ocultaba muy bien, aunque a Zoella nadie podía engañarla, ella se percataba de esas cosas, pues con los años había aprendido a analizar muy bien a las personas. Por supuesto, a veces se confundía, pero era muy de vez en cuando.

—¿Es cierto que es la reina de los mares? —Preguntó Aurora con timidez. Se mostraba cohibida pero dentro de su pequeño cuerpo había carácter y la pirata sabía que en cuanto se sintiera más confiada, se le soltaría la lengua y mucho.

—Así es. Soy la capitana de la Furia del mar. —Respondió con orgullo.

La doncella abrió los ojos de par en par. Observándola esta vez sin temor y con admiración.

—Su historia es realmente impresionante señorita. —Le dijo con fascinación.

—Podrían escribir varios libros sobre mi vida. ¿No cree, Aurora?

—Oh, desde luego. Debo reconocer que cuando la duquesa me dijo que debía ser desde ahora su dama, me escandalicé. He oído muchos rumores sobre su persona en el puerto y pesar de admirar las historias sobre la famosa reina de los mares, siempre me he sentido muy intimidada de encontrarme cara a cara con un pirata y más aún, uno con su fama. —Admitió la doncella.

—¿Qué rumores? —Preguntó Zoella levantando su ceja izquierda. Tenía mucha curiosidad de saber sobre las habladurías de la gente.

—¿Quién iba a imaginar que la futura duquesa de Buckingham es la pirata más temible del reino! —Exclamó Aurora, todavía impactada, para después continuar hablando, pero bajando el tono de voz como si compartiera un gran secreto con su señora. —Uno de los rumores es que usted misma ha logrado en uno de sus viajes matar a un tiburón con sus propias manos. Pero, viéndolas tan finas, no parecen capaces de matar ni a una mosquita. ¿Cómo ha sobrevivido como pirata? —Preguntó la mujer con los ojos abiertos como platos.

Zoella comenzó a reír estruendosamente, nada adecuado para una dama, pero dada su situación era muy comprensible y Aurora no se sorprendió.

—La gente suele exagerar un montón. Nunca he matado a un tiburón, de hecho, te aseguro que no es muy probable que digamos hacerlo con las manos. —Respondió Zoella, estallando otra vez en risas.

Después adoptó una expresión seria y con voz fría, añadió. —Pero, sí he matado y mucho más que a un simple mosquito.

Aurora tragó saliva porque al ver la mirada de su señora, no dudó de que podía llegar a ser una carnicera. Era una combinación extraña... Cuando sonreía parecía una persona dulce y bondadosa, pero cuando en sus ojos aparecía ese fuego, se podía ver que su otra personalidad era letal.

—Desearía oír sobre todas las aventuras que ha tenido en la mar. — Dijo Aurora y Zoella sonrió.

—En cuanto tengamos tiempo, estaré encantada de contarte todas mis andanzas, aunque algunas te escandalizarán mucho. —Contestó la futura duquesa. Aurora le dedicó una sonrisa con sus cálidos ojos marrones y contestó.

—Le preocupa la fiesta, ¿no?

—Da gracia, ¿cierto? Que una temible pirata le tenga pavor a una estúpida fiesta de la alta sociedad.

—No, en absoluto señorita. Las gentes de su cuna no son diferentes a ningún tiburón peligroso que usted haya visto alguna vez en el mar. De hecho, más que tiburones hambrientos son unas serpientes venenosas. —Dijo la chica y Zoella empezó a reír.

—Creo que tenemos muchas cosas en común, Aurora. Nos llevaremos bien. ¿Le parece bien que hablemos de forma más informal?

—¿Como si fuéramos amigas? —Preguntó la muchacha, ilusionada.

—Ya los somos, querida. — Respondió Zoella, contenta. Nunca había tenido una amiga de su mismo sexo, iba a ser interesante y muy diferente a las amistades que había tenido hasta ahora.

—Y dime, ¿tienes idea de quiénes van a ser mis invitados? —Preguntó Zoella con sarcasmo.

—Son muchos, pero los más importantes son la familia de los Hamilton.

¿Hamilton? Ese apellido la sonaba muchísimo, pero no recordaba de dónde.

—¿Qué os parece este vestido? —Preguntó Aurora, mostrando un hermoso vestido de color rosado, era de la temporada pasada, pero serviría con un par de arreglos que pensaba hacerle la muchacha con rapidez, tenía mano para esas cosas.

Zoella no pareció oírla, estaba ensimismada, rebuscando en sus recuerdos de dónde le sonaba ese apellido hasta que una luz la iluminó. El barco al que había destrozado el día en el que liberó a aquellos esclavos, se llamaba precisamente así, "Hamilton". Un escalofrío recorrió su cuerpo y gimió con desesperación, ya empezaba bien en este nuevo capítulo de su vida, con enemigos que probablemente estaban al tanto de quién había asesinado a los suyos y encima, les había robado.

—¿La pasa algo? — Preguntó Aurora, llamando su atención.

—Aurora, deja de tratarme de usted, ya somos amigas. —La respondió con cansancio.

—Disculpa, es que es difícil acostumbrarme. —Contestó la muchacha. Hay algo que la está como que torturando... —Añadió la rubia.

—Tanto como para torturar no... pero, sí que me preocupa. Esa familia, los Hamilton... Yo atacé a uno de sus barcos y maté a toda su tripulación. —Respondió Zoella y Aurora jadeó de la impresión mirándola con los ojos abiertos de par en par.

—¡No hablarás en serio! —Exclamó la rubia.

—Llevaban unos esclavos y quise liberarlos. Ellos no querían luchar, de hecho, levantaron la bandera de paz, pero a mí me apetecía ver su sangre derramada y no paré hasta destrozarles uno por uno.

—Esos esclavos eran para un marqués con mucho poder en el norte de España. Nos conviene llevarnos bien con ese hombre y por eso el duque Hamilton decidió hacerle un regalo. Era con una buena intención.

—¿Una buena intención? ¡Son personas por el amor de dios! No animales con los que hacer transacciones estúpidas, unos negocios de mierda. —Respondió Zoella con el puño apretado.

—Mi madre no debía haber hecho esa maldita fiesta justo hoy, sin siquiera darme el tiempo necesario para acostumbrarme a todo este melindre.

Aurora asintió comprensiva, no la convenía llevar la contraria a su señora que se veía que podía tener muy mala pulga.

—En eso estoy de acuerdo, aunque me parece que no acabaste con todos en aquella tripulación...

—¿Qué quieres decir? —Preguntó la futura duquesa con la ceja levantada.

—Quedó vivo el hijo del duque. Amos Hamilton.

Eso era aún peor, sí el futuro duque la había visto, lo más seguro era que la reconociera. ¿Cómo iba a salir de esta? Bueno, ya lo pensaría, improvisaría, siempre se le había dado bien...

—Ese vestido es exquisito. Creo que tendré pinta de una damisela dulce y refinada, que es precisamente lo que quiero conseguir esta noche. Seré la noticia más importante de todo Buckingham al menos durante un año, hasta que otro escándalo les haga olvidar a la duquesa perdida y encima, convertida en una pirata.

—¿Sabes? En realidad, es difícil imaginarte ser una pirata tan temible como tu fama te precede. Con estos ojos, iguales que los de tu bellísima madre, y ese cabello... Con un mínimo de arreglos serás tan hermosa que conquistarás a toda la buena sociedad.

Zoella estalló en una carcajada.

—¡No jodas! ¿Yo? Tú estás más loca que esa mujer que se supone que es mi madre y es más fría que el hielo. —Respondió la castaña.

—Claro que hay un montón de cosas que pulir... —Dijo Aurora, frunciendo su perfecta nariz al oírla hablar de aquel modo tan poco femenino y propio de los de su clase.

—Ponme hermosa. —Dijo Zoella, divertida al ver su reacción. Una de las cosas que más la entretenía era provocar a la gente y con su nueva amiga iba a ser tarea fácil, aunque, tal vez con el tiempo algo aburrido, esperaba que la muchacha fuera más avispada de lo que aparentaba ser.

—Eso no será difícil. En cuanto acabe contigo no querrás volver a esas fachas que traías antes. —La respondió Aurora con un brillo en la mirada.

Zoella gimió de gusto cuando la rubia untó en su piel mantequilla de rosas, olía tan bien que seguramente los de su tripulación se quedarían pasmados si pudieran sentir su nuevo aroma, desde luego, era muy diferente al olor a pescado y mugre.

Aurora le hizo un semirecogido hermoso. Sus rizos caían por su espalda como la cascada de un río. La maquilló suavemente realzando sus preciosos ojos y dando a su piel mejor aspecto,

mucho más luminoso y pálido. El mar había hecho estragos en su rostro como tener ligeras ojeras por las pocas horas de sueño y alguna que otra mancha, pero nada que no se pudiera arreglar. El vestido la sentaba de maravilla y cuando Zoella se contempló en el espejo de amatista que había en su viejo cuarto que seguía decorado como para una niña de cinco años, sin que ningún objeto hubiera sido movido durante todo este tiempo, se sintió realmente bien. No se había percatado, pero tenía una belleza inusual y la verdad que, no estaba mal. Si aquel hombre de la taberna la viera así, seguro que no la volvería a rechazar. Pensaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya es la hora. Supongo que los invitados estarán por llegar. Debes bajar dentro de media hora o así, para que tu entrada sea más espectacular. Como con tan poco tiempo no se podía organizar una fiesta en condiciones, la duquesa no ha invitado a todos los que desearía, pero los que sí pueden asistir son de las familias más importantes y adineradas. Por supuesto, las mujeres más chismosas estarán, ya que la tarea es que el rumor de tu llegada se esparza como la pólvora.
— Dijo Aurora.

—¿Me acompañarás? — Preguntó Zoella, esperanzada. Su amiga debía pertenecer a la nobleza porque una simple sirvienta no podía convertirse en la dama de una futura duquesa ni de ninguna mujer de las altas esferas.

—Claro, señorita. —Respondió la rubia y ella se sintió reconfortada. Al menos estaría con alguien a quien empezaba a considerar amiga.

—¿Qué haré si me invitan a un baile? —Preguntó Zoella empezando a sudar de los nervios.

—Simplemente siga los pasos de su caballero, aunque no se preocupe, dado su caso, no creo que alguien tenga la desfachatez de invitarla a bailar. —Le respondió Aurora, tranquilizándola.

Empezaron a bajar por las escaleras de caracol que le encantaban de pequeña a Zoella. La gallarda sonaba animando el ambiente, las risas y el tintineo de las copas la hicieron desear dar media vuelta, pero Aurora la sujetaba con fuerza del brazo, sin darle la oportunidad de huir.

Le gustaba el baile de la gallarda, lo había podido aprender y disfrutar en uno de sus viajes. Precisamente en Italia, donde un noble muy diferente al resto, abierto de mente y una persona muy divertida, había invitado a Barba Negra y a ella a su mansión. Había sido una noche realmente divertida, aunque algo le decía que la velada que la esperaba no lo sería en absoluto.

Al llegar hasta la mitad de las escaleras, el sonido cesó y las curiosas miradas de todas aquellas personas se posaron en ella. Zoella se sonrojó por los jadeos, no sabía si era por la impresión, por su belleza o, por el contrario, por su poco atractivo.

Unos ojos oscuros como la noche captaron su atención por completo, haciendo desaparecer a todos los invitados de la fiesta y quedando en su imaginación únicamente ella y él. Su mirada la hizo estremecerse, aunque no presagiaba nada bueno por como la taladraba. Zoella estaba segura que deseaba estrangularla, pero debía ser el destino... Ahora, estando así vestida, pareciendo una dama refinada y bella como las mujeres que seguramente él frecuentaba, no la rechazaría. Ella no dejó de mirarle, hambrienta por poder ir cuanto antes ante su presencia y poder hablar con el hombre cuya mirada la hacía sentir tan viva. Debía explorar esos sentimientos tan desconocidos. Se decía la futura duquesa mientras bajaba el último peldaño de aquellas escaleras.

—Os presento a mi querida hija. Hace trece años desapareció y subió al barco de un desalmado pirata de quién muchos habéis oído hablar, Barba Negra. Mi niña vivió todos estos años como esos salvajes para poder sobrevivir y sin saber que su familia está en este mundo, pues el muy maldito la mintió diciendo que yo había fallecido junto a mi esposa, la duquesa Eleonor. La muerte de este bandido ha permitido la vuelta a casa de mi pequeña. Démosle la bienvenida a la futura duquesa de Buckingham. ¡Zoella Etherington! — Hizo un discurso emotivo William, provocando los aplausos de muchos de sus invitados, exceptuando a un grupo de personas que

estaba cerca del hombre que tenía los ojos tan oscuros como debía ser el propio infierno.

La duquesa Eleonor miraba con inquina a su hija, aunque no perdía su compostura ante sus amigos, mostrándose en todo momento correcta. No parecía una madre afligida y a su vez feliz por encontrar a su vástago que no ha visto en mucho tiempo.

Aurora no se separaba de ella, mientras Zoella temblaba sin poder controlarse. Pasó ante una señora que llevaba un vestido de lo más escandaloso. De color vino y con un escote tan pronunciado que pensó que se le saldrían a través del corsé como a esas fulanas con las que solía ir Timothy cuando estaban en tierra.

—Oh, querida, qué emoción que estés en casa. Lo que habrás sufrido... -Murmuraba y Zoella empezaba a cabrearse. ¡No se sentía una “pobrecilla” en lo absoluto y lo que más odiaba era provocar pena en otros! Ella nunca había adoptado el rol de víctima y no iba a comenzar a hacerlo ahora.

—No debe daros pena, milady. Sí, he pasado por muchas dificultades, pero eso me ha convertido en la persona que soy. —La respondió Zoella sin hacer caso de como Aurora apretaba su brazo de manera discreta.

—¿Y se siente orgullosa de lo que se ha convertido? —Una voz profunda y conocida la hizo darse la vuelta.

¡Era él! El hombre de la taberna que la acababa de taladrar con sus hermosos ojos del color del café, ahora mismo estaba ante ella y su expresión era de burla, aunque la futura duquesa no se daba cuenta, pues estaba embelesada mirando cada rasgo del rostro tan masculino del desconocido.

—¿Cómo? — Preguntó, embobada.

—¿Se siente orgullosa de ser una asesina, una persona sin honor y una ladrona? —La preguntó con voz lacerante y todo el mundo se giró hacia ellos sin perderse un detalle.

—¿Cómo se atreve a hablarle así a la futura duquesa? —Dijo Aurora mientras su señora era incapaz de hablar. El hombre atractivo la miraba con odio a pesar del cambio de su imagen.

—Yo no soy una asesina y tengo cierto honor. — Le dijo por fin Zoella porque sí era cierto que robaba, pero matar, solo lo hacía en caso necesario para sobrevivir o cuando era por una buena causa.

—¿Que no es una asesina? ¿A caso no es usted "La reina de los mares?"

Toda la sala se llenó de un tenso silencio mientras las palabras salían de los labios de Zoella con dificultad.

—Sí, esa soy yo.

Los jadeos de asombro e indignación empezaron a bullir y ella sin saber por qué, por primera vez se sintió avergonzada de ser lo que era. Él había causado esa sensación.

—Hace unos días usted mató a toda mi tripulación. El único que sobreviví fui yo, después de vuestro injusto ataque. Ante mis propios ojos mató a uno de mis hombres más eficaces en su trabajo.

—¡Me llamó fulana! —Se defendió, impactada por lo que acababa de enterarse. El hombre de la taberna era de la familia Hamilton. Probablemente el futuro duque, porque otro hombre muy parecido a él, pero mucho más viejo estaba a su lado, mirándole con aprobación. Debía ser su padre.

—Le llamó una cualquiera porque eso es lo que es. Pero, lo peor de todo, es que sí que es una asesina cruel y despiadada. Y aunque ahora este vestida de dama, nunca lo será porque el mar la ha corrompido y porque, aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Todo el mundo jadeó por el insulto, mientras a Zoella se le empañaban los ojos. Se sentía

humillada y nadie salía en su defensa, ella se sentía incapaz de atacarle porque no estaba en sus propias aguas, literalmente parecía en un territorio ajeno, por muy suyo que fuera legítimamente.

—Le juro que va a pagar las consecuencias de lo que le hizo a mi barco. —Siseó el hombre y añadió. —Recordará el nombre de Amos Hamilton, toda su vida.

La amenaza no le pasó inadvertida al duque William que venía en ese momento en dirección a la muchedumbre, pues cuando había empezado la disputa, él se encontraba en la otra punta de la sala, hablando sobre su hija y sobre algunos negocios con un amigo muy cercano.

—Retire sus amenazas de mi hija, Hamilton. Ella no sabía quién es usted y no conocía la familia a la cual pertenece. No tiene derecho de humillarla en público y bajo mi techo. —Dijo William con frialdad y Amos tuvo la decencia de sonrojarse.

—Ruego me disculpe, duque. Usted siempre ha sido considerado un buen amigo para mi familia, pero muy a mi pesar, debo decirle que he visto a su hija en su estado más violento y una persona así no puede cambiar. No está hecha para la buena sociedad, y solo os va a defraudar, aunque usted y la duquesa Eleonor no se lo merezcan. —Respondió Amos, haciendo enrojecer de rabia al duque de Buckingham.

—Mi hijo tiene razón. Lamento decir que su hija no es digna de ser duquesa. A pesar de no tener ella culpa alguna de haber acabado en manos de ese malvado pirata, su lugar no está entre los de nuestra clase. —Dijo el duque de Wellington, un ducado pequeño y no tan poderoso como lo era Buckingham. Venían desde lejos para apoyar a William que llevaba sin perder la esperanza de encontrar a su tesoro máspreciado, pero, ¿quién iba a decir que su tesoro máspreciado era esa mujer que tanto odio había provocado en su querido hijo?

—Me temo que nuestra estancia aquí ha terminado. —Dijo una señora bajita, pero con mirada poderosa, agarrando del brazo al duque y a Amos. Debía de ser la duquesa Hamilton.

La familia salió de la estancia con la cabeza en alto, mientras Zoella deseaba que la tierra se abriese y se la tragase. Los invitados la miraban de maneras diferentes. Unos con odio, otros con burla, tan sólo unos pocos con pena, y eso último la asqueaba a más no poder. Su padre parecía abatido y por los ojos de su madre salía fuego.

Eleonor cogió a su hija del brazo con fuerza y la apartó del lugar. Una vez a solas la miró a los ojos y con odio pronunció unas palabras que Zoella nunca iba poder olvidar.

—¡Vete para no volver jamás! Nos has dejado en ridículo con sólo tu presencia. Haz algo bien y márchate para no hacer más daño a esta familia. —Zoella asintió con las lágrimas brotando por sus ojos y cogiendo el bajo de su vestido, se dirigió corriendo hacia la salida de aquella enorme mansión que nunca sentiría como su hogar.

Empezó a correr camino al puerto. Aquellos zapatos que la había dado Aurora no eran nada cómodos. Así que se lo quitó con rabia y descalza siguió su camino, corriendo como si el mismísimo diablo la estuviera persiguiendo. Ni siquiera se dio cuenta que un hombre ebrio la había visto y que empezaba a seguir sus pasos.

En su mente no había nada bueno respecto a la joven mujer cuyo vestido agitaba el viento al igual que los rizos de su hermoso cabello.

El rufián llegó hasta ella, la jaló del pelo, y Zoella chilló por la impresión. Cuando le miró, volteó los ojos. Era el típico hombre que abusaba de los que creía más débiles. De estatura baja para ser un varón, pues media menos que ella. Tenía una tripa enorme que demostraba su buena alimentación a base de cerveza y su aliento apestaba precisamente a alcohol.

—¡Suéltame ahora mismo o despídete de tu miserable vida! —Le dijo ella con tranquilidad. El hombre empezó a reír a carcajadas con una voz molesta. Su cabello naranja como la de una zanahoria le daba un aspecto aún más estúpido a su cara que era anormalmente asimétrica.

—Dentro de nada gritarás de placer cuando te abra esas piernas que deben ser preciosas, pequeña. —Dijo este siseando y pronunciando cada una de las palabras de una forma casi ininteligible.

Su rostro enrojeció como un tomate cuando sintió la patada que no se esperaba justo donde estaba su hombría.

—Tienes razón, tengo unas piernas hermosas y saben golpear muy, pero que muy bien. Ahora te lo voy a demostrar.

El monstruo que todos llevamos en nuestro interior se despertó en la pirata y recordando esos últimos días y todos los cambios de su vida, el rechazo y la humillación de aquella noche, comenzó a golpear al hombre sin siquiera oír sus suplicas de dejarle. No deseaba oírle porque estaba segura que, si fuera al revés, él se divertiría con su sufrimiento. El rufián estaba en el suelo agachado, gritando como un cerdo, mientras la pirata pegaba con fuerza su tripa llegando a romper sus costillas. No llevaba sus armas, pero de allí no se iba a marchar hasta dejar a ese maltratador sin aliento. Una piedra se halló ante sus ojos, como si la llamara a gritos y sin pensarlo, la cogió entre sus manos, respirando agitadamente, cerró los ojos sin saber ni siquiera dónde golpeaba. Pegó hasta que los sonidos de lamento y gritos de tormento cesaron. Abrió sus ojos y vio la cabeza del hombre machacada. Tiró la piedra y se preguntó por primera vez, si había hecho lo correcto. ¿Matar era la solución?

—Gracias por haberle matado... —Se oyó una voz por detrás de sus espaldas. Se dio la vuelta para ver a una mujer que parecía ser vagabunda con una niña en los brazos. La nena debía tener unos ocho años.

—¿Por qué me agradece? —Preguntó Zoella frunciendo el entrecejo.

—Porque ya nunca más volverá a tocar a mi niña. —La ojiverde sintió que su corazón se rompía en mil pedazos, el mundo por enésima vez le demostraba lo cruel que podía llegar a ser. Era tan pequeña y ese hombre... Había hecho lo correcto. Sin duda, había gente que merecía lo que este cerdo acababa de recibir.

—De nada. —Murmuró, pensando que aquel noble llamado Amos era un imbécil que no conocía la vida, al menos no la parte mala de ella. Porque todo tenía dos caras, y él, como todos en aquella horrorosa fiesta, habían tenido la suerte de nacer en la parte buena. ¿La llamaba asesina? No tenía la menor idea de lo que era ser en verdad un monstruo. Tenía mucho que aprender...

Siguió su camino en el silencio de la noche, sin dejar de mirar bien en cualquier esquina muy oscura por la que pasaba, pues nunca se sabía... Hasta que llegó al puerto. Al ver su barco, su corazón latió en su pecho con desesperación y anhelo por ver algo familiar y caluroso. Con pasos apresurados se acercó y al oír las voces de Eddie y Timothy cantando una vulgar canción llena de improperios, sonrió.

Capítulo 6

'Nunca te rindas, porque estas en el lugar y momento en el que la marea dará la vuelta' **Harriet Beecher Stowe.**

El olor a pescado frito hizo que sus tripas grujieran. Llevaba con unos cuantos pastelitos todo el día, su tripa pedía comida a gritos. Subió al barco rápidamente. En la cubierta solo estaban Eddie y Timothy, pasándolo estupendamente. El resto debían estar en alguna taberna o en los brazos de alguna fulana.

—Hola... —Murmuró nerviosa y ambos hombres se giraron en dirección a ella.

—¡Zoella! —Gritaron sus amigos levantándose para abrazarla. La capitana de Furia del mar se emocionó, y empezó a llorar como una magdalena, sorprendiendo a sus hombres a más no poder.

—¿Qué te ha hecho? ¡Te han convertido en una blandengue! —Exclamó Eddie, preparado para patear culos.

—No... Es que... —Empezó a hablar Zoella, avergonzada.

—Niña, siéntate, está claro que necesitas desnudar tu alma. —Dijo Timothy, sentándola en una pequeña silla de madera. Eddie fue a por el ron, dando a su capitana una botella considerable que ella agradeció con una sonrisa que más bien parecía una mueca.

—No volveré nunca más a esa casa y nunca más pisaré las tierras de Buckingham.

—Hermosa, ¿por qué dices eso? —Preguntó Eddie.

—No importa, mañana zarpamos. —Le respondió Zoella, adoptando su postura de capitana. Al pisar su barco, volvía a sentir fuerzas.

—No, serás mi capitana, pero también es como si fueras mi hija. Quiero que me cuentes todo desde el principio, desde tu llegada a casa de tus padres. Y no admito un "no" por respuesta, jefa. —La dijo Eddie, provocando su sonrisa.

—Eso es... Te queda bien sonreír, capitana. —Dijo Timothy.

Zoella tomó aire antes de empezar a hablar. Contó todo sin omitir detalles, hasta habló de cómo conoció a Amos Hamilton y que el barco que habían destrozado hace nada era el suyo. Sus hombres la escuchaban atentamente hasta que ella acabó de relatar sin darse cuenta que durante todo el tiempo había llorado. Para Timothy y Eddie era extraño porque ella nunca lloraba, incluso cuando era niña y se hacía daño, jamás derramaba una lágrima, a menos que estuviera segura de estar sola, en caso contrario no demostraba debilidad, pero claro... Se encontraba entre los suyos, confiaba en ellos y por muy calculadora que fuera normalmente, ante Eddie y Timothy sus emociones eran transparentes.

Eddie le puso un plato con pescado que ella empezó a comer con ganas, el ron y el pescado no eran una buena combinación para su paladar, pero entre amigos y sin hostilidad cerca, con el hambre que tenía, le supo a gloria a la futura duquesa.

—No eres una cobarde, jamás lo has sido y me estás defraudando ahora que veo que has comenzado a serlo. —Dijo Eddie, dejándola sin aliento.

—¡Cómo te atreves! ¡No soy ninguna cobarde! Retira esas palabras, viejo... —Le dijo ella, echando lava por sus ojos verdes.

—Te da miedo que no te acepten esos paletos y huyes en vez de luchar por lo que te pertenece y enseñar a esos imbéciles de qué pasta estás echa. No, Zoella. Lo correcto sería en vez de huir a tu barco como una mosquita, volver y darles una lección. Los piratas tenemos un corazón mil veces más grande que esos finolis, nacidos con la cuchara de oro en la boca. Si en el mar puedes ayudar a la gente, con el poder que debe poseer una duquesa, harás mil veces más bien.

Zoella iba a hablar, pero Eddie la interrumpió, prosiguiendo con su discurso.

—Tu deber es casarte y dejar el ducado en buenas manos. Tus padres... No puedo decir que sean buena gente, pues con mi capitán no lo fueron en absoluto, pero al menos, intentan ser justos y han gobernado en su ducado con mano firme. Si no tienen a quien dejar su legado, ¿qué pasará? ¿Has pensado en qué manos puede caer toda esta tierra y su gente? Pueden ser personas mucho peores que los actuales duques. Debes elegir un futuro duque digno y cumplir con tu deber, si por ese entonces, sigues deseando volver al mar, ya sabes que estaremos para ti. Pero la palabra de un pirata es sagrada y no debes echarte atrás. Podemos ser todo, pero cobardes, desde luego que no.

—¡Yo no he dado mi palabra en ningún momento! —Le espetó ella.

—Naciste y firmaste simbólicamente un pacto con Buckingham. Tu propia existencia es como un apalabramiento. —Le contestó Timothy y ella quedó impactada porque parecía estar de acuerdo con el viejo Eddie.

—Estás dolida, pero como dices, tu padre sí te recibió bien y este hombre no merece más daño, Zoella. Al menos dale lo que necesita para que cuando lleguen sus últimos días, no se arrepienta de haber tenido una hija que renegó todo lo que él mantuvo durante toda su vida respetando el legado de su familia.

—No es justo... —Les reprochó ella, con la mirada triste porque pensar en su padre biológico sufriendo, sí que la dolía.

—¿Qué es lo que no es justo? ¿A caso es tan difícil acostumbrarte a comer bien, dormir en calentito, llevar bonitos vestidos e ir de fiesta en fiesta? —La preguntó Timothy y ella le miró sin saber qué responder.

—Pues tal como lo dices...

—Vuelve niña y sé la mejor duquesa que Buckingham pueda tener. — Dijo Timothy.

—No valgo para eso...

—Vales para todo lo que te propongas. Eres la reina de los mares y nada te impide ser la reina de Buckingham. —Contestó Eddie y ella sintió su corazón saltar en su pecho.

Era una gran verdad lo que le decía su gente. ¿Por qué demonios había huido como una cobarde? Tal vez para salvar a aquella niñita cuyo rostro dormido en los brazos de su madre, todavía aparecía en su mente. Pero, era hora de volver y nadie la iba a impedir cometer su deber, en cuanto acabará allí volvería al mar...

La vuelta hacia casa había sido tranquila porque Timothy la acompañaba. No se atrevía nadie a acercársele. Una vez ante la puerta principal que daba al jardín central, el más grande de la mansión, se despidió de Timothy con un beso fraternal en la mejilla.

—¡A por ellos! —Dijo su amigo, haciéndola reír. Se acercó a la puerta custodiada por los dos guardias de siempre.

—¿Puedo pasar? —Preguntó avergonzada, pues su vestido se había ensuciado, sus pies estaban manchados por la mugre de las calles y probablemente su cabello estaba otra vez hecho un asco.

—No debe preguntar, milady. Es su casa. —Respondió uno de los guardias, observándola de una manera que la emocionó, como si comprendiera la batalla que había en su interior. Solía ser una mujer pragmática y ahora mismo no sabía ni cómo pensar por todas las emociones que dominaban su razón.

—Gracias. —Respondió confusa.

—¡Lady Etherington! — La llamó uno y ella se dio la vuelta.

—No permita que nadie la haga dudar que este es su hogar. —La dijo el mismo guardia, mientras el otro afirmaba con un gesto con la cabeza, aunque, no se atrevía a hablar. Zoella asintió, pensando que tal vez encontraba gente que valiera la pena en aquel lugar tan cercano y a su vez ajeno a su persona.

Entró a dentro, el mayordomo a quién todavía no tenía el placer de conocer abrió la puerta sin que a ella le diera tiempo llamar. Sus padres salieron al rellano enseguida.

—¡Zoella no vuelvas a hacerme esto más! Mi niña hermosa... —Empezó a decir su padre y ella se sintió horrible. Él parecía amarla, no debía haberle disgustado por culpa de su progenitora. Se fijó en ella. Por un momento pareció hallar alivio en su semblante, pero se dijo que era una estupidez, serían imaginaciones suyas, tal vez deseaba ser amada por ella tanto que empezaba a alucinar como los piratas que veían por las noches sirenas gracias al ron que se bebían. Una vez Timothy le había contado que durante la luna llena había contemplado a una bella criatura, mitad humana, mitad pez, nadar en la superficie del mar cantando con una voz mágica y dulce. Decía que era pelirroja de ojos tan grises e inusuales que quitaban la respiración. El hombre se había pasado un mes entero todas las noches intentando volver a ver a la sirena que nunca más se le volvió a aparecer.

—*"Bebe más ron, seguro que así aparece"* —Bromeaban todos los demás con él, mientras que a Zoella la daba pena. ¿Qué tan solo debía sentirse como para que su imaginación hubiera creado a una mística mujer de la que se había enamorado? Porque sí, parecía enamorado por como contemplaba el agua perdiéndose en sus olas.

Eleonor Etherington apartó la vista de su hija, como si no pudiera mirarla, como si la doliera observarla. Zoella no la hizo caso y abrazó a su padre.

—No te preocupes, nada volverá a separarnos. —Le dijo con una sonrisa. El hombre que parecía torturado, al oír esas palabras halló se en su rostro una calma que dio color a sus mejillas ligeramente regordetas.

Y en silencio la futura duquesa se dirigió hacia su recámara mientras todo el servicio de la enorme casa la miraba espantado, otra vez por las pintas que traía. Seguramente Aurora la iba a tirar de las orejas, pensó, divertida, imaginándose a la rubia mostrar carácter, y lo había hecho durante la velada, defendiéndola ante todos. Estaba claro que ella iba a ser su mejor amiga. Zoella se dijo que no sabía nada sobre la moza, debía hablar con su nueva compañera, pues su vida ya era un libro abierto para la rubia, mientras que ella desconocía la historia de la muchacha y todos tenían una que contar. Algo le decía que la historia de Aurora iba a ser interesante de oír.

Al entrar en su habitación se acostó tal cual, en su cama, oliendo la dulce fragancia que desprendían las cobijas de esta. El sueño la invadió rápidamente y lo último que vio fue a Amos Hamilton riéndose en su cara.

Era vengativa, ya la había advertido Barba Negra que la venganza era uno de los peores enemigos de las personas, que él lo sabía por propia experiencia, ahora Zoella tenía conocimiento a lo que se refería. Pero no podía dejar de pensar en que la venganza más deleitosa sería si lograba conquistar el corazón del duque. No sabía si era un pensamiento vengativo o simplemente su juicio se manifestaba de esa forma para no herir su propio orgullo. En la tierra había hombres de sobra y, sin embargo, ella no dejaba de pensar en ese, que no merecía ni un suspiro por su parte, pero tal vez y solo tal vez... Si la conociera sabría que es de confiar y la daría una oportunidad. Ese hombre alteraba el ritmo de su corazón y no podía desperdiciar la oportunidad de conocerle.

—Hora de despertar. — La voz melodiosa de Aurora la despertó de su profundo sueño. Abrió los ojos y se despezó en la cama, disfrutando de lo blandita y espaciosa que era esta. Literalmente era como dormir entre algodones. ¡A eso sí se podía acostumbrar una y sin problemas!

—Vamos a ver qué vestido elegimos para hoy. Y luego bajaremos a desayunar. —Le informó su amiga. Aurora parecía enfadada y Zoella frunció su nariz al verla con un comportamiento correcto,

pero frío hacía su persona.

—Aurora, ¿sucede algo? Parece que estás disgustada conmigo.

—No lo parece, es que es así. Somos amigas, al menos eso me dijiste y según tu criterio no eres una mentirosa. Los amigos se cuentan todo y ayer tú te marchaste sin decirme nada, dejándome preocupada y sin poder cerrar los ojos en toda la maldita noche. —Respondió la muchacha con una furia a penas contenida. Zoella se emocionó por su preocupación. No se conocían casi y, sin embargo, la amistad que nacía entre las dos era cada vez más fuerte.

—Lo siento mucho, Aurora. En ese momento estaba tan dolida que hui. — Respondió Zoella y la joven al ver su vergüenza por lo que consideraba una cobardía, y la tristeza en su mirada del color de las hojas de los árboles en pleno verano, se sintió mal por reprenderla.

—No pasa nada, mujer. Siento haberme puesto así. Si te apetece charlar, estaré encantada de escucharte. —Respondió, provocando una sonrisa en la futura duquesa.

—Te contaré todo lo que pasó con lujo de detalles después de que me marcharé de la fiesta, pero quiero que me cuentes más cosas de ti mientras me arreglas. Deseo conocerte. —Dijo Zoella y la rubia asintió con timidez.

Aurora sacó en ese momento unos cuantos vestidos del armario, los cuales había colocado la noche anterior, pues eran los más antiguos que Eleonor tenía y no eran nada adecuados para una futura duquesa que debía tener el armario lleno de cosas modernas y costosas. Estos vestidos que la duquesa había dado a su hija y refunfuñando, encima, eran para la caridad. Aurora por supuesto, había traído los vestidos colocándolos pulcramente en el armario de su señora sin rechistar, pero le parecía de lo más bajo hacer algo así a tu propia hija.

—Mi vida no es muy interesante. Soy de clase baja. Mi madre era la sirvienta, cocinera de una buena marquesa. Yo nací fuera del matrimonio y la marquesa me quiso tanto que me enseñó modales, escribir y leer. Era una señora muy inteligente. No tenía hijos así que se volcó totalmente en mi cuidado. Cuando cumplí los catorce mi madre murió, al cabo de poco tiempo la marquesa también, pues ya era de edad avanzada. Antes de morir llamó venir a tu madre. Pidió a la duquesa Eleonor que me diera techo. Fue su última voluntad y por supuesto, tu madre cumplió con su deber. Ya me conocía, de antiguas visitas y estaba al tanto del amor que me profesaba la vieja viuda. Así acabé aquí y como era mejor instruida, incluso más que las muchachas de alta cuna, la duquesa me dio las tareas más fáciles y convirtiéndome en el rango más alto del servicio. Le estaré siempre agradecida. — Acabó de relatar la chica.

Zoella se sorprendió mucho. Ella habría jurado que la rubia pertenecía a una familia aristócrata que había perdido su fortuna, eso era más común de lo que la gente imaginaba. La mayoría de veces perdían sus bienes en juegos de cartas o estúpidas apuestas. Al pensar que su madre había dado oportunidad a una desconocida mientras que a ella no, sintió una rabia terrible que deshizo de su mente de forma presurosa.

Finalmente, Aurora la puso un vestido de color amarillo pastel. Zoella no tenía ni idea que era de la temporada pasada, para ella todos esos ropajes eran exquisitos. Con el cabello hecho con esmero en un recogido primoroso bajaron al comedor donde el nuevo cocinero a quién por supuesto, Zoella no conocía, servía unos platos abundantes con gachas.

La futura duquesa se sentó con apetito. Al cabo de unos minutos bajaron los duques. Parecían incómodos, como si desayunar juntos no fuera algo habitual. Y así comenzó la hora del desayuno más silenciosa alguna vez presenciada por Zoella. El duque sonreía de forma forzada y la duquesa parecía tan agría que uno se preguntaba cómo demonios vivía así.

Afortunadamente después cada uno se dirigió a hacer sus cosas y la ex pirata quedó sola, era mejor que estar mal acompañada.

Era algo que la dejaba perpleja, pero había cosas que no recordaba de su mansión. Aurora la ayudó llevándola a dar un buen paseo por todo el lugar, comenzando desde el ala este de la casa. Esa parte estaba vacía porque casi nadie se alojaba allí, estaban predispuestas solo las cosas esenciales por si venían invitados para quedarse a dormir. No había mucho que ver, las habitaciones eran amplias y cómodas. Había un pequeño jardín que a Zoella la fascinó mucho más que el jardín principal de la mansión. Este era más coqueto y sus rosales eran tan bonitos y coloridos que una se sentía en el paraíso. Era el sitio perfecto para leer, aunque ella apenas sabía, se le hacía una tarea un poco difícil, no obstante, se podía defender con la escritura. Barba Negra la había enseñado lo básico para poder arreglárselas si algún día por casualidad, la hacía falta. La pequeña fuente cuya agua formaba un sonido maravilloso al golpear la piedra de granito, le encantaba, una podía reflexionar, pensar en paz sobre cualquier asunto. La capitana decidió que ya tenía un lugar favorito a dentro de la casa familiar y era este.

—Deberías pedir a tu padre dinero para poder ir donde la modista. Tu ropa no es adecuada para tu posición y tu llegada a sido algo tan inesperado y escandaloso, que no pararan de lloverte las invitaciones para asistir a diversos tipos de eventos y fiestas. —La dijo Aurora, mientras se dirigían hacia las caballerizas de la familia.

Zoella al aspirar el aroma sintió un calor en el pecho inusual. Un recuerdo brotó en su mente de cuando suplicaba a su padre que la enseñará montar. Él la respondía. —"*Debes crecer un poquito más, pequeña mía*". En sus sueños, ella siempre se imaginaba montando un caballo negro. Se le daba bien, había tenido tiempo de aprender a pesar de pasar la mayor parte de su vida en el mar, pero la habría encantado que William se lo hubiera enseñado, a la pequeña Zoella de cinco años, eso la habría hecho muy feliz. Lo sabía porque era como contactar con su yo de niña, como si hablarán y recordarán cosas, sucesos, sueños que nunca se cumplieron...

—¿No le molestará? —Preguntó Zoella, insegura. Aurora la miró con seriedad y respondió.

—Debes empezar a mostrarte como una duquesa, como alguien de la clase a la que perteneces por mucho que intentes negarlo. Si en el barco eres tan poderosa, debes imaginar que este es tu barco y convertirte en lo que espera y necesita la gente.

Zoella sabía que ella tenía razón. Levantó la barbilla en un gesto que ella no se dio cuenta que hacía y Aurora sonrió.

—En realidad tienes ese orgullo y temperamento dentro, simplemente debes acostumbrarte un poco. —Dijo esta.

El resto del día discurrió de forma agradable. Por la noche Zoella cenó con su padre y con Aurora a la cual el duque William no había puesto ninguna objeción de que cenará junto a él y su hija. Eleonor no había acudido, alegando un dolor de cabeza que todos sabían que era mentira.

—¡Cecilia! Mi hija y la señorita Aurora tomaremos una taza de café en la biblioteca. —Ordenó el duque, cuando acabaron de degustar aquellos platos tan elaborados y ricos a base de carne de ave, vino y pan. Iban a disfrutar del postre que eran pastelitos de limón mientras tomaban el café. Zoella pensó que la diferencia de la cantidad de alimento que había consumido ese día con lo que solía comer en su día a día en la Furia del mar, era abismal.

Los pastelitos eran riquísimos y su padre era un buen conversador que no se mostró en absoluto disgustado por tener que hablar con dos mujeres, como haría la mayoría de hombres de su posición para los cuales una mujer no suponía más que un método de procrear un heredero o que cuidará del hogar y de los niños. A William le interesaba la opinión de las dos jóvenes damas, sobre todo las convicciones de su hija que quedó realmente sorprendida cuando mostró un genuino interés en saber sobre las condiciones en las que vivían el resto de personas en los alrededores, aquellos que habían tenido la desdicha de nacer en la pobreza.

Al acabar la velada, Zoella se marchó feliz como una perdiz a dormir, había conectado con su padre de una manera diferente y ahora sentía que eran más cercanos uno al otro. Él era una persona inteligente, comprensiva y muy razonable. Esa era la impresión que había causado el duque en su hermosa hija a la que ya llamaba, "*Luz de mi vida*".

El día de mañana sería largo e interesante, pues según el concejo de su padre, habían decidido aceptar la invitación de la condesa de Lady Pembroke, que había llegado a Buckingham hacía unos días para pasar la época de presentación en sociedad. Por supuesto, había oído el rumor sobre Zoella y en la carta expresaba claramente sus enormes deseos de ver a todos los integrantes de la familia de los Etherington.

—Es una mujer famosa por su mal gusto. Cuando se casó con Lord Pembroke, nadie la aceptó por ese comportamiento ridículo que solía tener, tú eras una niña por aquel entonces.

—La recuerdo vagamente... Las mujeres solían criticarla siempre que podían. —Respondió Zoella.

—Pues se ha convertido en la crema de la sociedad buena. El propio rey la tiene en una gran estima y que nos haya invitado es un punto favorable para ti. Si le caes bien, el resto hará la vista gorda de tu pasado y de las circunstancias que te llevaron a ser una pirata. Habrá una posibilidad de que te admitan. —Le informó el duque.

—Eso es una noticia estupenda, padre. Haré lo imposible por caerle bien a esa Lady. —Contestó Zoella, decidida y con un brillo en los ojos.

Lady Pembroke alisó los pliegues de su vestido de color lila. Ya la gente se había acostumbrado a su estilo excéntrico y único. Hoy destacaba la hermosa flor gigante que llevaba en el pelo incrustado. Empezó a reír al recordar la forma en la que la trataban sus iguales. Todos esperando a que se diera la espalda para empezar a cuchichear.

Lady Pembroke no solamente disfrutaba llevar su estilo a su apariencia física, sino también a la decoración de su casa que siempre hacía jadear de asombro a todos.

Antes de que el rey dijera en público que es una mujer extraordinaria, todos hablaban de su poco sentido común mirándola con altanería.

Ahora, parecían estar de acuerdo en sus gustos, repitiendo como tontos —"*Oh, Lady Pembroke es usted única y con un gusto exquisito*".

Estaba segura de que tarde o temprano harían daño a la bella y joven criatura que pronto llegaría. La esperaba con ansias. La había visto contadas veces de niña y siempre había pensado que algún día se convertiría en una mujer realmente bella. No dudaba de que así había sido a pesar de las malas lenguas. Los rumores habían llegado hasta sus oídos y lo que sentía era pena y mucho coraje porque estaba claro que la hija de William y Eleonor no tenía culpa alguna de haber acabado siendo una pirata. De hecho, la gente debía admirarla por haber sobrevivido y siendo una mujer. El mundo era muy cruel para las mujeres. Si hubiera sido un varón, el escándalo no habría alcanzado esas magnitudes. Algunas veces, Lady Pembroke soñaba en secreto. En su imaginación se encontraba en un mundo donde no existían las clases sociales, donde todos eran iguales y donde las mujeres tenían exactamente los mismos derechos que los hombres. Pero, claro, eso no se lo contaba a nadie porque estaba segura que, si llegaba a los oídos del rey, la mandaría a la horca por muy amigos que fueran. Había cosas que era mejor guardárselas.

Los primeros invitados llegaron. Los Hamilton. Con una gran sonrisa se encaminó hacia ellos para saludarles.

Su esposo, que estaba en ese momento tomando una copa de jerez, se acercó entusiasmado, pues se llevaba muy bien con el duque Hamilton a quién consideraba una persona innovadora y poseedora de gran intelecto.

—Oh duquesa, está usted deslumbrante. — Saludó ella con una leve inclinación con la cabeza a Clarise Hamilton que encantada, respondió. —Gracias Lady Pembroke, usted siempre tan amable.

No la había alabado también. Hecho, que demostraba que la duquesa de Wellington no era una cobarde y mucho menos una falsa. No le gustaba su forma de vestir, se mostraba respetuosa, pero evidenciaba de manera digna como una reina que no la aprobaba. Era una buena cualidad, pensaba Lady Pembroke.

Clarise Hamilton encandilaba con su belleza pese a su edad, pues ya no estaba en la flor de la vida, pero tenía un rostro agraciado y siempre vestía lo más idóneo para destacar su figura fina y delicada.

—Querida, vienen más de nuestros invitados. Vamos a saludar. Con permiso. —Dijo Lord Pembroke, llevando por el brazo a su esposa que le observó detenidamente. Sus canas ya ocupaban todo su cabello que progresivamente era menos en su cabeza en forma de huevo, y, sin embargo, cada vez que miraba sus ojos de ese color marrón tan común y sin nada especial, sentía que el mundo era suyo por sólo estar con él, que su corazón latía en su pecho al igual que la primera vez que le vio en una fiesta cuya fecha quedaría grabada en su mente de por vida. Se había enamorado de su marido a primera vista y al descubrir posteriormente la personalidad tan arrolladora de este, se dijo que tenía mucha suerte porque pocos lograban encontrar al amor de su vida.

Pronto la sala de fiesta de los Pembroke se llenó de gente. Todos vestidos de una manera tan sosa para el gusto de la anfitriona, pero bueno, no se podía esperar menos de esos estirados. Las risas y conversaciones banales cesaron por un momento, Lady Pembroke se dio la vuelta para contemplar al objeto de sus pensamientos en aquel día pasar a su casa, de manera trémula. El Duque William la sujetaba del brazo, como si intentará velar por ella, confortarla. Mientras que la duquesa parecía desear apartarse de su familia. ¡Qué mujer con más poco sentido común! Pensaba la anfitriona, mientras se acercaba animadamente hacía sus invitados. Al lado de la bella joven de ojos verdes, había otra muchacha, con un aspecto mucho más refinado, pero sin la postura de alguien que perteneciera a la nobleza. —"*Un grupo interesante*". —Pensó la mujer, sin percatarse que en la sala una familia miraba con odio a los recién llegados.

Zoella se sentía como si estuviera en un juicio y tal vez así lo fuera. Después recordó las palabras de su amiga y levantó la cabeza, puso la espalda recta y la barbilla levantada. ¡Era la futura duquesa, debía empezar a demostrarlo!

Una mujer de aspecto extrañamente encantador, se acercó hacía ella y su familia.

—Bienvenidos duques a mi fiesta, es un honor que hayáis traído a esta preciosidad a mi hogar. —Les saludó Lady Pembroke, dejando a todos asombrados. La mejor amiga del rey hablaba con suma educación con la familia que ahora estaba en boca de todos.

—Gracias por su invitación Lady Pembroke. El honor es mío, haber sido invitada a su hermosa casa y por una anfitriona tan encantadora como lo es usted. — Contestó Zoella con una voz tan dulce, tal vez con demasiada zalamería, pero en definitiva podía conquistar a cualquiera. Sus padres la miraron atónitos. Pues sus formas de hablar parecían ser correctas en general, pero siempre con un toque de un tono como "borde", y ahora era tan diferente y dulce que el cambio de personalidad les dejaba perplejos. El semblante de una bandida asesina casi ni se podía notar por su sonrisa que iluminaba la sala de los Pembroke.

— ¡Qué joven tan cautivadora! —Exclamó Lady Pembroke. Entonces todos jadearon, porque solo bastaba eso para que, de ese momento en adelante, en vez de ser denominada: "*La ex pirata*", todos la llamarán. <<*Zoella, la cautivadora*>>

—Espero que disfrutéis mucho de la fiesta, duques, pero me encantaría poder hablar a solas con su hermosa hija. —Pidió Lady Pembroke de una manera un tanto descarada.

—Por supuesto. —Respondió William, satisfecho.

Zoella y Lady Pembroke caminaron juntas hasta la zona de descanso, donde había algunas damas sentadas conversando, ellas en seguida se levantaron al verlas y ante la mirada de todos, las dos mujeres se sentaron con una sonrisa, siendo el centro de atención.

—Es una mujer muy inteligente y asombrosa. Voy a ayudarla, no hace falta que me haga la pelota, aunque debo admitir que por muy asesina que se diga que es, cuando desea, resulta deleitable. —Empezó la mujer a hablar, divertida. Zoella sonrió de oreja a oreja porque estaba claro que era de las suyas, alguien con carácter y bastante perspicaz.

—Necesito lograr ser aceptada por la buena sociedad y ser una buena opción para sustituir a mis padres cuando llegue el momento. Para ello debo encontrar un esposo digno y no resultará tarea fácil si todos me tratan como la apestosa... —Respondió Zoella, yendo al grano. Lady Pembroke asintió, pensativa.

—Claro, debe ser realmente difícil encontraros con esto, que sus padres esperen poder confiar en usted su legado, pero al haber desaparecido tan pequeña, no sabe las buenas costumbres de los de nuestra clase, ello provoca un constante rechazo en los demás. —Resumió la mujer, su problema.

—No me dieron ni una sola oportunidad milady. El plan de padre era que se centrarán en que he logrado sobrevivir, en que soy fuerte, pero cuando el futuro duque de Hamilton salió diciendo que he matado a toda su tripulación, decidieron todos ir en mi contra. —Se explicó Zoella.

—Lo he oído, querida. Y precisamente por eso os he invitado, y también invité a los Hamilton. —Contestó Lady Pembroke y ella sintió como si un balde de agua fría le fuera arrojada.

—¿Cómo? —Preguntó entre aterrorizada y entusiasmada por volver a verle.

—No pierda la compostura, es una futura duquesa, debe ser usted misma con sus características especiales, pero siempre recordando cuál es su deber. —La reprendió la mujer. Zoella asintió y con toda la frialdad a la que era capaz, que no era poca, centró su atención en lo importante. En la conversación con Lady Pembroke, que duró bastante tiempo, aunque finalmente la cautivadora se quitó un gran peso de encima, estaba segura de que tenía el apoyo de la influyente mujer con la que resultaba agradable hablar, sin siquiera darse cuenta la había contado toda su vida, una confianza desmesurada en la persona de milady, que esperaba que resultará a su conveniencia y acabará en una gran amistad.

Salió al jardín trasero después de la larga conversación. El esposo de Lady Pembroke la había invitado a un baile y ella no pensaba quedarse allí sola.

No había nadie, la única compañía era la noche y sus estrellas que iluminaban el cielo. Respiró el aire fresco y pensó en lo que harían Eddie y Timothy... Un crujido de unas ramas caídas que había por el suelo, la puso alerta. Quiso darse la vuelta, pero antes de que lo hiciera fue sorprendida de encontrarse entre un cuerpo firme y la corteza de un árbol pegado a su espalda.

Capítulo 7

Pasamos tiempo pensando en el amor, pero, ¿el tiempo nos permitirá pasar del amor?

Amos Hamilton la tenía apresada. Zoella intentó empujarle por el pecho, pero el hombre era firme como una roca.

—Suélteme ahora mismo si no quiere que le mande a un mundo mejor. —Siseó ella revolviéndose entre sus brazos que parecían las cadenas de su prisión. Un cautiverio que no resultaba nada desagradable. Sentir su cuerpo tan pegado al suyo provocaba un calor extraño en su abdomen que no sabía cómo definir.

—No la voy a soltar, aunque me repugne estar cerca de usted.

Sus palabras fueron hirientes y su orgullo femenino parecía estar por los suelos.

—Algún día va a lamentar todos sus desprecios, humillaciones y constantes ataques que me lanza desde que me conoce. —Le respondió dolida, pero intentando enmascarar lo mucho que la afectaba su persona, adoptando su tono frío y mordaz.

—¿No me diga duquesa? —La preguntó él con burla.

Zoella abrió los ojos de par en par cuando sintió en su abdomen una dureza que claramente era el miembro de Amos. Su respiración se entrecortó al comprender lo que eso significaba. Había oído muchas veces hablar a los hombres de su tripulación, decían que cuando su deseo se acrecentaba por una hembra, el miembro se les ponía como una piedra y lo que Zoella sentía en ese momento era exactamente eso y cada vez la masa parecía más dura...

Miró los ojos de Amos Hamilton y se sonrojó por el deseo que vio en ellos. ¡No se lo podía creer! El hombre que parecía tan inmune a ella se la estaba comiendo con la mirada.

—Me deseas... —Susurró ella con voz ronca y quedó sorprendida al recibir su primer beso. Arrollador, tan pasional que no podía respirar. Sentir su lengua explorando su boca era delicioso, ella siguió su ritmo, abrazándole por la cintura, deseando que nunca acabará ese aleteo en su corazón, esa felicidad inmensa como si tuviera lo que más anhelaba en el mundo. Repentinamente chilló cuando el futuro duque la agarró del cabello tirándolo hacía atrás con saña.

—En mi vida podría desear a una mujer como tú. Una puta. —La dijo asqueado. Parecía decepcionado de sí mismo por lo que había hecho, como si sucumbir a sus deseos fuera imperdonable porque se trataba de ella.

—No soy una apestada y puedo ser una dama de clase, una buena duquesa y esposa... —Le dijo desesperada, sin importarle su orgullo en ese momento, solo deseaba sentir lo que acababa de disfrutar cuando él estaba abrazado a ella, buscando y bebiendo de sus labios.

Amos la miró furioso rompiendo su corazón, un corazón que ella no sabía cuán frágil podía ser.

—Nunca dejará de ser una apestada. Vi con mis propios ojos cómo mató a un buen hombre con tanta frialdad que es imposible pensar que en sí interior albergue algo más que maldad. Es una manipuladora que sólo ha venido por el dinero y la buena vida que pueden ofrecerle sus padres. Me repugna como persona y, sobre todo, como mujer.

Dichas esas palabras se dio la vuelta abandonándola en el jardín de Lady Pembroke... Zoella nunca olvidaría esa noche, por muy loco que sonará se dijo que haría lo imposible para que él se casara con ella. Amos opinaba de su persona de manera tan desagradable y odiosa que Zoella sentía que su corazón se hacía añicos cada vez que él la fulminaba con esos ojos negros, tan llenos de odio cuando se dirigían a su persona. Pero la había besado y eso significaba algo...La deseaba, no había duda alguna y una idea descabellada cruzó la mente de la futura duquesa. Era arriesgado, pero estaba segura que si pasaba tiempo con ella sabría que no es un monstruo como todos creían.

Debía averiguar dónde se hospedaba su futuro esposo. Mañana a la noche llevaría a cabo su plan...

Los pies la dolían horrores, y eso que no había bailado ni una sola pieza. Pues de todos los varones que estaban allí, no la había invitado ni uno. Su duque, sin embargo, no había perdido el tiempo, bailó de forma caballerosa con varias damas entre las cuales una rubia preciosa que había sacado a Zoella de quicio. Sonreía a su duque de manera descarada y batía las pestañas encantadoramente.

—"Es Rose, la joven más exitosa este año en las presentaciones de sociedad, ya hay varios candidatos que reclaman su mano". —La había informado Lady Pembroke. Aquello acrecentó el mal estar de Zoella que era incapaz de disimular sus emociones. Debía darse prisa en actuar porque al parecer el atractivo de su duque no le pasaba desapercibido a ninguna, todas babeaban literalmente por él. Amos sonreía y se comportaba delicadamente con las damas que le perseguían como abejas.

Cuando acabó aquella fiesta que le había revuelto las tripas sintió alivio. Afortunadamente el comportamiento de la gente había cambiado hacia su persona, hasta algunas damas se habían acercado a hablar con ella, aunque casi le da algo por tener que aguantar las charlas sobre banalidades como vestidos, peinados y lo difícil que resultaba tratar con el servicio.

Una vez en el carruaje, estaba impaciente por llegar a casa y hablar con Aurora a solas. Parecía que ambas tenían cosas que contarse. Su amiga estaba muy sonrojada y parecía excitada por algo, Zoella no aguantaba los secretos y tenía unas ganas terribles de contar sobre el episodio en el jardín. Probablemente estarían hablando hasta la madrugada.

—¡Qué piensas raptarle en tu barco! ¡Te has vuelto loca! —Decía Aurora mientras desnudaba a su señora para ponerle el camisón de dormir.

—¡Te han dado el primer beso igual que a mí! ¡Estamos sincronizadas, Aurora! —Decía Zoella sin escuchar a su amiga, por un oído le entraban, por el otro le salían sus protestas.

—Deja las sincronizaciones y tonterías. Lo que piensas hacer es una locura, Zoella. — La respondió Aurora y la pirata puso los ojos en blanco.

—No lo comprendes. Si no me lanzo alguna arpía me lo va a quitar antes de que me entere. No sé si te das cuenta, pero seducir no se me da muy bien que digamos...

—Oh, tranquila, desde luego que te creo. —Contestó la rubia con sarcasmo, aunque la castaña no se dio por aludida.

—Si él ve que soy pura, se casará conmigo y seguramente tras un tiempo comprenderá que soy buena persona, no perfecta, pero tampoco un monstruo. —Prosiguió a hablar Zoella sin ver que su amiga la miraba como si hubiera perdido un tornillo.

—Zoella, no me parece buena idea, ¿y si después te abandona y no se casa contigo? Ahora tienes oportunidad de encontrar un buen esposo porque a pesar de tu fama no te ha tocado nadie. Ningún hombre quiere a una mujer por esposa que no haya sido únicamente suya. —Habló Aurora, intentando hacerla entrar en razón, pero nada parecía quitarle esa estúpida idea de la cabeza.

—Es un caballero y cuando vea mi pureza estoy segura que se casará conmigo, por deber, luego se convertirá en amor, como esas historias románticas que me contaba uno de mis tripulantes que en paz descansa.

—Oh, ¿murió el pobrecillo? —Preguntó Aurora, apenada.

—No, se casó el hijo puta y decidió vivir en el campo con su esposa. La última vez que le vi tenía cinco mocosos y todos tan rubios que resplandecían sus cabezas más que el sol de verano. Lo peor de todo es que se llevó a mi hermoso loro, Kiko.

—¿Kiko? —Preguntó Aurora, riendo.

—Sí, sabía decir la frase: —"Abandona este barco, bastardo" —Contestó la castaña y Aurora estalló en risas.

—¡Qué útil lo que le enseñaste! —Dijo la rubia, pero cuando vio que su señora la miraba con seriedad, su sonrisa se esfumó de su bello rostro.

—Lo voy a hacer y quiero saber si tendré tu palabra de que serás discreta.

—Si estás segura de lo que haces, por supuesto, pero tengo miedo de que te hagan daño. — Le respondió con sinceridad.

Zoella le dedicó una cálida sonrisa a su amiga y habló. —No te preocupes. En cuanto sean las once saldré por la ventana. Ya he hablado con los guardias a quienes no sé por qué, pero les caigo muy bien, me han dado su promesa de tener los labios sellados. Iré donde la casa de mi duque y le raptaré.

—¿Has pensado todos los detalles bien?

—Por supuesto. Ya tengo experiencia raptando gente. —Respondió tan pancha la ex pirata.

—¿No me digas? —Preguntó Aurora, sin poder ocultar su sorpresa.

—Una vez yo y mi tripulación tuvimos que robar la hija de un mercader de telas preciosas a cambio de dinero. Logramos sacar lo suficiente como para subsistir al menos un mes en alta mar. — Le contó Zoella entre risas.

—Es horrible lo que debe de haber sentido el mercader. —Dijo Aurora sin poder evitarlo y el rostro de su señora se ensombreció. La muchacha podía notar en sus rasgos que en su vida había muchas cosas por las que lamentaba, pero intentaba excusarlas porque siempre había tenido buena voluntad en cada acción.

—Bueno, hay que dormir que mañana nos esperan muchas cosas y una debe tener energía. Espero que pronto pueda ver al que ha osado robarte un beso. —Le respondió Zoella, cambiando de tema, como si lo que hubiera dicho la rubia anteriormente, no tuviera mucha importancia para ella.

—Claro. Sé que nunca podremos estar juntos, debido a las clases sociales, pero ha sido amor a primera vista. —Le confesó Aurora.

—¿Cómo sabes que estás enamorada? —Preguntó la futura duquesa con mucho interés.

—Pues porque cuando le vi me sentí más viva que nunca. Mi corazón comenzó a golpear tan fuerte en mi pecho que pensé que se me saldría por la boca y en mis tripas era como si hubiera miles de mariposas.

Zoella asintió con una gran sonrisa. Eso significaba que ella también se había enamorado desde la primera vez que había visto a su duque, al menos de su aspecto físico porque era tan hermoso que quitaba el aliento.

—Lo que más me gustó fue su personalidad. Tiene un corazón bondadoso. —Añadió su amiga, ilusionada como una cría.

—¿Cómo lo sabes, si solo le has visto contadas veces? Según lo que me has dicho.

—Pues porque con eso basta para poder ver que su interior es puro. Él es diferente a todos los hombres que he conocido.

—Que han sido pocos... —Agregó Zoella y su amiga la fulminó con la mirada haciéndola reír.

—No hace falta conocer a muchos para saber que la mayoría opina que las mujeres no valemos para casi nada, mi hombre es un auténtico activista de nuevas ideas que implementar en esta sociedad tan confundida.

—Si es así como me cuentas, significa que es el perfecto para ti...

—Pero estar juntos no es posible, es tan injusto. —Respondió Aurora con el semblante triste y como si se diera por vencida.

—Todo es posible. En mis viajes por sitios inhóspitos, peligrosos y realmente horribles, aprendí que para todo hay una solución. Ya encontraremos la forma para que podáis estar juntos. — La consoló Zoella.

—No quiero hablar porque me pongo triste. Es como una felicidad que llega a ser ácida porque la probabilidad de poder disfrutar de su amor es inexistente... Cuéntame otra vez tu plan. Debemos hacerlo todo con cuidado, sobre todo cuando llegemos a la casa de los Hamilton.

Zoella asintió, comprendiendo que lo que su amiga quería era distraer su mente que debía estar de lo más agitada, así que repasaron el plan que había elaborado cuidadosamente, antes de dejarse caer en los brazos de Morfeo.

—Shh, ten cuidado. Camina suavemente... —Decía Zoella a Aurora que para ser naturalmente tan discreta ahora no paraba de tropezarse con cosas.

Ambas se habían puesto dos vestidos negros y viejos, con ellos pasarían desapercibidas gracias a la oscuridad de la noche.

—Es muy difícil bajar por esa ventana, nos vamos a romper las cabezas... ¿No podemos dejarlo para otro día?

Empezó Aurora y a Zoella la apeteció darle una colleja.

—No seas quejica. Mis hombres pronto se irán y no tendré oportunidad de asombrar a mi Amos. ¡Tírate por esa maldita ventana, antes de que lo haga yo! —Siseó Zoella y su amiga se preparó, cerrando los ojos y murmurando que la que la había tocado por señora era demasiado mandona.

—¡Abre los ojos, estúpida! Solo me falta que te rompas una pierna y tu hombre quiera estrangularme. ¡Ya tengo suficientes enemigos!

—Fíjate pues, no me extraña. —La respondió Aurora, malhumorada.

Después de veinte minutos por fin la muchacha saltó, cayendo de culo dentro de un arbusto. Zoella no aguantó la risa mientras la miraba rascarse el trasero con cara de dolor.

—¡Deja de reírte y salta de una buena vez! —Dijo Aurora en un susurro, pero sin disimular su enfado. Zoella levantó las manos en son de paz y saltó con agilidad sin siquiera provocarse un rasguño.

—Vamos, eres muy blanda. —Dijo a su amiga mientras le daba la mano para levantarla del suelo. Los guardias estaban preparados y al verlas abrieron las puertas.

—Espero que no se meta en problemas, milady. —Dijo uno y ella le guiñó el ojo provocando su sonrojo.

Empezaron a caminar mirando a su alrededor y teniendo sumo cuidado.

Por las calles, aunque se encontraban en la buena zona de la ciudad, abundaban los borrachos y delincuentes.

Zoella vio que Aurora temblaba descontrolada debido al miedo que sentía. Tenían que ir en carruaje, pero no confiaba en nadie del servicio excepto en los guardias.

—Tal vez no debía hacerte venir... ¡Puedo sola! Tu vuelve a casa y descansa. —La dijo Zoella en voz bajita.

—¡Ni hablar! No pienso dejarte. —Respondió la rubia, rotunda.

La capitana de la Furia Del mar no pudo por menos que admirar la valentía de la joven.

Tardaron una hora en llegar hasta una casa no tan grande como la suya, pero sí muy hermosa y de estilo barroco. Se notaba el lujo desde fuera. Por supuesto, la puerta principal estaba custodiada. Tenían que pasar a la siguiente fase del plan.

Zoella le hizo una señal con la cabeza a su amiga que asintió. Esperaba que lo hiciera bien porque parecía cansada y los pies la dolían, una pena porque justo ahora las iba a necesitar y mucho...

—¿Traes la cosa esa que le hará sumergirse en un profundo sueño?

Preguntó Aurora, tan nerviosa que parecía que se iba a desmayar.

—Opio. Claro que lo traigo. Me lo regaló un buen amigo y lo he guardado hasta ahora. Por fin me será de gran utilidad.

Aurora asintió y en ese momento gritó con todas sus fuerzas: —¡Socorro! ¡Socorro!

Zoella sonrió al ver a los estúpidos guardias correr hacia la voz de su amiga y se dirigió hacia la entrada de la mansión de los Hamilton.

Aurora corría sin mirar atrás. Un árbol con espesas ramas llamó su atención. Trepó con rapidez sin poder creer de donde sacaba las fuerzas y eso que nunca antes había trepado por un árbol. ¡Lo que provocaba el miedo y las ganas de sobrevivir! Se decía la chica mientras se escondía entre las hojas, intentando retener su respiración y no hacer ni el mínimo ruido.

Los guardias que custodiaban la mansión no tardaron en llegar. Aurora debía retenlos más tiempo para que su amiga tuviera la oportunidad para raptar a su futuro esposo y sacarlo de su casa. Pero la daba auténtico terror seguir arriesgando su pellejo, así que se quedó quieta empezando a rezar mentalmente.

—Parece que no está pasando nada. —Murmuró uno de los guardias. —Será mejor volver porque si se enteran que hemos dejado nuestros puestos, el duque Hamilton es capaz de rompernos las piernas. —Añadió el otro.

Un grito que provenía de lejos les puso los pelos de punta a los tres.

—¡Apresúrate Harry! Tal vez alguien necesita ayuda. —Dijo el que había hablado la primera vez.

Cuando Aurora escuchó sus pasos alejarse corriendo, suspiro de alivio. Dios había oído sus plegarias. Esperaba que a Zoella le fuera igual de bien.

—¡Vaya! La casa de los Hamilton, aunque es más pequeña, es mucho más hermosa que la nuestra. Decorada con mejor gusto. —Hablabla Zoella mientras paseaba a sus anchas por la mansión. Se decantó por comenzar por el ala oeste. Abrió una puerta e hizo una mueca de desagrado. Los duques dormían roncando como osos y él estaba desnudo mostrando su asquerosa tripa.

—Suegro, tendremos que controlar tu alimentación, espero que mi marido no sea como tú a esa edad. —Dijo esta y cerró tras de sí.

Generalmente los nobles dormían en habitaciones separadas, según su conocimiento. Sus padres tampoco dormían juntos. Ese detalle llamó la atención de Zoella que siguió abriendo puertas unas tras otras sin encontrar lo que tanto ansiaba hallar. Finalmente, tras una puerta de color celeste con el pomo dorado le vio.

Amos dormía plácidamente sin imaginarse lo que estaba a punto de ocurrirle.

Era tan dulce su rostro, iluminado por la luz de la luna que entraba por la ventana. Zoella se fijó en que su torso estaba desnudo. Tragó saliva y apartó la manta que cubría a su duque con suavidad. ¡Por todos los piratas! Este hombre no tenía apenas grasa en su cuerpo. Todo era puro musculo... Sobre todo, su abdomen que era de ensueño. Acarició con la punta de sus dedos, sin darse cuenta, la piel masculina. Sintió un calor que se centraba exclusivamente entre sus piernas a las cuales apretó fuerte. Era delicioso verle así.

El duque se removió en la cama y ella dio un respingo. Más la valía prevenir. Sacó el opio y un paño que había metido entre sus pechos. Echó el líquido en el paño y cuando estaba a punto de colocarlo sobre los labios de Amos, se quedó estupefacta al verle con los ojos abiertos. La miraba como si fuera una chiflada y parecía incluso tener miedo...

Zoella sonrió para tranquilizarle, pero ese gesto pareció que le acojonó más.

La pirata se dio cuenta que su duque estaba a punto de pegar el grito en el cielo y antes de que lo

hiciera, estampó el paño contra sus labios. Él gimió y se removió. El muy capullo era fuerte y a Zoella cada vez la costaba más dominarle, hasta que afortunadamente, su futuro esposo se sumió en un profundo sueño.

Cansada, del forcejeo, se levantó respirando hondo. Ahora debía moverle y él era un hombre grande no, enorme. Iba a suponer un gran esfuerzo, pero no quedaba otra.

Cogió sus piernas y comenzó a arrastrarle. Era la única forma de lograr sacarle... Justo cuando estaba medio cuerpo fuera de la enorme cama, Zoella hizo un movimiento brusco y la cabeza del duque se estampó contra el cabecero de la cama, hizo una mueca. Iba a salirle un buen chichón.

No supo cuánto tiempo le llevó, pero salió por el jardín de detrás. Allí no había escaleras, no deseaba en lo absoluto golpear más aún a su duque.

Finalmente estaba sudando a mares cuando vio un carruaje justo delante de ella. Ante la entrada estaba Timothy con una sonrisa de oreja a oreja. Su amigo se acercó y la ayudó a cargar con el más que dormido Amos.

—Capitana, espero que nos cuentes de qué trata todo esto. —La dijo Timothy en cuanto subieron al carruaje al inconsciente.

—Por supuesto. ¿Está Aurora?

—Sí, casi nos delata esa amiga tuya. Al ver nuestras pintas, la muchacha por poco se mea. Respondió el hombre, divertido.

—Es muy asustadiza. —Contestó Zoella sin darle importancia.

Cuando ya estaban instalados, emprendieron el viaje. El conductor era Eddie. Timothy, el duque, Aurora y Zoella estaban sentados de manera muy incómoda. Cada uno con diferente expresión.

El duque soñando con los pajaritos. Zoella, pensativa. Aurora, de lo más malhumorada y por último Timothy, con una sonrisa amplia dibujada en su gracioso rostro. Todo aquello le divertía de sobremanera y era normal ya que llevaba tiempo si acción y aventura. No era una persona tranquila, se aburría con facilidad y las cosas nuevas siempre le entusiasmaban.

—Bueno, ¿vas a explicar? —Empezó la conversación Timothy.

—Este va a ser mi marido. —Respondió su capitana, tan pancha.

—¡Excelente elección, jefa! — Contestó este, sin parecerle extraña la situación, en lo más mínimo. Aurora les miraba como si fueran de atar.

—Naturalmente, primero dejaremos a mi amiga en casa. Después, me llevareis a Furia del mar. Mi esposo debe conocer donde me he criado. —Dijo Zoella.

Sonrió satisfecha cuando por fin estaban a bordo. Habían dejado a Aurora en la casa, que durante todo el viaje había apretado sus manos compulsivamente llegando a asustar a Zoella, temía que la chica no la traicionará debido al miedo que parecía invadirla.

—Habéis venido justo a tiempo. —Le dijo a Timothy y a Eddie mientras amarraba con unas gruesas cuerdas a su duque.

—Nos llegó una carta tuya por un guardia al que por poco apuñalamos, pero el hombre se explicó con rapidez y tu petición nos llegó. No podíamos ayudarte desde un principio porque todos nuestros tripulantes no se encuentran, solo estábamos yo y Eddie. Hay un barco rival y temíamos dejar a la Furia del mar sin vigilancia. Mandé llegar a Colín, el irlandés, ya sabes que es de confianza y así pudimos llegar hasta ti. Una dama que es mi amante, nos prestó el carruaje. —Le explicó Timothy. La capitana escuchó atentamente, después habló.

—Me sorprende el nivel al que has subido para elegir amantes, Timothy y me alegra mucho...

— Le dijo, divertida y el hombre se sonrojó mientras Eddie reía a carcajadas.

—Debo admitir de corazón que agradezco mucho vuestra ayuda porque con Aurora seguramente acabarían pillándonos. Es como un conejito asustado, casi siempre. El carruaje nos vino de perlas. ¿De quién es el barco rival, por cierto? — Exigió saber Zoella.

—Es del capitán Sando. Llegaron hace un día y no han parado de vigilar a la Furia del mar. —Respondió Eddie, apretando los puños.

—¿Sando? Con ese creo que pelee en...

— Cuando viajamos a las Américas a por esa agua que supuestamente daba la vida eterna. Tú ganaste a Sando y te quedaste con su broche de oro con diamantes incrustados. —Le dijo Eddie, sonriendo mientras recordaba esa linda remembranza.

—Bah, no os preocupéis por ese capullo. Es un don nadie, sin embargo, no perdáis de vista al barco.

—Vamos a zarpar hacia el Mar Rojo en cuanto lleves a cabo tu plan. —Informó Timothy.

—Vais a buscar el tesoro sobre el cual os conté. —Respondió Zoella, comprendiendo. Sus hombres asintieron.

—Me parece genial. Ahora voy a necesitar quedarme a solas con mi marido. —Les dijo esta, guiñando un ojo. Sus hombres enrojecieron como dos tomates, provocando su risa. Ahora podían ver lo incómodo que era para ella verles en situaciones comprometidas.

Los dos hombres se marcharon como si huyeran de un monstruo marino y ella quedó a solas con su duque que seguía durmiendo la mona. No había tomado ni pizca de alcohol y, sin embargo, estaba peor que un ebrio. Soltó una risita y acarició la frente amoratada de su futuro esposo. Ya le estaba saliendo el chichón. Decidió esperar a que despertará. Iría y se pondría algo provocativo, en su camarote debía haber algo.

Rebuscó entre su ropaje antiguo, pero no había nada, todo era hecho para estar cómoda mientras peleaba cuerpo a cuerpo o dirigía su barco. Refunfuñó disgustada hasta que su mirada se iluminó cuando ante ella vio un corsé de color blanco. Se lo había comprado ella misma en un mercadillo sin saber por qué, simplemente le había parecido hermoso. En sus laterales tenía lazos y los botones por delante eran brillantes.

Se lo puso con cuidado y cuando vio que apretaba sus pechos tanto que parecía que iban a salirse, pensó que tal vez aquello le gustaría a su duque. Los pezones se veían un poco y combinado con la ropa interior que le había dado Aurora, quedaba espectacular. Sus braguitas eran del mismo tono de blanco y con la luz de la luna sabía que en su piel bronceada quedaría fabuloso.

Sus cabellos cayeron salvajemente hasta su trasero, se mordió los labios dándole un aspecto jugoso y un color rosado. Se encaminó hacia su hombre, sintiéndose sensual y hermosa.

Cuando llegó hasta el bordo y vio a su duque furioso, intentando soltarse del perfecto amarre de las cuerdas, sonrió. La vista de Amos se posó en ella y por su mirada ella supo que no estaba nada, pero que nada disgustado con lo que veía. De hecho, sus ojos se habían ensombrecido más aún y sin darse cuenta relamía sus labios como si lo que viera ante él fuera exquisito.

—¿Qué estoy haciendo aquí, preciosa? —La preguntó con la voz ronca y ella se sonrojó de gusto. Había alabado su aspecto, eso era una buena señal.

—Te he traído aquí porque quiero enseñarte por qué me llaman: "*La reina de los mares*". —Le respondió y él sonrió, burlón.

—¿No me digas? Estoy impaciente por verlo. —Contestó Amos, con esa voz que le ponía a Zoella la piel de gallina.

Ella se acercó, contoneando las caderas de una forma que hacía enloquecer al pobre duque.

Cuando por fin estaba tan cerca de él que cada uno podía notar la respiración del otro...Zoella

sintió una electricidad que recorrió su cuerpo. Al duque su reacción no le pasó inadvertida. El deseo que la capitana, claramente sentía por él, aumentaba su libido desmesuradamente.

Amos Hamilton nunca antes había sentido semejante deseo descomunal por una hembra, lo que más le mosqueaba era que precisamente ella pudiera provocar algo así en su persona.

La había querido en su lecho desde que la había podido ver de cerca en aquella taberna de mala muerte.

—Si me sueltas las manos, será mucho más fácil para mí, enseñarte por qué soy el hombre que te enloquecerá. —Dijo Amos y a Zoella se le oscurecieron los luceros por un deseo que quería desesperadamente calmar.

—Tengo hambre de ti, mi duque. —Le contestó ella y sorprendiéndole le besó en los labios con suavidad. Mordisqueándolos y provocando los gemidos masculinos.

Amos comenzaba a sudar de la rabia y las ansias de poder tenerla, pero no ser capaz porque estaba amarrado. Deseaba tirarla sobre aquel sucio suelo de madera, romper su ropa y follarla hasta que se cansará y hasta que pudiera olvidarse de su existencia.

Los calientes besos de la capitana empezaron a torturar el cuello del duque que cada vez intentaba soltarse con más ímpetu. Cuando ella lamió su clavícula, Amos gimió y en ese instante una fuerza increíble llegó hasta él y logró soltarse de las cuerdas que le mantenían encadenado.

Zoella disfrutaba de poder tocarle y tenerle justo donde quería, encontrarse de repente bajo su firme cuerpo, era toda una sorpresa.

Sentir su dureza entre las piernas provocó en la capitana unas oleadas impresionantes. Sentía su ropa interior empapada y cuando la mano de él bajó hasta ese sitio tan sensible, acariciándola bruscamente, empezó a gemir descontrolada, gritando el nombre de él que ya se había robado su corazón para siempre. Estaba enamorada de ese hombre, no tenía dudas porque siquiera podía concebir la idea que otro la tocará como él lo hacía en ese preciso momento. Era suya.

—¿Te gusta, preciosa? —La preguntaba él, mientras rompía las braguitas que resultaban tan innecesarias.

Zoella abrió los ojos como platos cuando un dedo se introdujo en su cálida cavidad. Arqueó la espalda a punto de desmayarse por el creciente deseo. Amos rasgó el corsé femenino, liberando sus firmes pechos. Él no dudó en tomar uno y meterlo en su boca empezando a chupar como un niño hambriento.

—Eres tan hermosa, condenada pirata. —Murmuraba el duque.

—Quiero más. —Suplicó Zoella sin saber muy bien qué era lo que tanto ansiaba su cuerpo que parecía a punto de explotar.

—Ahora te daré lo que tanto anhelas. —Le contestó el duque y rápidamente se quitó la ropa de dormir que llevaba únicamente la parte de abajo, pues su torso hasta la cintura estaba descubierto, siempre dormía de esa manera.

De una sola estocada entró dentro de Zoella, que gritó fuerte por la intrusión. La pirata se removió intentando apartarse mientras Amos la observaba atónito sin poder creerse lo que acababa de descubrir.

—Duele... Gimoteó ella sin darse cuenta que estaba llorando.

—¡Maldita sea! ¿Cómo es posible que fueras pura? —Gritó él, tan nervioso que impactaba. La capitana se encogió en su sitio, mientras Amos respiraba hondo.

Cuando Zoella sintió las yemas de sus dedos acariciando su mejilla, abrió sus ojos, sorprendida.

—Cálmate, preciosa. Debes acostumbrarte a mí. Eres demasiado estrecha.

—Tú eres demasiado grande. —Respondió ella y él empezó a reír.

Salió de su interior y la besó tiernamente en los labios, después en el cuello y luego en sus pechos,

empezando a excitarla otra vez.

—Eso es...- Decía Amos, cuando entró otra vez en su cálida cueva. Esta vez el placer fue tan indescriptible que Zoella chilló de gusto.

El duque empezó a moverse en su interior lentamente mientras ambos suspiraban y gemían en presencia de la noche y de aquel mar, que tantos secretos conocía.

—Más... —Ordenó la capitana haciendo reír al duque que no la defraudó, aumentando el ritmo cada vez más hasta que con una última estocada les llevó a ambos a un mundo lleno de luces y colores.

Respiraban agitadamente, recuperándose de la intensa actividad física cuando ella le abrazó y sonrió feliz como una perdiz.

—Nos casaremos en cuanto creas que es oportuno, mi amor. —Le dijo sin pensar. Bajo las palmas de sus manos notó cómo el cuerpo de Amos se tensaba.

—Perdona, ¿qué? —La preguntó él suavemente, poniéndole los pelos de punta.

Zoella le miraba sin comprender el cambio de su actitud.

—¡No me casaría contigo ni, aunque fueras la última mujer en el mundo! Solo sirves para la diversión. No eres adecuada para ser una esposa.

Esas palabras se clavaron en el corazón de Zoella como si fueran cuchillos. Se levantó temblando y comprendiendo que había sido una necia ilusionándose con ese hombre, que al parecer no tenía honor.

Corrió hacia su pequeña habitación y se vistió a toda prisa llorando sin parar. Cuando salió, él ya no estaba. La había dejado allí sola sin siquiera asegurarse de su bienestar. Con el corazón roto y la compañía de su llanto se encaminó hacia la casa que no consideraba hogar.

Nada en ese momento podía calmar el dolor que había en su corazón. ¿Quién iba a decir que de sentirse la mujer más feliz del mundo se llegaría a sentir la más desdichada? ¿Quién iba a decir que amar a alguien podía doler tanto como cuando te clavaban un puñal en el hombro?

Una vez le había pasado. Un pirata le había clavado su puñal para robarle unas monedas de oro. Aquello no había dolido tanto.

Capítulo 8

El amor es fuerte como la muerte; los celos son crueles como la tumba.

Salomón

Aurora al ver a su señora llegar pálida como un muerto, se estremeció. La había esperado pacientemente, sin poder pegar ojo.

—Pero, ¿qué demonios ha pasado? —Preguntó la rubia, con expresión de pánico. Pues Zoella parecía devastada. Los guardias también se habían dado cuenta, preguntándola si necesitaba ayuda, algo que ella rechazó con amabilidad y una triste sonrisa.

—No ha pasado nada. —Susurró ella en respuesta con un tono de voz que rompió el alma de Aurora. La castaña se tapó la boca ahogando sus sollozos que pugnaban por convertirse pronto en lágrimas. El rostro de Zoella demostraba que algo grave había pasado y la preocupación de Aurora se acrecentaba con cada paso de los minutos.

—Me dijo que yo no valgo para... —Empezó a hablar Zoella, pero el llanto que intentaba sin éxito parar, no la permitía decir ni una palabra.

—¿Que no vales para qué? —Quiso saber Aurora que se estaba subiendo ya por las paredes, debido a los nervios que la mortificaban.

—Que no valgo para ser una esposa. Dijo...que... Solo sirvo para la diversión. —Respondió entrecortadamente, mientras su amiga jadeaba y se tapaba la boca indignada.

—Nunca alguien me había ofendido tanto como él y lo peor de todo es que...

—¿Qué? Cielo, dime. —La preguntó Aurora con suavidad. Sentándola en la cama a su lado y acariciando su empapada mejilla, procurando reconfortarla sin resultado alguno.

—Lo peor es que me entregué a él en alma y cuerpo. Lo que más me duele es que se ha llevado mi corazón y lo ha pisado y tirado al mar para que los tiburones se lo comieran.

Aurora la abrazó con fuerza. La furia llenaba su cuerpo por completo haciéndola pensar mil y un formas de asesinar cruelmente al duque, que tanto daño había hecho a su señora. No era algo que no se esperará, pero no aguantaba observar a una mujer tan fuerte, independiente y orgullosa, derrumbarse por un amor no correspondido.

—Ese hombre no merece ni una sola lágrima tuya, ni un solo pensamiento. —La dijo Aurora y Zoella la miró a los ojos fijamente antes de responder.

—¿Sabes? Tienes razón... —En su mirada había mucha tristeza, pero Aurora pudo hallar algo más... ¡Coraje!

—Desde el principio debí centrarme en cumplir con mi deber. Intentar llevarme bien con mi familia. Volver a conocerles porque son muy diferentes a como yo les recordaba.

—Ah, ¿sí?

—Si. Por ejemplo, recuerdo que mis padres se llevaban muy bien cuando era niña, se miraban con amor, mientras que ahora... Parecen separados por un bloque de hielo, tan indiferentes uno hacia el otro... Por no hablar del odio que ella profesa hacía mi persona.

—Hay muchas cosas que no sabes y nadie te las has contado, pero creo que tienes derecho a saberlas. —Dijo la rubia y Zoella borró con el dorso de la mano las lágrimas que seguían deslizándose por su rostro. Sus ojos estaban irritados y en su cabeza comenzaba haber un punzante dolor.

—Cuéntame todo lo que sepas, Aurora. Por favor.

La muchacha asintió apenada y empezó a hablar.

—Esto que te cuento, lo he oído a las demás sirvientas de la casa. Ellas lo saben todo, pues algunas son muy antiguas, llevan mucho tiempo en la casa. Al parecer cuando tú desapareciste, fue

un fatídico día. El mismo día George Villiers acompañó al príncipe de Gales a un viaje en Madrid, ya que este iba a contraer matrimonio con María Ana de España. Al parecer, los españoles insistieron en que el príncipe se convirtiera al catolicismo, algo que él rechazó en rotundo al igual que su pueblo, los ingleses. Al volver a Gales el príncipe declaró la guerra a España. Así que tus padres estaban en una situación muy difícil siendo duques de nada más y nada menos que Buckingham. Familia directa de George Villiers Etherington.

Zoella estaba boquiabierta. Ella era tan pequeña y absorta en los peligros que suponía el mar, que nunca se había parado a pensar en las amenazas que pasaban en tierra y, sobre todo, con su propia familia, a quienes creía que estaban, bajo tierra.

—Mi desaparición volvió la situación intolerable. — Dijo, reflexionando.

—Así es. Debido a esos problemas los duques se distanciaron. La duquesa Eleonor no quería saber nada de su esposo, quien no paraba de culparla por lo que te había pasado a ti. Ella cada vez se enfriaba más de él, al punto que el duque William le puso el apodo de: "*La dama de hielo*".

El colmo llegó cuando tu padre buscó consuelo en los brazos de otra mujer. La duquesa se enteró, convirtiéndose en la comidilla de toda la sociedad. Muchos la llamaban: "*La desgraciada*". Decían que tenía tan mala suerte en la vida, que había perdido a su hija y a su esposo. —Acabó de relatar Aurora.

—¡Mi papa le fue infiel! ¡No me lo puedo creer! —Dijo Zoella, asqueada de todos los varones.

—Debes comprender que no fue únicamente culpa del duque, ella le despachó. —Le contestó Aurora y Zoella se puso furiosa.

—¡Los hombres únicamente saben pensar con sus partes bajas!

Aurora la miró con los ojos como platos, de lo más escandalizada.

—Debo ponerme las pilas y trazar un buen plan. No pararé hasta al menos, cumplir con mi deber. Debo encontrar un buen duque para custodiar bien la herencia de mi familia.

—Pero ya no eres pura... —Dijo Aurora y Zoella apretó los labios disgustada porque tenía razón.

—Es cierto. Estoy con los brazos cruzados y nunca podré enmendar mi error.

—¿Qué error? ¡Tú no has hecho nada! —Le respondió Aurora.

—Si no hubiera desaparecido mis padres no hubieran sido tan desgraciados. Mi madre seguiría con su hermosa sonrisa y mi padre jamás le habría sido infiel con otra. ¿Crees que no veo la preocupación en la mirada de mi padre? Por fin encuentra a su hija y ella no es adecuada en lo absoluto para ser duquesa y para colmo, ningún hombre la quiere por esposa y el que ella ama, la desprecia. Bueno, eso último no lo sabe, pero el resto es así... —Dijo Zoella y resopló.

—Si hubiera alguien que sea buena persona, noble y no tan retrogrado en sus formas de pensar, sería el perfecto. No tendríamos porque ser amantes y vivir como un marido y mujer reales. Podríamos ser amigos que se han casado por conveniencia. —Reflexionaba Zoella hasta que un grito la hizo dar un respingo.

—¿Me quieres matar del susto, Aurora?

—No. Pero, ya sé quién puede ser tu esposo.

—¿Quién?

—¡Mi hombre! Es el perfecto. Es noble, de pensamientos progresistas, educado e inteligente. Y si tú te casas con él, yo podré disfrutar de su amor. En secreto, pero al menos podremos estar juntos.

—Hablabas casi pegando grititos. Estaba muy emocionada por su idea.

La mirada de Zoella brilló al comprender a lo que se refería la rubia.

—Así yo habré cumplido con mi deber. Buckingham estaría en buenas manos y vosotros dos podríais estar juntos.

—¡Exacto!

—Debes hablar con él y yo debo conocerle para cerciorarme que efectivamente es el adecuado.

—Dijo Zoella.

—Mañana Lady Pembroke organiza una merienda. Asistirán muchas personas y él estará allí. Podremos hablar los tres.

—Eso es perfecto. —Contestó la castaña, mirando a la rubia con una gran emoción.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? — Preguntó Aurora, sonrojada.

—Eres una amiga de verdad. Confías tanto en mí que me dejas fingir ser la esposa del amor de tu vida.

—Es extraño, pero sí confío mucho en ti. En estos días he podido apreciar la increíble persona que eres y el gran corazón que tienes. Si alguien merece ser feliz, eres tú, que has pasado por tantas dificultades desde tan entrañable edad. —La respondió su amiga.

Las dos se abrazaron y Zoella susurró en el oído de Aurora.

—Cuando te vi la primera vez, pensé que eras una cobarde y que tal vez no tenías mucho carácter que digamos.

Aurora empezó a reír.

—Algo de verdad había porque la primera vez que te vi, creí que en la mínima oportunidad me matarías y luego me cortarías en varios pedazos.

Zoella estalló en risas a pesar de la tristeza que albergaba su interior.

—No es mi estilo. Prefiero cortar en trozos mientras están vivos. — Dijo esta, dejando muda a su amiga que tras unos minutos habló.

—Eres macabra, Zoella.

—No lo suficiente. —Respondió, pensando en que, si lo hubiera sido, no habría dejado salir de su barco al duque, vivo.

—Ese vestido me aprieta un poco. —Se quejó Zoella. Aurora no sabía qué decirle. Lo cierto era que sus padres no la habían dado ni un centavo para un nuevo guardarropa. Era una vergüenza que alguien de la posición de Zoella caminará con esas pintas. A su madre no parecía importarle y el duque estaba últimamente tan absorto en sus pensamientos, sobre cómo hacer que su querida hija pudiera integrarse y encontrar un esposo, que esos detalles le pasaban totalmente inadvertidos. El problema era que al resto de personas no. Se reían detrás de las espaldas de su señora y Aurora estaba a punto de poner el grito en el cielo.

—Debes pedirle al duque William nueva ropa, ya te lo dije. — Contestó.

El vestido era realmente horrible. El modelo se llevaba hacía ya tres temporadas. El color era de un tono melocotón que no pegaba nada con el color de piel de Zoella.

—Probablemente tengas razón. Hablaré con él mañana. A ver si nos deja ir con el carruaje hasta el centro. Nunca he ido de compras siendo mayor, y menos con una amiga. Tal vez resulte divertido.

—Respondió Zoella. Su amiga la miró entusiasmada y habló con ilusión. —Ya verás que lo pasaremos muy bien.

Cuando por fin Zoella estaba lista, la rubia hizo una mueca. El rostro de la futura duquesa era hermoso. Parecía una muñequita, pero ese vestido no le hacía justicia a su belleza.

—¡Cuánto tarda siempre! —Oyeron la voz de Eleonor. Ambas mujeres pusieron los ojos en blanco antes de bajar.

—Estás encantadora. —Dijo William al ver a su hija y añadió. —Pero creo que iremos pronto a comprarte ropa. Eres la futura duquesa de Buckingham. Debes llevar de lo mejorcito. Acorde a tu posición. Aurora asintió satisfecha por la decisión del señor de la casa. Extrañamente Eleonor no

puso objeción alguna.

Se subieron al carruaje y el viaje comenzó. La casa de Lady Pembroke estaba a una hora. El tiempo se les pasó volando ya que Eleonor se durmió mientras el duque jugaba una partida de cartas con las dos jóvenes damas.

Cuando llegaron, notaron un ambiente divertido. Había carruajes amontonados delante del caserón de Lady Pembroke. Zoella inmediatamente sintió temor, esperaba que Amos no estuviera allí. Rogaba a los dioses que no le volviera a ver más.

Desgraciadamente lo primero que vio al entrar a dentro y saludar a la anfitriona fue a él.

Estaba agarrando del codo, caballerosamente a la joven rubia con la que le había visto bailar. Era tan hermosa que la hacía sentir como una sombra. Según recordaba su nombre era: Rose.

Un nombre perfecto que le iba de perlas.

—Hola. Usted debe ser la famosa Zoella Etherington. Mi nombre es Rose Ferguson. —Se acercó la joven, sorprendiéndola.

Zoella era incapaz de responderla. No podía dejar de mirar directamente los ojos de Amos. En ellos había únicamente frialdad.

—Le presento a mi prometido. Amos Hamilton. —Le dijo Rose. Zoella sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¿Prometido? —Preguntó en un susurro.

Lady Pembroke miró preocupada a su protegida. Todo el semblante de Zoella Etherington había adoptado una expresión sombría. El color se le había ido y ahora estaba tan pálida como una pared.

—Oh, sí. Vino ayer a noche y pidió mi mano a padre. Es muy poco convencional, pero justo eso me enamora de él. —Contestó Rose con voz empalagosa. Una voz que le revolvía las tripas a la castaña.

Amos ni siquiera la miraba a la cara. Su cabeza estaba agachada. Zoella sintió tanta repulsión por lo que las palabras de esa muchacha significaban, que no pudo disimularlo. En cada rasgo se notaba su malestar.

Él le había hecho el amor para después comprometerse con otra...

—Les felicito y les deseo una vida plena. —Dijo Zoella con la voz rota. Ni siquiera sabía de dónde había sacado las fuerzas para contestar.

—Oh, es tan amable milady. ¿Me permite darle un concejo? —Preguntó Rose.

Zoella estaba compungida, sin darse cuenta que Aurora y sus padres presenciaban la escena, cada uno con una expresión distinta.

Aurora parecía furiosa, como si deseará saltar sobre la pareja. Eleonor observaba a todos con los ojos entrecerrados, mientras que su esposo no comprendía nada.

Lady Pembroke parecía empezar a leer entre líneas, según su opinión se trataba de un triángulo amoroso, pero no estaba muy segura, eso sí, sabía con certeza que no dejaría en paz a Zoella hasta estar al tanto de toda la información detalladamente.

—Por supuesto. — Respondió Zoella por cortesía. No quería dejarse en evidencia más de lo que ya había hecho.

—Si no desea dejar mal a los muy estimados duques Etherington, debería vestir de forma más acorde a la posición que se supone que usted tiene. Mostrarse con estas pintas puede resultar una señal poco respetuosa hacia la buena sociedad.

La futura duquesa enrojeció por la vergüenza. Todos miraban atónitos a Rose por el atrevimiento. Pues, aunque Zoella no tenía reputación, su rango social era más alto.

—¡Le sugiero señorita Rose que nunca más se atreva a hablar de esa forma con mi hija porque si

no, no respondo! La que debería aprender a ser más respetuosa es usted. — Las palabras de la duquesa Eleonor cayeron como enormes piedras y todos se quedaron mudos.

Zoella estaba perpleja porque su madre la hubiera defendido, al igual que los demás. La reacción de la duquesa había sido realmente inesperada.

Rose se puso como un tomate por el corte.

—No era mi intención. Solo quería ayudar. —Replicó la joven con inocencia.

Zoella pensó que la falsedad de esa mujer no tenía límite alguno. No debía subestimarla, estaba claro que era una enemiga y que había empezado esta absurda conversación deseando dejarla en una mala posición. Lo que no entendía era la razón. ¿A caso estaba al tanto de lo que había pasado entre Amos y ella? Se preguntaba, mirándola fijamente.

—Pues yo opino que su intención era precisamente dejar a mi hija en evidencia. —Le respondió Eleonor sin cortarse, asombrando a su esposo, que llevaba sin ver ese carácter que le había enamorado en su mujer, desde hacía muchos años.

—¡Por muy duquesa que sea usted, no voy a permitirle que le hable así a mi prometida!

—Habló Amos y Zoella sintió como si alguien estrujará su corazón sin contemplación. Si la defendía es que la amaba. ¿Cómo había sido tan tonta de enamorarse de ese hombre? Le había forzado. Por dios, si le había raptado. Estaba de atar, eso estaba más claro que el agua.

—¡Hamilton! Se está pasando. Tanto con mi esposa como con mi hija. Habló finalmente el duque. William tenía la voz fría y firme, demostrando quién era con su mirada. Lo suyo no se tocaba y el futuro duque había faltado el respeto a su familia, de una manera grotesca.

Amos tuvo la decencia de sonrojarse.

—Vamos Rose. Creo que prefiero que esta conversación se acabe, pero eso sí. Ruego por favor.

—Dijo mirando a William fijamente y haciendo una pausa prolongada para después continuar. — Que su hija, la pirata/duquesa, no se me acerque para nada. Sugiero que se mantenga alejada de mí, al menos diez metros de distancia.

William se lanzó con los puños levantados, preparado para golpearle. Zoella y Eleonor, asustadas, le agarraron por los brazos.

—Padre, por favor, no pasa nada. —Le dijo Zoella, intentando calmarle.

La tensión era tan grande que Lady Pembroke temía que se armará un escándalo de esos que se recordaría años. Era lo último que necesitaba su protegida. La única que parecía pasárselo en grande era Rose. Sonreía de forma sibilina.

—Calma, por favor. Os he invitado en mi casa con todo mi buen sentimiento. Os ruego que no faltéis el respeto a mis queridos invitados. —Dijo Lady Pembroke con gesto dramático.

Los dos hombres se irguieron conteniéndose como los caballeros que se suponía que eran.

—Vamos a dentro. —Sugirió Aurora. Zoella y su madre lograron hacer entrar a William y que este se alejará de Amos Hamilton quien no quitaba su vista de Zoella.

Cuando se distanciaron sintió que podía respirar. — Gracias. —Habló mirando hacía Lady Pembroke. Su padre en ese momento despotricaba sin parar contra los Hamilton, mientras su madre intentaba calmarle en vano.

—Creo, querida, que tiene mucho que contarme. —Le dijo Lady Pembroke, sin cortarse en lo absoluto.

La ex pirata y Aurora se miraron la una a la otra como dos niñas que guardaban secretos. Por la forma en la que las escrutaba la anfitriona, las dos sabían que de esa merienda no se marcharían sin que la buena mujer les sacará toda la información posible.

—Buenas tardes, señorita Aurora. —Se oyó una voz masculina. Las tres mujeres se dieron la vuelta para ver ante sus ojos a Lord Rupert Gregor.

Zoella sonrió al ver como el hombre se comía con su mirada a su amiga. Debía admitir que era muy guapo. Rubio de ojos del color de la hierba en primavera. Labios gruesos y altura decente. No era muy corpulento, pero lo tenía todo bien puesto. Definitivamente Aurora tenía buen gusto.

—Buenas tardes Lord Rupert. Me gustaría presentarle a mi señora, Lady Zoella. —Dijo Aurora.

Él sonrió acercándose más y besó el dorso de la mano de cada una de las mujeres.

—Ya no quedan caballeros tan educados. —Dijo Lady Pembroke, cuyas mejillas se habían sonrojado como una jovencuela.

—Es un placer asistir a su hermosa merienda milady. Y es una delicia poder conocer por fin a la gran Zoella Etherington. Definitivamente es cautivadora como su fama la precede. —Dijo el hombre.

Zoella se sonrojó y miró a su amiga preocupada. En su semblante no había rastro de enfado o celos. Eso la alivió.

—Agradezco sus bellas palabras. Mi amiga Aurora, me ha hablado mucho de usted.

—Espero que solo cosas buenas. —Dijo el rubio, bromeando. Era realmente encantador.

—Naturalmente. —Respondió la futura duquesa.

—Lord Rupert, me complacería mucho tener su atención durante media hora, si es posible. —Le dijo Zoella.

Eso pareció interesar a Rupert que, con una sonrisa hermosa, contestó. —Por supuesto. Será un placer estar rodeado de la compañía de tan bellas damas. Dijo mirando hacia Aurora que se sonrojó de forma entrañable.

—Si me disculpa, Lady Pembroke... —Se despidió Zoella de la anfitriona.

—Claro, querida. Espero disfruten de la merienda. No se olvide de hacerme una última visita antes de marcharse. —Dijo esta, con los ojos entrecerrados. Al parecer empezaba a atar cabos.

—No se me ocurriría. —Respondió Zoella. Después, acompañada por Lord Rupert y Aurora se encaminó hacia uno de los jardines. Iba a tener una importante conversación de la que dependía su futuro y el de todos.

Buscó con la mirada a sus padres. Su progenitor parecía más calmado, hablando con sumo interés con un conocido. Su madre estaba junto a él. Respiró aliviada y se preparó mentalmente para lo siguiente que iba a ocurrir. Esperaba que Lord Rupert aceptará su oferta. Parecía un hombre hecho y derecho. Alguien lo suficientemente bueno como para dejar en sus manos a Buckingham.

En el jardín había un grupo de personas, pero ellos se encontraban más apartados así que Zoella empezó a hablar con libertad.

—Lord Rupert, iré al grano, no suelo ser de las personas que se anda con rodeos.

—Siento una gran estima por la gente directa. Es algo poco habitual en nuestra sociedad.

—Respondió este, mirando a Aurora como si fuera un rayo de sol.

—Como estoy viendo está usted loco de amor por mi bellísima amiga. Dijo Zoella con diversión. Se alegraba por ellos, pero sentía una pizca de tristeza porque ella nunca tendría un amor así, alguien que la observará como si fuera su luz del día.

Los dos enamorados se sonrojaron y Rupert contestó. —Tanto que ni sé cómo sigo cuerdo sin su presencia.

Aurora sonrió de gusto.

—No sé cómo, pero conseguiré estar con ella. —Dijo Lord Rupert y los rostros de todos se ensombrecieron porque sabían que habría mucha gente en contra de su amor.

—Hay una posibilidad para que estéis juntos. —Habló Zoella con la expresión seria.

—¿Cuál? —Preguntó exaltado el hombre del grupo.

—Necesito... —Zoella no sabía cómo continuar. Aurora la alentó con la mirada.

—Estoy en una situación muy difícil, Lord Rupert. Mis padres, afortunadamente tienen una salud magnífica, están fuertes como robles, pero sé que les preocupa el futuro de Buckingham. Están disgustados porque a pesar de que me han encontrado, no soy lo que se esperaban, no soy lo que nadie se espera que yo sea. Como puede suponer, eso pone en grave peligro a la herencia de los Etherington. No hay ningún caballero dispuesto a contraer matrimonio conmigo y siento que estoy fallando en mi cometido, precisamente que mi legado esté en las manos correctas.

—¿En qué puedo ayudarla milady? —Preguntó Rupert, comprendiendo perfectamente el disgusto de Zoella.

—Si usted accediera a casarse conmigo, tendría en sus manos a Buckingham. Pienso que es una persona de honor y es justo lo que yo necesito para que mis padres estén tranquilos. Sería un matrimonio por conveniencia. En cuanto nos casemos yo volvería a mi barco, que es a donde pertenezco. De esa forma usted y mi hermosa amiga podrían estar juntos. Por supuesto, no de la forma que deseáis, pero al menos, la distancia o las personas no podrían separaros. Una relación secreta que solo nosotros tres conoceremos. —Aclaró la futura duquesa.

—Mi amor, ¿estás de acuerdo? — Preguntó el lord abatido. Lo que él deseaba era gritar a los cuatro vientos que Aurora era suya, que era su mujer.

—Es la única manera y así ayudamos a mi señora. —Respondió Aurora.

Zoella la taladró con los ojos y seseó. —¡Amiga! ¡Amiga! ¡Déjate de señoras y hostias!

Lord Rupert estalló en risas cuando vio a su amada sonrojarse. Se veía a leguas que las dos mujeres tenían una relación estrecha, una amistad linda.

—Si mi amada está de acuerdo, por supuesto que acepto su oferta milady. Es honor que opine de esa forma sobre mi persona y que tenga confianza, algo difícil de tener en estos días donde la artificialidad reina por doquier.

Zoella asintió con una gran sonrisa. Agradecida de haber encontrado al menos amistad verdadera en esta aventura.

Amos Hamilton no podía apartar ni con agua hirviendo a la joven Rose. Buscaba con la mirada a la pirata a pesar de que tenía en el brazo a una mujer hermosa. Llevaba bastante tiempo sin poder ver su molesta presencia en la merienda. ¿Se habría ido? No, sus padres seguían allí. El duque William le fusilaba cada vez que podía con sus fríos ojos. Se sentía un poco avergonzado, le había faltado el respeto y mucho, al viejo duque, no lo merecía. Su comportamiento siempre había sido intachable con él y los suyos.

Los ojos de serpiente de la pirata no aparecían por ningún lado. Tal vez se encontraba en el jardín. Allí no había ido. Es cierto que la había ordenado que no se le acercará, pero no esperaba ni por asomo que le hiciera caso. Molesto, se soltó de su prometida y se dirigió con grandes zancadas hacia el jardín.

Lady Pembroke se comía pequeños y deliciosos bocaditos de queso, sin apartar la vista de Amos. Sabía dónde estaba lo que tanto buscaba Hamilton. Sonrió maliciosa. Por una vez la gente no iba a pasarse hablando sobre su persona. No, estaba claro que la comidilla de la buena sociedad, serían esos dos. Solo esperaba que tuvieran un buen final.

Amos salió al jardín y aspiró el aire puro. Buscó con la mirada y cuando la vio, una furia recorrió su cuerpo. Sintió dolor, tan extraño y penoso. Era como la fuerza de un látigo cuando golpeaba con maldad.

Lord Rupert agarraba la mano de la pirata y ella sonreía. Se veía tan relajada y cuando oyó el sonido de su risa cantarina lo vio todo negro.

El futuro duque Hamilton se encaminó hacia ella sin pensar. Nunca había sentido algo así. Era como si alguien le estuviera robando lo que a él le pertenecía. Deseaba golpear a Lord Rupert

hasta dejarle inconsciente.

Lord Rupert vio a Hamilton acercarse. Era un hombre lo suficientemente inteligente como para entender lo que la mirada del caballero significaba. Se tensó cuando una voz sombría que no presagiaba nada bueno les "saludó".

—Lord Gregor ¡Cuánto tiempo! Veo que usted está en buena compañía. —Dijo taladrando con la mirada a Zoella que se había tensado evidentemente.

—Buenas tardes, Lord Hamilton. Tiene usted razón, estoy muy a gusto en la compañía de tan bellas damas.

Amos le fulminó con la mirada. Parecía que apenas podía contener la furia que emanaba de todo su ser.

—Pues tenga cuidado. Una de ellas es tan salvaje que posiblemente os salte sobre el cuello cuando menos lo espera. —Contestó Amos entre dientes.

Zoella pensó que sería mejor que él la golpeará porque sus palabras cada vez eran más hirientes. Ahora la avergonzaba ante su nuevo amigo.

—No creo que eso pase. —Le respondió Lord Rupert con toda tranquilidad. Era una persona realmente despierta y se estaba dando cuenta de algo que le resultaba gracioso. Todo indicaba a que Hamilton estaba tan celoso que la vena en su frente se hinchaba cada vez más. Lo que el pobre diablo no sabía era que los celos injustificados son la mayor ofensa que se puede hacer a quien te quiere. La mirada de Lady Zoella era la de una mujer enamorada que estaba muy desilusionada. Decidió comprobar si su teoría era tan cierta como él se imaginaba.

—¿Y eso por qué? —No tardó en llegar la pregunta de Amos Hamilton cuya expresión podía asustar al más pintado, menos a Lord Rupert que era demasiado inteligente como para perder la compostura.

—Lady Zoella es una mujer fuerte y muy inteligente. Jamás se comportaría como una salvaje con alguien que no se lo merezca porque tiene un corazón tan bondadoso que quien no lo vea, no merece ni respirar el mismo aire que ella. — Contestó.

Amos perdió todo el color en el rostro. Tal y como el rubio se esperaba. Zoella y Aurora sonreían satisfechas.

La pirata se levantó con la barbilla en alto y con una voz dulce y melodiosa se dirigió hacia Lord Rupert. —Mi Lord. Me gustaría mucho entrar a dentro. Dicen que los bocaditos de queso están muy ricos y que los pastelitos de fresa también. Me encantaría probarlos.

—No hace falta que lo repita milady. Vamos a por esos pastelitos. —Respondió Rupert agarrándola del brazo caballerosamente.

Zoella se sintió en una nube. Sabía que todo aquello era una farsa, pero que un hombre la tratará de esa forma era algo nuevo para ella y debía admitir que le encantaba. La hacía sentirse delicada y femenina. Su amiga tenía tanta suerte...

Cuando entraron a dentro, Lord Rupert susurró en su oreja. —Debemos empezar con el plan. Lo primero será que todos nos vean más acaramelados, siempre juntos. Ahora podemos reír y mantener una conversación en la que yo no pararé de alabar su gran belleza y usted batirá las pestañas como una mujer que empieza a enamorarse de un caballero. Después le pediré a su padre permiso para visitarla ante todos. Luego, saldremos varias veces de paseo y tras un mes de cortejo...

—Diremos que hemos decidido casarnos. —Dijo Zoella, comprendiendo todo al pie de la letra. No era un plan complicado y sabía que cada uno haría su papel magistralmente.

—Mi amor, debes ir donde el grupo de las más chismosas. —Habló Rupert, dirigiéndose hacia Aurora.

—¿Y qué digo? —Preguntó esta, entre nerviosa y divertida.

—Di que, según tu opinión, entre yo y Lady Zoella hay flechazo. El rumor no tardará en esparcirse ni cinco minutos. —Respondió Rupert y los tres rieron, captando la atención de algún que otro invitado.

Zoella sonreía de forma coqueta. La gente, sobre todo los del sexo opuesto al de ella, parecían embelesados. Nunca se habrían imaginado que la malvada pirata fuera tan encantadora. Todos decían que su personalidad la convertía en una mujer cautivadora. Los duques de Buckingham se sentían felices. Al parecer su hija empezaba a encajar en una sociedad que tan difícilmente permitía a la gente poder entrar en su círculo que era bien selecto.

Zoella se comportaba como una auténtica dama de clase alta. Durante todo este tiempo había observado atentamente a su madre e incluso a Aurora, así que en ese momento básicamente copiaba el comportamiento y las formas de hablar que había logrado estudiar.

—Es una mujer realmente divertida. —Le dijo Rupert y ella se sonrojó. No veía al amado de su amiga como un hombre, pero daba gusto que alguien la alabara, aunque fuera puro teatro.

Solo había dos personas en la sala de Lady Pembroke que no miraban la escena con una sonrisa dibujada en los rostros. Amos Hamilton y su joven prometida. Por una vez ella no era el centro de atención y eso molestaba a la rubia de una manera inimaginable. Además, ver a su prometido mirando a esa salvaje como si se estuviera muriendo de celos, no ayudaba nada a que su humor mejorase.

—Es usted el hombre más caballeroso y amable que he tenido el placer de conocer. —Contestó Zoella con voz melosa. Miró por el rabillo del ojo a Aurora. ¡La loca se lo estaba pasando genial! No tenía ni pizca de celos. Vale que se trataba de ella y su amiga sabía que su corazón estaba ocupado pensando en otra persona cuyo apellido se había grabado en su piel como fuego, pero era demasiado confiada. Así cualquiera le quitaba el hombre, tendría que espabilarla. Pensaba la futura duquesa, sin darse cuenta que unos ojos negros le lanzaban cuchillos y unos que eran muy afilados.

—Usted es la mujer más fuerte y luchadora que he conocido. Su mirada, tan llena de sabiduría. La suficiente como para que hayáis podido sobrevivir tantas tempestades. La admiro Lady Zoella.

A Zoella se le empañaron los ojos. Las palabras de su amigo no parecían simple diálogo escrito para el escenario de un teatro. No, había mucha verdad allí.

—El mar me dio mucho, Lord Rupert. Siempre eché de menos a mi familia y a mi vida, pero no cambiaría nada de lo que viví. Conocí lugares asombrosos, personas que me enseñaron las cosas importantes de la vida.

Los invitados no se perdían la conversación. Algunos ya ni disimulaban, acercándose aún más, descaradamente.

—¿Y cuáles son esas cosas importantes de la vida? —Preguntó Rupert, interesado.

—La amistad y aunque suene extraño por tratarse de piratas, el honor. Recuerdo una vez, cuando tenía diecisiete años, mi tripulación y yo nos encontrábamos en el continente africano. Concretamente una isla llamada: *Santa Elena*. Barba Negra siempre estaba en la búsqueda de cualquier tesoro u objeto mágico sobre el que le contaba la gente. Yo le explicaba que se trataba de simples leyendas, pero era testarudo y por supuesto, todos le seguíamos en sus alocadas aventuras. Esta vez íbamos a por un espejo que cumplía deseos. En una leyenda se decía que era de una princesa que lo perdió allí buscando a su amado para salvar a su reino. La cuestión es que en cuanto pisamos Santa Elena, un animal exótico, muy parecido a un león, pero más grácil y con manchas negras en forma de pequeños círculos, me atacó.

Todos quedaron sin respiración. Los invitados ya formaban un círculo alrededor de Rupert y

Zoella y lo que contaba la ex pirata era lo más interesante y asombroso que alguna vez habían oído.

Zoella procuraba no mirar hacia Amos, él la observaba de una manera que aceleraba su ritmo cardíaco y no podía permitírselo. La fascinación por él se esfumaba ya que sabía que Hamilton nunca podría ser suyo, él tenía dueña y parecía amarla.

—¿Qué pasó después? —Preguntó Lord Rupert, sacándola de sus cavilaciones.

—El animal se abalanzó sobre mí. Pesaba tanto que no podía respirar. En ese instante vi mi vida pasar ante mis ojos. —Contaba Zoella sin ver las lágrimas que derramaba Eleonor Etherington mientras la escuchaba. Su padre también estaba apenado y muchos invitados que sabían lo que era ser padre, sintieron pena por los duques de Buckingham.

—Finalmente Eddie, le disparó, pero aquella bestia me mordió en la pierna que estaba en muy mal estado.

Zoella levantó el bajo de su vestido y mostró la cicatriz en su muslo.

Todos jadearon. Las mujeres ya no la miraban por encima del hombro, ahora en sus rostros se podía apreciar la admiración. Los hombres la veían como si fuera una diosa, pues además de hermosa era tan fuerte...

La ex pirata se tapó y prosiguió con su relato.

—Mi pierna sangraba mucho y no me podía mover. Solo entorpecería el viaje de vuelta que probablemente no iba a aguantar. En ese momento todos pensábamos eso. Pero, nadie me dejó atrás. Me había costado años ganarme su respeto y confianza, ganarme a hombres que habían asesinado, robado o mentado, pero lo había conseguido. Me llevaron con ellos y en todo el viaje no comieron nada para que hubiera más para mí. La comida era escasa... Cuando pisamos tierra, Barba Negra llamó a una curandera, conocida de él. Todos dijeron que era un milagro que hubiera aguantado el viaje. Después de seis meses me recuperé en su totalidad. Mi tripulación no me dejó ni una vez sola. Allí comprendí el significado de la amistad y la camaradería.

Terminó de relatar la futura duquesa y todos aplaudieron. Todos, incluso Amos Hamilton que tras escuchar aquello su opinión había cambiado por completo sobre la mujer que ahora ni siquiera le miraba. Una tristeza inundó su corazón. ¿Y si no volvía a dedicarle una sola mirada con esos ojos verdes? No. No podía permitir que eso pasara.

Zoella y Rupert salieron al jardín. Era un lugar bastante alejado, pero necesitaban hablar sobre su plan tranquilamente. Aurora estaba con Eleonor. Probablemente la estaba contando sobre cómo Zoella y Rupert se habían enamorado a primera vista.

Dentro el ambiente estaba muy bien. Risas y comida abundaban. Lady Pembroke se había puesto a tocar el piano, así que los invitados más jóvenes bailaban al son de la música.

—El plan está funcionando perfectamente. ¿No cree? —Le preguntó Zoella a Rupert.

—Eso pienso. Tiene algo en el cabello... —Dijo este, mirando con los ojos entornados la migaja de pastel que colgaba en uno de los rizos de Zoella.

Amos estaba escondido detrás de un árbol. Por fin había podido quitarse de encima a la pesada de Rose. Zoella parecía tan resuelta cuando hablaba con ese lord de segunda categoría que ya empezaba a hervirle la sangre de furia. De repente un movimiento captó por completo su atención. ¡El muy imbécil tocaba sus cabellos! —"¿Cómo se atreve a tocar el pelo de mi mujer?" —Se dijo este y tan enfadado como nunca lo había estado, empezó a correr hacia la pareja.

Zoella advirtió una figura que conocía muy bien, correr hacia ellos. Parecía a punto de estallar de rabia. No comprendía qué demonios le pasaba a ese hombre.

El puñetazo que se estrelló contra la nariz de Lord Rupert la dejó atónita, tan perpleja que se quedó como tallada en piedra hasta que reaccionó.

—Pero, ¿qué te crees que haces, maldito! —Gritó desgañitada al ver a su amigo en el suelo, quejándose. Con solo un puñetazo le había tumbado y el pobre lord no podía levantarse, sujetando su nariz que parecía estar rota.

Una gran muchedumbre salió de la casa de los Pembroke. Algunos reían viendo a Rupert lloriquear, otros jadeaban y un tercer grupo se acercaba con el semblante preocupado. Aurora inmediatamente ayudó a su amado junto a Zoella que despotricaba insultos hacia Amos sin poder parar.

—Maldito idiota. Se cree que puede dar puñetazos por allí como si fuera yo que sé...

—Murmuraba.

William se acercó hacia Hamilton y antes de que este se enterará le dio un puñetazo en toda la cara.

—Lleva molestando a mi familia desde que hemos llegado, joven. Hablaré muy seriamente con su buen padre porque parece que usted ha perdido el juicio. —Habló el duque Etherington y Zoella asintió, satisfecha. Había pasado de querer besarle a desear arrancarle la cabeza tan bonita que tenía.

—¡Solo hice lo que debía! ¡Ese sinvergüenza le tocó el cabello a Zoella! —Contestó el futuro duque, dejando muda a la mitad de la gente.

—¿Le ha tocado el pelo? —Preguntó Aurora, enfadada, sin poder evitar mostrar la furia en sus ojos. Rupert sonrió como tonto al verla celosa.

—¡Tenía una maldita migaja de pastel! — Dijo Zoella, cada vez más irritada. Lo único que la faltaba era que su amiga estuviera celosa de ella. De ella, que jamás se atrevería a quitarle a otra a su hombre. Eso era de gente sin honor alguno.

—Lo que hizo este lord de pacotilla. — Dijo Amos, señalando al pobre Rupert que parecía estar a puntito de desmayarse. —Fue aprovechar el momento para tocarla. —Espetó este y todos le miraron como si hubiera perdido un tornillo.

—¡Por el amor de dios, Hamilton! ¡Es solo un cabello! —Dijo William, todavía atónito.

—No es solo un cabello. ¡Es su cabello! —Contestó este, furioso. Sin darse cuenta de lo mucho que estaba diciendo con esa frase.

—La merienda ha terminado oficialmente. — Les llamó la atención el anfitrión de la fiesta, que casi siempre pasaba desapercibido por culpa de su esposa.

Poco a poco todos se dispersaron. Zoella se fue en su carruaje con su familia y con Rupert, mientras que Amos refunfuñando se subió al carruaje de Rose y la madrastra de esta.

—¡Ha sido un éxito la merienda! Seguro que nadie olvidará esto jamás. Mañana haré una visita a Lady Zoella, que no ha podido contarme nada y deseo saberlo con tanta fuerza como cuando quiero que me hagas el amor. —Dijo Lady Pembroke dando palmaditas con las manos, feliz como una cría.

Su esposo la miró como si le hubiera salido un unicornio en la cabeza.

Capítulo 9

"La vida es como una caja de bombones... Nunca sabes lo que te puede tocar" —Forrest Gump

—¡Despierta! ¡Despierta! —Gritó Aurora saltando sobre la cama de Zoella. La futura duquesa se resbaló cayendo al suelo de culo.

—¿Por qué tanto jaleo? —Preguntó con los ojos entrecerrados.

—¡Vamos de compras todos juntos! El duque William y la duquesa nos acompañarán. ¡No me lo puedo creer! Tus padres parece que se llevan cada vez mejor. Hace poco, en el comedor, tu padre le guiñó el ojo y la duquesa se sonrojó como una jovencita enamorada. ¿Quién lo iba a decir? Por fin en esta casa están cambiando las cosas a bien. Mi Rupert ya se encuentra mucho mejor. Su nariz sigue roja como un tomate, pero incluso así, es tan apuesto... Él también nos va a acompañar, así que date prisa que no quiero hacerle esperar. —Parloteaba Aurora y Zoella pensaba que seguramente no se quedaría callada ni, aunque estuviera bajo el agua. Algún día debía comprobarlo.

—Muy bien, pero cierra la boca por favor, que me das un dolor de cabeza inimaginable. —Contestó Zoella. Aurora no la hizo ni caso, su comentario no la había afectado para nada, ya conocía perfectamente el humor de su amiga por las mañanas. Básicamente era insufrible, inaguantable. Como si fuera una muñeca de trapo, la vistió con otro horroroso vestido cuyo color al menos no estaba mal. Un violeta clarito. Debido a la figura de Zoella, la sentaba bien, pero se notaba que era anticuado.

La peinó rápidamente y con eficacia. El cabello de Zoella era tan hermoso que con solo hacerla unos cuantos tirabuzones y recogerlo dejando caer algún que otro mechón, quedaba fantástica.

Bajaron por las escaleras apresuradas y antes de llegar al comedor, el mayordomo que se llamaba Stevens, las taladró con sus ojos ámbar. Ambas se sonrojaron, no debían correr de esa forma, se supone que una dama caminaba siempre y en cualquier situación de forma serena y grácil. —"¡Estúpidas normas!" —Se dijo Zoella.

Cuando entraron al comedor tres rostros felices les dieron la bienvenida. Los duques Etherington desayunaban huevos con zumo y Lord Rupert les acompañaba bebiendo un vaso de leche con galletas. Parecía un niño con esa sonrisa tan jovial y dulce.

—Queridas, iremos de compras. Veréis que es lo más divertido del mundo. —Dijo Eleonor en forma de saludo. Zoella la miró como si fuera un ser de otra dimensión. Su progenitora había cambiado su comportamiento hacia ella de la noche a la mañana. Ya todo eran sonrisas y vanos intentos de acercársele, aunque la ex pirata todavía no se lo permitía. Debía ganarse su confianza.

—Buenos días a todos. Espero que sea muy agradable el día de las compras. —Contestó Zoella con educación, pero cierta frialdad. Ella y Aurora se sentaron a desayunar. Los enamorados de la mesa: Aurora y Rupert, no paraban de comerse con la mirada. Zoella en su interior gritaba. Se alegraba mucho por ellos, pero la recordaban constantemente lo que no podía tener. ¡Qué fastidio!

El desayuno pasó en un agradable silencio tras el cual todos se levantaron para ir hacia el carruaje.

—Puedes elegir lo que quieras, princesa. No escatimes en gastos. —Dijo William a su hija, que le miró con ternura. Significaba mucho para ella que él le dijera esas palabras, pero conocía lo que era el hambre y no pensaba gastarse ni un céntimo más de lo imprescindible.

El viaje empezó con una canción muy divertida sobre dos enamorados de la nobleza. Todos se

la sabían, excepto Zoella, que, a pesar de eso, se entretuvo mucho.

—Querida, ¿te sabes alguna canción? —La preguntó Eleonor. Zoella se sonrojó y respondió casi susurrando.

—No creo que las canciones que yo me sé, sean apropiadas.

—Oh, vamos. No nos escandalizamos tan rápido. —Dijo Aurora y todos asintieron. Zoella les miró levantando una de sus finas cejas y resopló. —De acuerdo, ya os lo advertí. — Dijo esta antes de empezar a cantar una vieja canción pirata:

" ¡Yo, ho, ho! ¡Cuánto necesitaba yo esos pechos enormes como montañas.

¡Yo, ho, ho! Me bebí la botella de ron y ante mí la pude ver.

¡Yo, ho, ho! Cabellos del color del oro, ojos como el mar de noche, desnuda en todo su esplendor, me miró y me pidió con voz sensual.

¡Yo, ho, ho! Hazme tuya, hazme tuya, pirata que tan bien conoces el mar.

¡Yo, ho, ho! Y no la defraudé, no señor. La hice mía una y otra vez.

¡Yo, ho, ho! Y otra botella de ron."

Acabó la canción y miró los rostros que tenía al lado suyo o enfrente. Las mujeres y su padre estaban tan rojos que a la ex pirata le dieron pena. Lord Rupert, sin embargo, parecía aguantarse la risa a duras penas. —¡Qué pillín! —Pensó Zoella, divertida.

Cuando llegaron hasta la modista que por supuesto no era Madame Furstenberg. Pues esta mujer se había ido de Buckingham hacía mucho tiempo y aunque siguiera allí, la duquesa Eleonor jamás iría a su negocio. Gracias a ella y a la institutriz de Zoella, esta última había acabado en Furia del mar.

—Gracias a dios que hemos llegado. —Murmuró la duquesa, provocando la risa en su hija. Zoella se arregló el pequeño sombrerito de color blanco cremoso que siempre se le torcía. Era incapaz de llevar esas cosas inventadas por el demonio, no eran nada prácticas.

Mientras caminaban hacía la modista que más aclamaban las damas, Zoella se sintió observada. Miró a su alrededor, pero no veía a nadie, así que prosiguió su camino, centrándose en la conversación que mantenían sus acompañantes. Según ellos, el color verde pastel iba a estar de moda.

—¡Oh! ¡Pero, qué placer tenerles aquí! —Una mujer regordeta les dio la bienvenida. Iba bien vestida, algo difícil de conseguir con su figura, que era como una manzana, así que Zoella supo que era buena en lo que hacía.

—Madame Anne Claire, venimos para reanudar el guardarropa de mi hija. Acabamos de encontrarla y no queremos escatimar en los gastos, deseamos que se lleve lo mejorcito como su posición exige y merece. —Le dijo Eleonor y Zoella volteó los ojos porque su forma de hablar era tan pretenciosa. Eran como el agua y el aceite.

La verdad es que no fue para nada aburrido. Comprar era realmente divertido y debía admitir que sentirse cada vez más cerca de su madre y hacer esto juntas le gustaba, la emocionaba de una manera que su orgullo todavía le impedía admitir.

—Mire este sombrerito, es tan exquisito. —Decía Aurora a Eleonor. La verdad es que el color era de un azul impresionante y a su madre la iba a sentar de maravilla. A pesar de que sus ojos eran verdes como los suyos, sentía que aquel tono iba a realzar aún más sus hermosos luceros.

Un bolso que le pareció perfecto para ir a un baile, llamó su atención. Era de color rosa con pequeños diamantitos incrustados en su cierre en forma triangular. Debía preguntar a Aurora y a su madre, si era adecuado para lo que ella creía. No entendía mucho de aquel tipo de cosas, pero era tan hermoso que quitaba el aliento. Parecía tan distinguido...

Mientras reflexionaba sobre ello, no se dio cuenta que comenzaba a canturrear una canción

que solía cantar Timothy:

" Un pirata soltero, navegaba por el mar.

Solitario y cachondo, se la jalaba sin parar.

En su mente caliente solo podía él pensar, que una sirena de tetas grandes, le premiaba sin cesar."

Un jadeo de indignación la hizo dar un respingo. Madame Anne Claire la había oído. El semblante de la mujer era para caerse de risa, pero debía mantener la compostura.

—Oh, disculpe, yo no creía que alguien me estuviera escuchando... —Se excusó de pésima manera.

— ¡Es lo más obsceno que oído en mi vida! ¡Una señorita, por muy pirata que haya sido, no debe cantar cosas así! —Dijo la mujer con una voz chillona que por supuesto llamó la atención de Eleonor y todos los demás. Afortunadamente no había nadie más dentro de la casa de moda, pero Zoella sabía que la mujer no perdería tiempo en contárselo a cualquiera que entrará dentro de su negocio.

— ¿Qué sucede? —Preguntó Eleonor cuando llegó hasta ellas.

—Su hija canta canciones obscenas, duquesa. —Contestó la modista.

—Lo siento, es que, al haber cantado en el carruaje, se me vinieron a la mente más canciones y al parecer me puse a interpretar la favorita de un buen amigo. —Contestó Zoella sonrojada hasta la raíz del pelo.

—Mi hija desconoce los buenos modales. Lo acepto, pero aprende muy rápido y estar la gente constantemente espiándola, la está demostrando que esta sociedad cada vez está peor. Nos creemos que somos la nata de la buena educación, pero nos atrevemos a espiar y a criticar al prójimo. —Dijo la duquesa Eleonor y la modista enrojeció de rabia, resoplando.

—¡Yo no la he espiado!

—Sí lo ha hecho y no se atreva a hablarme con ese tono, que soy la duquesa de Buckingham. Se le han olvidado los modales en casa, madame. —La mujer tuvo la decencia de sonrojarse.

—No era mi intención. Discúlpeme, duquesa. —Su excusa no parecía muy sincera. —Pensó Zoella, mirando a su progenitora con admiración. Irradiaba tanto poder que no se lo podía creer.

—Quiero varios diseños lo más pronto posible. Mi hija vendrá a probárselos. Además, quiero diversos camisones, ropa interior, sombreros, bolsos... Los accesorios los compraremos de alguna joyería.

La mirada de la madame brilló por la avaricia. Se veía a leguas que ya se había olvidado del pequeño incidente. Era lo que provocaba el dinero. —Pensaban madre e hija, asqueadas.

—Puede ir a la joyería de mi primo, duquesa. Vende lo mejor de la ciudad. — Hablaba ahora con zalamería.

—Muy bien y espero madame, que no comenté sobre mi hija por allí. Recuerde que yo también sé muchas cosas y mucho más jugosas. Que siempre me mantenga callada, no significa que me olvide de las cosas.

—No sé de qué me habla. —Dijo la modista, haciéndose la tonta.

—La baronesa June, estaría muy interesada en saber entre qué piernas se las pasa el barón Alexander. —Contestó la duquesa y la mujer tembló como una hoja. Eso podía acabar con su reputación. Las damas dejarían de comprar de ella y su sustento se vería amenazado.

—Le doy mi palabra que esto quedará entre estas cuatro paredes. Tampoco ha sido para tanto. Solo es una inofensiva canción un poco fuera de lugar. Su hija es encantadora y muy graciosa.

—La madame ya no sabía qué decir.

—¡Así me gusta! —Dijo la duquesa y se despidió. Zoella estalló en risas. Su madre era de mucho

cuidado. Ahora entendía de quién en realidad había heredado su fuerte y colorida personalidad. Al parecer, su progenitora llevaba sin ser ella misma mucho tiempo, pero todo volvía a su cauce.

Cuando volvió a la casa, estaba tan feliz... El día con su familia y amigos había sido realmente asombroso. En la joyería del primo de madame Anne Claire había visto una joya que era una delicia. Se trataba de un collar de esmeraldas en forma de corazón. No le había dicho nada a su padre porque ya se habían gastado un montón de dinero, pero aquella joya se le había quedado grabada en la mente. Lo único extraño en todo el día, era esa sensación como si alguien la estuviera observando...

No le dio importancia y salió a buscar un caballo de los de su padre, que fuera más dócil. Se daría el gusto de cabalgar un rato.

Encontró uno de color negro con manchas blancas, muy hermoso. Parecía dócil y el cuidador, que era un joven de alrededor de dieciséis años, le había dicho "*—Creo que le gusta, milady*". Sin pensarlo mucho decidió que iría a pasear con ese bello animal, digno de ser caballo. Le llamó "*Diamante*". Era poco original, pero le iba como anillo al dedo. Subió con agilidad y se sintió fantástica al empezar a montar.

Miles de recuerdos de su tripulación empezaron a invadir su mente, mientras disfrutaba de su paseo. Llegó hasta un prado, tierra de su familia también. Lo desconocía así que quiso investigar. El ruido de lo que parecía un riachuelo captó su atención.

—¡Vamos a ver el agua, Diamante! —Le dijo al caballo acariciándolo. Este, gustoso se dirigió hacia allí. Era curioso, pero parecían un solo ser con Diamante. Se habían acoplado bien.

Bajó del caballo para descansar y se sentó sobre la hierba mirando hacia el cielo. Unas pisadas provocaron que se tensará. Zoella se dio lentamente la vuelta para ver ante sí a Amos que parecía nervioso por si ella huía de allí.

—¿Qué hace en mis tierras? —Le espetó, poniéndose de pie, preparada para arrancarle la piel si hacía falta.

—Creo que ya podemos tutearnos, preciosa. —La dijo él y Zoella le fulminó con sus ojos verdes.

—No opino de la misma forma que usted. Le ordeno que se vaya de mis tierras ahora, si aparecía su miserable vida.

Amos se tensó, pero seguía sonriendo, aunque esa sonrisa no llegaba a sus ojos. Sus luceros eran puro fuego. Zoella se dio cuenta del deseo que ya conocía perfectamente. Impresionada, dio dos pasos hacia atrás, mirándole asqueada.

—¿Cómo se atreve? Preguntó en un susurro.

—¿Qué tienes con Lord Rupert? —La Preguntó él en respuesta.

—¡No es de su incumbencia! —Respondió Zoella en un grito. Era lo que él provocaba en su persona. Un descontrol desbordante de sus emociones.

—¡Allí te equivocas, mi preciosa! Es totalmente de mi incumbencia. —Amos avanzó hacia ella y Zoella sintió que su respiración se estaba entrecortando. Las intenciones en sus ojos negros eran tan claras como el agua de aquel riachuelo.

—¡No se acerque! —Gritó, pero Amos parecía no escucharla. Zoella siguió dando pasos hacia atrás cuando tropezó con una pequeña piedra. Antes de que su cuerpo se estampara contra el suelo, las varoniles manos de Amos llegaron hasta ella, abrazándola por la cintura y acercándola hacia sí.

—Haga el favor de soltarme. —Le rogó ella. A pesar de que su mente gritaba que se alejara del hombre, su cuerpo clamaba, rogaba, sollozaba por él. Aquello la aterrorizaba porque no podía pasar otra vez por el dolor de ser usada para su placer y después rechazada.

—No puedo apartarte de mi mente, Zoella. —Jadeó Amos en su oreja y ella sintió una electricidad

que recorrió su cuerpo entero.

La alarma se encendió en su cerebro, debía apartarse de él. Desde que le conocía su orgullo había sido cientos de veces pisoteado. Ahora no lo iba permitir. Díjole lo primero que se le pasó por la mente.

—Por favor. Pronto me voy a casar con Lord Rupert y si alguien nos ve así, será nuestra ruina. Su prometida milord, se enfadará...

—¡Cómo que te vas a casar! —Gritó Amos contra su cara, furioso.

—Estoy prometida con Lord Rupert. Todavía no lo hemos anunciado, pero ya es un hecho. —Se explicó la ex pirata atropelladamente.

—¡No te puedes casar! —Replicó Amos, poniéndola de los nervios.

—¿Por qué, si se puede saber? Soy libre de hacer lo que me plazca, milord. —Le espetó ella.

Los ojos de Amos adquirieron un peligroso brillo. Zoella intentó soltarse de su doloroso abrazo, pero la fuerza física de él era muy superior al de ella.

—No puedes porque eres mía. —La respondió, dejándola sin aliento.

—Usted se ha vuelto un demente. No sabe lo que hace ni lo que habla.

—Es cierto, mi preciosa. Hasta que te conocí era un hombre cuerdo y ahora hasta mi propio padre me dice que he perdido la razón. Y tal vez sea así, pero no me importa. Lo único que deseo es tenerte entre mis brazos.

—¡Deje de hablar! Por su boca solo sale mierda. —Le contestó ella, empezando a temblar porque sí ese hombre seguía hablando así, pronto dejaría de pensar. ¡Y se negaba en rotundo volver a caer en su embrujo!

—Me deseas... — Dijo Amos, aunque más que una afirmación parecía ser un ruego. La súplica de un mendigo en busca de amor, sediento de pasión.

—No. Deseo a Rupert. —Le respondió mintiendo descaradamente y en un gemido porque el abrazo era cada vez más fuerte, cada vez más doloroso.

Amos la jaló del cabello con suavidad hacia atrás y se acercó a su rostro. Contra sus labios, contestó con voz pesada.

—Pero, fuiste mía. Fue mi nombre el que gritabas, fui yo quien te hizo mujer.

Zoella sollozó, a su alrededor había puesto un muro de hielo que comenzaba a derretirse y su desesperación por liberarse de aquellas cadenas que la gente llamaba "*amor*", provocó que la futura duquesa, respondiera rota de dolor. —Eso me ayudará para saber complacer mejor a Lord Rupert. Mi futuro esposo.

Gritó al sentir el impacto de su cuerpo cayendo sobre la hierba. Antes de que logrará reaccionar, Amos se sentó sobre su abdomen y cogió sus muñecas entre su mano. Eran tan finas que cabían perfectamente y él podía inmovilizarla con facilidad.

—Más te vale que ningún hombre se atreva a tocarte... —Gruñó, antes de atrapar sus labios entre los suyos. Zoella intentó resistirse con toda su voluntad, pero su beso era tan exigente que sin darse cuenta empezó a responderle.

La mano que tenía libre él, bajó por su cuello hasta llegar a los pechos de Zoella. Los acarició con ternura por encima de la tela del vestido, arrancando los gemidos femeninos.

Cuando apretujó entre su dedo índice y el pulgar, el pezón de Zoella, esta sintió cómo se empapaba, como si de lava se tratará. Se sentía cálida, húmeda y preparada para él. ¡Debía parar aquello cuanto antes!

Uso el único arma que tenía. Atacando su orgullo y honor. En cuanto sus labios estuvieron libres, comenzó a soltar sus palabras jadeando, como si fueran cuchillos.

—¿Sabe Hamilton? Usted, no tiene diferencia alguna de cualquier pirata que yo conozca. Habla de

honor, pero en sus acciones hay de todo, menos honor. Primero me tocó, me poseyó y después no cumplió con su deber, ese deber que tanto dice apreciar, pero que sólo cumple si le conviene. Ahora lo único que le falta es violarme y humillarme de la peor manera. ¿Es usted tan monstruo? Amos la soltó pálido como una pared. A Zoella la dio pena su expresión compungida. Parecía decepcionado de sí mismo, como si alguien le hubiera golpeado de una forma brutal. Zoella aprovechó el momento, para levantarse y correr hacia Diamante.

Cabalgó tan rápido que siquiera sintió cuándo logró llegar hasta su casa. Agitada, subió las escaleras corriendo, sin importarle lo que el mayordomo pensará. Se encerró en su habitación y dio rienda suelta a sus lágrimas. ¡Debía olvidar a ese hombre! Pero él parecía tan empeñado en no dejarla en paz hacerlo...

—A ti pesa algo... —Murmuraba Aurora, pero Zoella no la respondía. Llevaba callada desde que había vuelto de su paseo a caballo. Aurora empezaba a preocuparse.

—Tu madre quiere hablar contigo. Insiste y yo ya estoy harta de excusarte. —Dijo esta, intentando que su mejor amiga reaccionará.

—¡No me apetece hablar con nadie! ¿En qué idioma te lo tengo que decir? ¿Eres estúpida o qué?

—Gritó Zoella y al ver el daño que había hecho en los ojos de Aurora, se sintió pésima.

—Yo, lo siento... —Dijo, pero antes de acabar de disculparse, la joven salió de su recámara con los ojos cuajados en lágrimas. Era una chica muy sensible.

Zoella bufó y se levantó de su cama para llegar hasta su amiga, no quería perderla.

Corrió por el largo pasillo y chocó contra la duquesa que parecía que se dirigía hacia su habitación.

—¿Ocurre algo, hija? —Preguntó Eleonor con el semblante preocupado.

—¿Y a ti desde cuándo te importa lo que me pase a mí? —Gritó Zoella, estallando de furia.

La duquesa la miró como si la hubiera golpeado y Zoella se dijo que no tenía por qué sentirse culpable. Ella se lo merecía, no era una buena madre.

—¡Te prohíbo que le hables así a la mujer que te dio la vida! —Se oyó la voz del duque.

—¿Y para qué me la dio? Ojalá nunca me hubiera enterado que seguís vivos y ojalá jamás hubiera aparecido por aquí. Mi vida era perfecta en el mar. —Contestó iracunda la ex pirata.

Eleonor estaba tan dolida y parecía tan avergonzada que a Zoella no la extrañó cuando la mujer corrió huyendo de allí como si fuera una rata.

—No sabes nada querida hija. Sé que lamentarás haber dicho esas palabras. Son muchas novedades y sé que sientes un gran peso en los hombros, lidiar con lo que la vida nos depara, no siempre resulta fácil, pero herir a propósito... ¡No me lo esperaba de ti!

—¿Por qué no? A mí siempre me hieren, me usa la gente y encima se espera que yo sea buena y comprensiva. —Respondió Zoella llorando. Estaba tan confundida y sus sentimientos eran tan profundos que no la dejaban poder respirar. Si sentir era tan doloroso, si amar era así de difícil, si las relaciones humanas eran tan complicadas... Ella no deseaba nunca más volver a sentir. Lo que más quería en ese momento era huir y ahogar sus penas en la infinidad de algún océano.

—Y ahora te metes en el papel de víctima. Creía que Barba Negra te había educado mejor. —Dijo el duque.

—¡No te atrevas a hablar de él! —Le espetó ella.

—¿Sabes cómo era su verdadero nombre? Nunca te lo dijo, ¿verdad?

En este mundo solo dos personas conocimos su verdadera identidad. Habló el duque con la mirada perdida, con la voz lejana y tan rota de dolor que Zoella sintió una pena que invadió su ser.

—¿Cómo era su verdadero nombre? —Preguntó sin aliento.

— ¡Jarvis Butler!

Zoella jadeó sintiendo que se mareaba.

—El asesino más famoso del Reino de Inglaterra... —Susurró y su padre asintió.

—Fue un chico que creció golpeado por la vida hasta que su corazón se hizo tan duro como el pan de ayer. Fue un chico destructivo que acabó siendo un hombre que helaba la sangre de cualquiera que se le acercará, hasta que un día la coraza que había a su alrededor empezó a caer a pedazos. Una mujer fue la que provocó que la pequeña bondad muy en el fondo del corazón del asesino saliera a la superficie.

—¿Quién fue esa mujer? —Preguntó Zoella, estupefacta.

—¡Mi hermana! —Respondió el duque, dejándola helada.

—Se encaprichó de ella, era incapaz de amar de verdad, pero mi pequeña... Ella era tan frágil e inocente que enloqueció por él. Yo sabía que Jarvis jamás podría asentarse e intenté separarles por todos los medios. Mi hermana llegó a odiarme hasta tal punto que ya no me hablaba.

Un hombre común y corriente reconoció a Jarvis a pesar de su espesa barba negra que cambiaba los rasgos de su rostro tan bien que era el camuflaje perfecto. Comenzó una persecución horrible, deseaban su cabeza. Entonces él huyó al mar, convirtiéndose en Barba Negra. Un pirata temible. Jarvis acabó enamorándose del mar y dejó a mi hermana con la reputación totalmente hundida. Ella no aguantó el dolor por su abandono y no tardó en quitarse la vida. Pero, antes me hizo prometer, que nunca voy a delatar la verdadera identidad de su amado. Le di mi palabra en su lecho de muerte y la cumplí.

Siempre le hice frente cuando navegaba, pero nunca logré acabar con su vida, que era lo que más deseaba.

Zoella se deslizó por la pared, sin poder creer lo que su padre le había dicho.

El duque se acercó y la dio un cuaderno cuyas hojas estaban amarillentas por el paso del tiempo. Zoella le miró sin comprender.

—Dile a Aurora que te lea la primera página.

Ella asintió en silencio con el corazón galopando en su pecho como loco. "*¿Qué más iba a saber?*"

Cuando se recuperó de la impresión, fue en busca de Aurora. La encontró en la cocina, al parecer se había puesto a hacer galletas. Se acercó y las demás sirvientas inmediatamente se marcharon, dejándolas a solas.

—¡No quiero hablar contigo! — Dijo su amiga, enfurruñada.

—Necesito que me leas la primera página de este cuaderno. —Le rogó ella. Aurora miró el cuaderno que la futura duquesa sujetaba entre su mano con fuerza, como si fuera lo más importante de su vida. La curiosidad de la rubia era mucho más grande que su enfado, así que disimulando que no la apetecía nada, cogió el cuaderno entre sus manos y lo abrió con suavidad para no romperlo. Quedó fascinada al ver la fecha. — Es del día de tu desaparición. — Dijo y Zoella jadeó. —Lee por favor. — Suplicó. Las dos se sentaron en un banquillo cerca del ventanal de la enorme cocina. Aurora miró a su alrededor, asegurándose que nadie las pudiera oír, y comenzó:

22 de marzo de 1625

Escribo estos párrafos sin saber si alguna vez llegarás a leerlos. Querida, Zoella, mi corazón está tan lleno de dolor, después de tu desaparición todo es una oscuridad inaguantable.

Querida hija, yo creo firmemente que sigues con vida y que en algún lugar estás creciendo, pero por desgracia, no ante mis ojos. Cuando naciste fue la noche más maravillosa de mi vida. Tu padre y yo mirábamos las estrellas y decidimos llamarte "Zoella"

porque nos pareció un nombre tan precioso como la luz de aquellas estrellas que iluminaban la noche. Entonces una voz interior me dijo que cuando crecieras serías una mujer fuerte, luchadora y muy capaz.

Ahora le suplico a Dios, que te cuide y que vele por tu bien-estar, estés donde estés. Eres mi más preciado tesoro, mi dulce hija, y si un día vuelves a casa y yo no sigo en este mundo, recuerda que siempre te he amado y siempre te llevaré en mi corazón. Sé que eres bendecida por el todo poderoso para poder guardar aquello que te pertenece, aquello que es tuyo legítimamente. Sé que eres inteligente y responsable y que sabrás qué hacer en los momentos difíciles.

Yo tan solo suplico poder verte por última vez antes de irme de este mundo... Te echo tanto de menos...

Zoella y Aurora lloraban a lágrima viva, comprendiendo por fin a la duquesa. Seguramente al volver a verla, había pensado que Zoella ya no era su hijita, que ya era corrompida y se sentía culpable por no haberla cuidado como debía. Eleonor sentía que había fallado como madre y por eso la costaba tanto mirar a su hija.

—Debes hablar con ella. —Dijo Aurora, sonándose los mocos.

—Eso haré. ¡Ya es hora que el rencor deje de dominar las vidas de los Etherington! Suficiente nos ha hecho Barba Negra como para seguir haciéndolo a través de su tumba. — Respondió Zoella.

—¿Sabes dónde está? —Preguntó la castaña.

—En su habitación. —Respondió Aurora, todavía emocionada.

—Prepara dos té para mí y mi madre. Es hora de hacer las paces.

Después de diez minutos, se encontraba ante la puerta de su progenitora, tan nerviosa que la apetecía comerse las uñas. Llamó y la voz congestionada de Eleonor, la hizo pasar.

Zoella abrió la puerta con las manos temblorosas. Al verla, su madre se levantó como un resorte, quitando una pelusa inexistente de su hermoso vestido de color vino.

—Vengo a disculparme por la forma de comportarme contigo, madre. Los ojos de Eleonor se empañaron porque era la primera vez que su hija la llamaba "madre", con tanta sinceridad y amor.

—¿Me vas a dar una oportunidad, hija? —Preguntó la duquesa muerta de miedo.

—Voy a darnos una oportunidad. —Contestó Zoella riendo.

Las dos se abrazaron con fuerza y lloraron soltando todo el dolor no dicho durante años.

—Todo irá bien, madre. Me casaré con Lord Rupert. —Le dijo ella, pensando que esa noticia alegraría a Eleonor. Pero, estaba equivocada, la duquesa parecía triste.

—¿Qué pasa madre? ¿No te alegra?

—No le amas... — Respondió susurrando.

—Eso no importa. Lo que es crucial es que Buckingham tenga un buen futuro asegurado.

—Para mí, lo fundamental es la felicidad de mi hija. —Dijo Eleonor.

—Soy feliz. —Respondió Zoella, no muy convencida. Faltaba algo para culminar su dicha, el amor de unos ojos negros que jamás tendría.

Eleonor la miró sin decir nada. Abrazó a su niña otra vez, pensando que debía hablar cuanto antes con los padres de Amos Hamilton... La gente pensaba que ella no se daba cuenta de las cosas, pero en realidad veía y oía todo.

Capítulo 10

Te quiero en mi cama, en mis días, en mis sueños y en mi vida.

—Vamos a jugar a un juego. —Dijo un conde cuyo nombre era impronunciable.

Todos se encontraban en su casa. Por primera vez organizaba una merienda y su madre la había ayudado mucho. En pocos días se llevaban como ña y carne, pero eran tan diferentes que a menudo discutían, no obstante, siempre se disculpaban una con la otra y luego reían.

Su padre intentaba hacerle detalles hermosos a su madre, y aunque esta mostraba agradecimiento, parecía que se mantenía alejada de su esposo. Zoella sospechaba que no podía perdonarle la infidelidad. Era algo entre ellos dos y no se atrevía a meterse, pero rogaba porque su relación fuera la que tenían cuando ella era niña.

—Mañana mismo voy a palacio. El rey es un buen amigo y está en la búsqueda de una nueva esposa, pues como sabréis nuestra reina lleva ya un año que no está entre los vivos. —Seguía hablando el conde mientras todos asentían. Zoella pensó que mucho no le duraba el dolor al querido rey por la pérdida de su amada.

—La dama que mejor dibujo haga, irá a conocerle en persona. —Todas las féminas jadearon, las que tenían de dieciocho a veinte años, estaban más que emocionadas.

Zoella, divertida, también se puso a dibujar. Sabía que no iba a ganar, pues ella dibujaba para su propio placer y lo había aprendido hacer en su barco. Las muchachas que allí había eran instruidas desde niñas para dibujar, tocar el piano, cantar etc.

Amos no le quitaba la vista de encima, ya no sabía dónde meterse con tal de no verle. Lo más extraño es que los duques Hamilton también estaban allí y la miraban de una manera tan sonriente y simpática a diferencia de la primera vez que se habían conocido, que Zoella empezaba a pensar que todo esto era un sueño de lo más raro.

—Que empiece la competición, damas. Tenéis media hora a vuestra disposición. —Dijo el conde, que parecía creerse el propio rey. Andaba con unos aires de grandeza de lo más desagradables.

Todas empezaron a dibujar como locas, hablando como gallinas cotorras entre sí. Hasta Rose se encontraba allí y Zoella no comprendía cómo ella y Amos tenían la desfachatez de aparecer en su casa, sin invitación. Sobre todo, él. ¡Era un rufián!

Aurora y Rupert no se encontraban. Habían logrado escapar y probablemente se besuqueaban detrás de algún árbol. Zoella les maldijo. Ahora mismo era cuando más les necesitaba.

Se puso a dibujar, dejándose llevar. Una hermosa sirena afloró en su mente. Hizo los trazos suavemente, a veces incluso cerraba los ojos, sumergida en el dibujo sin darse cuenta que unos ojos negros la miraban embelesados.

Decidió dibujar a la sirena con unos grandes ojos marrones y el cabello castaño y bien largo. Su cola era de un diseño bonito y oscura, en sus manos sujetaba una calavera mientras nadaba en las aguas de un profundo océano. Representaba una vida que siempre prendía de un hilo, una mujer que siempre bailaba con la muerte que vagaba por las aguas... Todos sus recuerdos, risas, lágrimas, luchas... Todo estaba plasmado en esa sirena cuya mirada expresaba mucho.

— ¡Se acabó el tiempo! —Anunció aquel conde con una sonrisa burlona al ver a la mayoría de dibujos. Parecía que las había hecho un niño de cinco años. Zoella al ver las creaciones de la competencia se asustó. Inmediatamente quiso esconder su dibujo, lo que la faltaba era casarse con un vejstorio como el rey.

— ¡Oh! ¡Qué dibujo más maravilloso y en tan poco tiempo! —Jadeó el inventor de aquel estúpido juego que ya empezaba a cabrear a Zoella.

Contestó lo primero que se le vino a la mente. — ¡No es mío! Lo dibujó aquella señorita... Se lo

robé para hacer una broma. — Dijo, mirando de soslayo a Amos, que se había tensado, evidentemente.

—Milady, hemos estado aquí todo el tiempo. Si hubiera robado, lo sabríamos. —Contestó el conde.

—¡He sido pirata durante media vida! Si quisiera robar ni siquiera lo sabríais, conde. Por supuesto, no lo he quitado a la señorita Grace con mala intención. —Respondió la castaña mirando hacia la joven que había señalado. Era una pelirroja de ojos verdes hermosa. Ella ni siquiera desmentía lo que Zoella decía, estaba claro que deseaba conocer al vejstorio del rey y mucho.

Zoella miró a su madre, esta estaba a punto de caerse desplomada al suelo, de los nervios.

—Conde, es cierto. Milady me quitó el dibujo porque pensó que como creció como pirata todos se darían cuenta que no sabe dibujar muy bien. Pensamos que sería gracioso. —Dijo Grace y Zoella la miró con aprobación.

—Este es el dibujo de milady. — Habló la joven, mostrando su dibujo que parecía una patata.

—Muy bien. En ese caso, la ganadora indiscutible es la señorita Grace. —Todos aplaudieron mientras los anfitriones y Amos Hamilton respiraban aliviados.

Zoella sonrió de oreja a oreja. Justo en ese momento llegaron Aurora y Rupert. Nadie pensó mal en que llegasen a la vez, pues, Aurora había dicho que debía estar con la cocinera que necesitaba mucha ayuda. A pesar de que las damas la admitían en su círculo, ella no dejaba de ser una simple sirvienta y a nadie le extrañaba que hiciera sus quehaceres.

Mientras la rubia iba hacia Zoella para saber qué se habría perdido durante su ausencia. La duquesa Eleonor se dirigía hacia Grace, la "ganadora" del juego de competición.

Aquel detalle le pareció muy raro a Zoella que había visto a su madre cuchichear con la joven en una esquina apartadas de los demás.

El día transcurrió sin más incidentes. Amos no se la había acercado y eso era un alivio.

La ex pirata no entendía cómo sus padres no habían montado el pollo porque este hombre se hubiera atrevido a venir a su merienda. Ellos sabían cómo la había tratado Amos. Bueno, la mitad, si supieran todo, probablemente su padre le pegaría un tiro entre ceja y ceja al muy imbécil.

Era bastante insólito que no se hubieran enfadado por su presencia, si hasta le había faltado el respeto a su padre y este reaccionaba de lo más normal al verle. Todo eso olía a pescado podrido...

Reflexionaba sobre ello cuando estaba a punto de meterse en la cama. Un crujido que provenía de su armario la sobresaltó. Olvidándose hasta de respirar, caminó de puntillas hasta el armario de color blanco marfil y cuando abrió la puerta se quedó conmovida.

Amos salía de allí tan tranquilo como si estuviera en su casa y como si aquella situación fuera la más normal del mundo.

—¿Qué haces en mi casa maldito chiflado? —Gritó, pero la mano de él tapó su boca.

—Pequeña, cálmate... Esto te parecerá muy raro, pero algún día lo comprenderás. —Dijo este y ella se removió en sus brazos para soltarse sin éxito.

—Veo que no me lo pondrás fácil. Preciosa, déjame explicarte. Si te suelto, ¿prometes no gritar y darme la oportunidad de poder expresarme? —La preguntó Amos con suavidad.

Zoella afirmó con la cabeza con vehemencia.

Él la soltó lentamente y antes de que se diera cuenta, ella ya gritaba desgañada. —¡Padre! ¡Madre! ¡Guardias! —Pero nadie venía.

Amos volvió a taponarle la boca, pero esta le mordió la mano con saña.

—Maldita sea pequeña... —Masculló el duque. —¡Qué dentadura! —Exclamó mirándose la mano. Había dos pequeñas huellas de dientes en ella.

—Me vas a dejar lleno de tus marcas, pequeña salvaje. —Dijo este, haciendo alusión a la marca en su cuello, que ella le había hecho en su primer encuentro y a la de ahora.

—Como no me dejes en paz, te muerdo en otro sitio y te dejo sin descendencia. — Le respondió ella y él estalló en risas, dejándola perpleja.

—¿De qué demonios te ríes? —Preguntó Zoella, más que furiosa.

—Va a ser interesante estar casado contigo mi amor. —Respondió él con una sonrisa.

Zoella ignoró lo bien que se sintió al escucharle decir "*mi amor*".

—¿Qué quieres decir? —Le preguntó con los ojos entornados.

—Quiero decir que no serás la esposa de Rupert porque tu madre ya arregló todo. Lady Eleonor sabía que Aurora y Rupert al parecer se aman. Así que le dijo a Grace que cuando conociera al rey le hablará sobre Aurora.

Grace puede ser encantadora y ya sabemos que el rey se casará con ella. Es un hecho. De esa forma, como reina convertirá a Aurora en su dama principal. Así la muchacha tendrá el suficiente rango como para desposarse con Lord Rupert. La duquesa es muy inteligente y se dio cuenta que ellos se aman y que nosotros dos también.

Zoella se quedó sin respiración. ¡Qué clase de sueño era ese!

—¡No te amo! Nunca me casaría contigo y no comprendo por qué estás tan contento cuando estás prometido con Rose. —Gritó, mientras dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Fui un idiota y un déspota contigo, cuando me di cuenta que podía perderte fue como si alguien me arrancara el corazón. Te deseé desde la primera vez que te vi en aquella taberna. Jamás había visto una mujer tan bella y que irradiase tanto poder. Pero me habías destrozado el barco cuando yo había pedido paz sin desear una batalla y sin querer arriesgar las vidas de mi tripulación. Verte matar a uno de mis hombres, por mucho que él se lo mereciera, me hizo pensar cosas horribles sobre ti que ahora sé que no son verdad. Sé que me amas, hermosa, lo puedo ver en tus ojos, pero estás tan dolida... Y con toda la razón del mundo.

Zoella lloraba sin poder evitarlo y cuando sintió su dedo índice borrar las lágrimas que derramaba por culpa suya, fue como si un rayo la traspasara. Nunca podría sentir algo semejante hacia otro hombre, pero no podía perdonarle.

—¡Me abandonaste después de hacer el amor y esa misma noche te declaraste a otra! ¡Tienes una prometida, no eres nada mío! ¿Qué es lo que sucede ahora, Amos? Tener a Buckingham se ve suculento, ¿cierto? —Le preguntó Zoella, rabiosa, porque saber que él jamás la amaría la hacía sentir un dolor tan desgarrador que deseaba desaparecer.

—Mi amor, ni siquiera te atrevas a pensar que estoy contigo por este ducado. Podía tenerlo desde el principio, pero te rechacé por orgullo y por mis estúpidos prejuicios. Sé que no me crees, pero haré lo posible por demostrarte que te amo. Nos casaremos e intentaré hacerte feliz cada segundo de tu vida, porque antes de volver a hacerte daño, prefiero arrancarme el brazo.

Zoella deseaba creerle, pero no podía.

—No eres el indicado para ser mi marido. En cuanto te hartes de la pirata que antes se moría por tus huesos y ahora no, te irás, me abandonarás porque no tienes honor. —Le respondió ella.

—No solamente que soy el indicado, sino que opino que naciste para ser mía, mi bella pirata. Nunca me hartaría de ti y lo supe en cuanto te hice el amor en tu barco...

—¿Y qué pasa con tu querido orgullo? Llévartelo y olvídate de mí.

—Comprendí que es mejor perder el orgullo por la persona que amas, que perder a la persona que amas por orgullo.

—¡Estás prometido con Rose! —Gritó la ex pirata.

—No. He anulado el compromiso, no puedo casarme con alguien que no amo y tú tampoco.

—No, yo sí puedo. Me alegro por Aurora y Rupert, ojalá sean tan felices que no sepan si están soñando o viven la realidad, ojalá al menos ellos tengan la suerte de encontrar la felicidad. Yo encontraré a otro, digno en quién dejar Buckingham e irme. Mi lugar no está aquí.

—¡Tu lugar está donde tu esposo! —Gritó esta vez Amos y la agarró de la barbilla acercando su rostro hacia el suyo.

—¡Tú no eres mi marido! —Le respondió ella, siseando.

—Pero lo seré...

—¡Jamás!

Amos la besó sin que se lo esperará. Luchó con uñas y dientes para soltarse, pero él empezaba a quebrantar los muros que ella había puesto a su alrededor.

—¿Otro provocará que tu corazón se acelere con un beso? —La preguntó Amos, jadeando, mientras ella intentaba recuperar el aliento. Sus labios estaban rojos e hinchados por el exigente beso del futuro duque.

—Pues claro, se puede disfrutar con cualquiera. —Mintió ella como una bellaca.

Cuando él agarró su pecho que se podía apreciar perfectamente a través de la fina tela del camisón, ella sintió que se derretía.

Amos apretó y con voz gutural dijo. — De aquí van a mamar mis hijos, hermosa. Por mucho que lo niegues eres mía y te lo voy a demostrar esta noche.

La cogió en brazos, provocando un grito de sorpresa y la tiró sobre la cama, empezando a desvestirse ante su vista. Zoella tragó saliva, sin poder moverse. Ver su torso otra vez, la hacía pensar únicamente en cosas indecentes que provocaban su sonrojo. Miles de imágenes de cómo tocaba ese cuerpo a floraban en su mente.

Amos quedó completamente desnudo ante ella y Zoella se quedó perpleja. Nunca había visto esa parte de su anatomía. Era enorme, una monstruosidad. —"¿Cómo había entrado eso en su cosita?" — Pensaba, embelesada, sin apartar los ojos de allí.

—Si sigues mirándome así, no podré hacerte todo lo que deseo. —La dijo Amos con la voz ronca, robándole el aliento.

Cuando por fin estaba a su lado, la besó despacio, saboreando sus labios como si fueran un delicioso manjar.

—¡Abre las piernas! —Ordenó y ella obedeció, esa personalidad tan fuerte y apasionada la excitaba aún más.

Amos levantó su camisón hasta su cuello, y acarició su triángulo de venus, robándole varios gemidos que penetraron directamente en el corazón del futuro duque.

Él besó su cuello tan lentamente que era agonizante. Sus expertos labios bajaron más, hasta llegar a sus pechos que torturó deliciosa-mente, mientras ella agarraba las sabanas con fuerza, llegando a romperlas.

Cuando al fin dejó sus pechos, que ya estaban duros como unas rocas, besó su ombligo, haciéndola cosquillas y antes de que se diera cuenta, su lengua estaba en ese sitio que tan mojado y caliente estaba.

Zoella gritó de placer, creyendo que estaba en otro mundo, porque nunca antes había imaginado que existía semejante deleite.

Amos chupó con hambre su botón sensible y ella estalló en un goce indescriptible que la catapultó a un mundo lleno de colores.

Antes de que logrará recuperarse, de una sola estocada, él ya estaba en su interior, empezando a moverse y a acrecentar otra vez su placer. Fue tan intenso, lento y despiadadamente rico que Zoella lloraba por la liberación.

Amos la torturó deliciosamente hasta que empezó a acelerar el ritmo cada vez más hasta que juntos alcanzaron la cima.

La luz del sol la despertó. Palpó con la mano lo que parecía ser un abdomen y uno muy firme... Inmediatamente recordó todo lo que había pasado la noche anterior. Se sonrojó hasta la raíz del pelo. Se levantó con cuidado, pero, unos brazos fuertes la atraparon quitándole el aliento.

—¿A dónde vas esposa? —Preguntó Amos con voz ronca.

—No soy tu esposa, Amos. ¿A caso tengo una alianza en el dedo? — Le respondió ella haciéndole reír.

Zoella le miró fascinada, reír le sentaba tan bien.

—El sonido de tu risa es relajante. —Dijo las palabras sin darse cuenta y enrojeció de la vergüenza.

Amos sonrió y contestó. — Cuando tú sonrías siento que todo lo que necesito en la vida ya lo tengo. Pienso ser el causante de tu risa siempre, mi amor.

A Zoella se le empañaron los ojos. Deseaba creer en esas bellas palabras tanto...

—Dime que esto no es un sueño. —Suplicó y a él se le encogió el corazón.

—Fui un canalla insufrible. Es normal que te cueste creerme, pero te lo demostraré. Eres lo más importante para mí Zoella, pero nunca antes había sentido algo semejante y no supe cómo comportarme y cuando me raptaste, me sentí engañado, como si todo fuera un juego para una caprichosa pirata, que ahora sé que estás muy lejos de ser así.

—¿Y cómo tu opinión cambió tanto sobre mi persona? —Se interesó Zoella.

Te observé detenidamente y mis pensamientos se confirmaron cuando pregunté por ti a la gente. Se trataba de personas con las que te habías topado. Ninguno dijo —"Es una asesina sangrienta". No, preciosa. Todos decían que tienes un corazón tan grande como el Reino de Inglaterra. Todos hablaban de cómo les habías ayudado, de lo luchadora que eres... Eran personas pobres, que no tienen por qué mentir porque no tienen mucho que perder. Así acabé avergonzándome de mi mismo por cómo me comporté contigo.

—¿Cómo vamos a bajar? Mis padres entenderán... —Preguntó Zoella, avergonzada.

—Ya lo saben. Les conté todo lo sucedido entre los dos.

—Lo planearon todo. Que Grace ganará el juego os vino de perlas.

—Sí, admito que por un momento tuve un auténtico terror de que en su lugar fueras tú.

—Tal vez habría sido mejor. Sería una reina. —Contestó Zoella con altanería.

—Ya lo eres. La reina de los mares y la reina de mi corazón.

Se sonrojó de gusto sin poder disimularlo, haciéndole reír.

—¿Vamos a desayunar? ¿No tienes hambre? —Le preguntó ella sin siquiera entender lo provocativa que estaba siendo.

—Tengo hambre, pero no de comida sino de ti. —Respondió Amos y a continuación empezó a acariciar el trasero femenino, provocando suspiros en Zoella.

—Podemos comer más tarde... —Gimió la pirata.

Amos gruñó en respuesta.

Tres días más tarde:

—Amos, para. Seguramente hasta los animales descansan. —Dijo Zoella riendo a carcajadas. Todos en la mansión estaban escandalizados, pero a estas alturas ya nada les sorprendía. El servicio les dejaba la comida ante la puerta y la pareja llevaba días comiendo, durmiendo, hablando y haciendo el amor frenéticamente. Sobre todo, eso último.

Cuando por fin se dignaron a salir todos les miraban y hablaban en susurros sobre el apetito demencial que tenía el marido de su señora.

—¡Una bañera de agua caliente para mi esposa! —Ordenó Amos.

Aurora trajo la bañera riendo estruendosamente.

—Señor, debo lavarla sin su presencia. —Dijo la joven, sonrojada como un tomate.

—Yo mismo me encargaré de lavar a mi esposa. —Respondió Amos, dejándola boquiabierta.

Aurora se fue de allí murmurando que ojalá su prometido no fuera tan voraz en la cama porque si no estiraría la pata antes de los treinta.

—¡La has escandalizado! —Echó la bronca Zoella a su esposo cuando quedaron a solas.

—Métete en la bañera, hermosa. —Habló él y cogió el jabón de rosas en las manos comenzando a enjabonar el cuerpo de la futura duquesa de una manera que invitaba al placer. El jabón cayó al agua y Amos dijo.

—Ups, se ha resbalado. Voy a buscarlo...

Se notaba a leguas que lo había hecho a propósito y Zoella le fulminó con la mirada.

La mano de él empezó a remover el agua hasta sujetar la pastilla y empezar a frotarla sobre el sexo de Zoella.

Ella arqueó la espalda, gritando mientras todo el suelo se mojaba poniéndose perdido.

Amos la miraba malicioso...

Era ya de tarde cuando la pareja bajó al salón. Los padres de ambos se encontraban allí jugando a las cartas y bebiendo vino.

—Oh queridos, por fin habéis bajado. Creímos que allí os ibais a quedar. —Dijo la duquesa Hamilton y Zoella quiso que la tierra se la tragase.

—Bueno, ya que estáis aquí, podemos empezar a planear la boda. Esta situación no puede seguir así, estamos en boca de todos. —Dijo la mujer. La madre de Zoella asintió.

—Estoy de acuerdo con la duquesa Hamilton. En cuanto os caséis iréis de viaje a las tierras de tu esposo, hija. Tu suegra desea conocerte. —Mucho. Admito que Zoella nunca ha sido la esposa que yo tenía en mente para mi hijo, pero a estas alturas, todos sabemos lo asombrosa que es y solo me puedo enorgullecer de tenerla como nuera. —Respondió la madre de su marido emocionándola. Los duques asintieron satisfechos, sin decir nada.

En ese momento entró una Aurora, feliz como una perdiz.

—El rey le ha pedido matrimonio a Grace. Mejor dicho, se lo ha ordenado y ella ha aceptado por supuesto, gustosamente. Por tanto, soy la nueva dama de la reina de Inglaterra, oficialmente. En un mes nos casaremos con Rupert.

Todos aplaudieron felices.

—Esto merece una celebración. —Dijo el suegro de Zoella.

—He pensado que podríamos celebrar nuestras bodas juntas, pero dada la situación, creo que Zoella y milord Hamilton deben casarse ya. Dijo Aurora. Zoella lo comprendió, no tendría una boda como Dios manda, pero es que ya habían hecho escándalo tras escándalo y no podían permitirse vivir en pecado.

—Traeremos al cura, mañana por la mañana. —Tomó la decisión el duque William. Todos dieron el visto bueno y se fueron a la sala de música. A la duquesa Eleonor la apetecía tocar el piano, por primera vez desde hacía trece años.

A la mañana siguiente vistieron a Zoella con el vestido de novia de su madre. Aurora hizo su cabello cuidadosamente, dejándolo hermoso. Iban a celebrar la unión en el jardín.

Muchos sirvientes estaban tras las puertas mirando felices a sus futuros señores, contentos porque se veía que eran justos y de buen corazón. Ya podían imaginar a la casa llena de risas y voces de niños.

—Es tu día. —Dijo Aurora con los ojos llorosos.

—Me habría gustado que estuvieran algunas personas de mi tripulación. —Habló Zoella con tristeza.

Aurora lo entendió, pues ellos eran como su familia también.

—Piensa que el duque Hamilton es muy indulgente, comprensivo. Ha dicho que te permitirá verles de vez en cuando. Él se siente agradecido porque esa gente te ha cuidado desde que eras pequeña. Zoella asintió. Era verdad. Amos la estaba demostrando que la amaba y que la respetaba, se mostraba realmente tolerante con su situación. Algo que muchos hombres de la sociedad no estarían dispuestos a hacer.

—¡Estás hermosa, hija! —Dijo Eleonor mirándola desde el rellano de la puerta de la habitación. La duquesa lloraba emocionada y Zoella se levantó para que ambas se fundieran en un abrazo. Aurora las miraba, encantada de la vida. Todo se ponía en su lugar.

Las tres mujeres salieron de la estancia. Los pocos invitados que asistirían a la boda, ya estaban en el jardín junto al cura y al novio, que estaba tan nervioso que trepaba por las paredes.

El duque William esperaba a su hija y ella agarró su brazo y comenzó a caminar, mientras su padre le sonreía y ella sabía que comenzaba una nueva vida.

Al llegar hasta el jardín se fijó en sus invitados. Su familia, Lady Pembroke con su esposo y los padres de Grace que estaban muy agradecidos a Zoella por lo que había hecho por su hija. ¡La había convertido en una reina!

Después, su mirada se posó en Amos. Era tan apuesto que quitaba su aliento. Él la miraba con amor y entonces Zoella supo con total seguridad, sí era el hombre de su vida.

La ceremonia fue hermosa. No era la gran boda deseada por cualquier mujer, pero sí era emocionante. Las promesas que se hicieron los novios mirándose a los ojos tan enamorados hicieron llorar a todos. Sobre todo, cuando Amos dijo: — *En la vida pocos tienen la suerte de haber encontrado su otra mitad. Yo le agradezco a dios el haber sido uno de los elegidos de saber y vivir lo que es el amor de verdad.*

Todo era idílico. Y después de la boda se marcharía de Buckingham para conocer las tierras de su marido. Era tan feliz que pensaba que iba a estallar su corazón en mil pedazos.

El viaje había comenzado y duraba mucho tiempo, a la duquesa Clarise se le habían hinchado los tobillos. Afortunadamente pararon a pasar la noche en una posada. El mesero les había atendido muy bien y las gachas con miel que se habían zampado, estaban buenísimas y perfectas para calentarse del frescor que hacía en la noche.

Durmieron a gusto y a la mañana partieron más descansados. A Clarise le habían masajeados los pies y ahora no refunfuñaba, lo cual era un alivio para todos.

—Gracias a dios que esta vez no se nos ha cruzado ningún bandido. Dijo el duque conforme, al ver que cada vez se encontraban más cerca de las tierras de Wellington.

—Tranquilo suegro, ahora estoy yo. —Le respondió Zoella, divertida. Su comentario no fue recibido mal, sino con risas.

El resto del viaje fue cómodo. Las dos mujeres se habían dormido mientras que los hombres vigilaban y estaban alerta hasta el final.

—Preciosa, despierta. Ya estamos en casa. —Le dijo Amos, acariciando con ternura su mejilla.

—¿Ya? —Preguntó ella somnolienta y él quiso devorarla, pero no podía ante la vista de sus padres.

—Sí, venga. —Amos la levantó en brazos mientras ella abría los luceros.

Ante su vista se descubrió un campo rural tan grande que no se veía su fin. En medio estaba la casa que era tan hermosa que Zoella sintió amor a primera vista, al igual que había sentido por el dueño del caserón.

Era blanca con grandes balcones llenos de flores. Ante las puertas de madera estaba todo el servicio más el mayordomo. Parecían felices de volver a ver a sus señores.

—Tendrás que aprender a administrar todo esto. —Le dijo Amos.

—No será difícil. —Respondió ella.

—Pues claro que no. Me ha tocado la mujer más bella e inteligente. — Ella se sonrojó de gusto.

Vamos a aliviarnos y después te mostraré todo. Más tarde bajaremos al pueblo para que conozcas a la gente de Wellington. Te enseñaré mis lugares favoritos. —Habló con emoción su marido.

Zoella le miró fascinada. No paraba de agradecer por tenerlo de esposo, aunque un miedo irracional de que todo eso se rompiera la asustaba hasta ponerle el pelo de punta.

Los sirvientes habían sido de lo más amables. Una joven llamada Elena, era su nueva dama. No era tan mañosa como su Aurora, pero era buena y amigable.

Después de aliviarse y comer algo ligero, salieron a dar un paseo.

Los caballos que tenía su marido eran espectaculares. —Este es el tuyo. — Dijo él, mostrándole uno negro y brillante. Era de ensueño.

—Muchas gracias, esposo. Es magnífico.

—Sabía que te iba a gustar.

—¿Cómo? —Preguntó ella sorprendida. Pues, lo cierto es que no se conocían mucho.

Amos sonrió y empezó a hablar.

—No te conozco tanto como me gustaría, pero sé que lo que más te importa es el bien estar de los tuyos. Muchas veces haces las cosas únicamente pensando en los demás, como cuando juegas al ajedrez con tu padre solamente porque sabes que a él le hace feliz. Eres generosa, testaruda, apasionada...

Sé que siempre te has sentido sola y te prometo que jamás volverás a sentirte así, porque yo intentaré ser un compañero de vida digno para ti. Sé que cuando comes, piensas en mil cosas y te quedas sin probar un bocado, hasta recordar que estabas comiendo. Sé que adoras el pescado frito y las gachas con miel. Sé que no tienes un color favorito. Sé que el mar te hace sentir libre, sientes que te comprende y por eso cada vez que se acerque esta fecha iremos al mar porque jamás se me ocurriría apartarte de algo que amas. Pero, sobre todo, ¿sabes de qué más estoy seguro?

—¿De qué? — Preguntó ella emocionada.

—De que este regalo te encantará. —Amos sacó de su bolsillo una cajita en color granate con un lazo dorado. Zoella lo abrió con la alegría de un niño, haciendo sonreír a su esposo. Cuando vio el collar de esmeraldas en forma de corazón que había visto en aquella joyería, sintió que sus lágrimas salían por sus ojos, sin poder remediarlo.

—Me espíaste... —Dijo sonriendo.

Amos borró sus lágrimas y contestó. —Los celos me mataban, preciosa.

Su duque le colocó su nuevo collar y juntos cabalgaron. Hablaron tanto que las horas se les pasaron volando. Ahora ella se sentía mucho más cerca de su marido, pues ya sabía cosas sobre su persona que no hacían más que acrecentar su amor por él.

Amos la había enseñado uno de sus lugares favoritos. Un pequeño arroyo donde se escuchaba a los pájaros cantar. Le había contado que, de niño, allí había perdido a su mejor amigo mientras jugaban. Eso había sido una tragedia que lo había perseguido toda su vida. Después de varios años, su hermano mayor había corrido la misma suerte. Un pirata le había asesinado a sangre fría mientras navegaban junto a su padre.

A Zoella se le había cortado la respiración. Llorando junto a él y acompañándole en el dolor de sus recuerdos. Ahora comprendía su gran odio al principio y entendía algo más. El mayor miedo de su esposo era perder a un ser querido.

Aquel día sería inolvidable para los dos enamorados que sellaron su amor con un beso acompañados por la luna y los dolorosos recuerdos que dejaban atrás.

Después de un mes:

—Mi amor, debo ver cómo están los caballos. —Dijo Zoella a su esposo que no la dejaba en paz.

—Empiezo a estar celoso de que estés todo el tiempo con esos animales. —Contestó como si fuera un niño teniendo un berrinche.

—No nos llega con dos cuidadores. En el pueblo, el marido de June, sería perfecto para el puesto. Además, están en una situación difícil y necesitan ayuda económica. —Amos la miró admirado. Su esposa ya conocía a todos los habitantes de Wellington y todos la adoraban. Como mujer que era, no podía administrar la fortuna, sería mal visto, mucho más que eso. Pero, era tan capaz que Amos la dejaba hacerse cargo a escondidas y lo hacía bien. ¡Vaya que sí! Administraba con mano de hierro y era una buena amazona, tan inteligente que había inventado varias formas de trabajar mucho más eficientes que doblaban la fortuna.

Amos no se sentía en lo absoluto enfadado por su gran capacidad. La mayoría de los de su sexo, sí estarían de lo más ofendidos si una mujer les supera en inteligencia, pero él no. Hamilton admiraba a su esposa. Era su mejor amiga, compañera y amante.

—No sé qué he hecho para merecerte. —Dijo él, dejándola desconcertada.

—He recibido otra carta de mamá. La boda de Aurora y Rupert es la semana que viene.

—Partiremos mañana. No nos perderemos el enlace de tus mejores amigos, por nada del mundo.

—Me han llegado nuevos conjuntos, querido. Quieres que me los pruebe. —Le dijo traviesa. Amos estalló en risas. Era tan directa que una vez le había dicho. —"Amor, quiero que me des más duro en el lecho". —Eso le había dejado pasmado. Nunca se aburría con Zoella, ella siempre le sorprendía.

—Me encantaría amor, pero debo decirte, que ese vestido nuevo que te has comprado lo desapruébo. —Contestó Amos con expresión seria. Hablaba sobre un vestido de color lila con el escote muy pronunciado.

—Querido, todas las mujeres llevan ese tipo de escote. —Le dijo Zoella, haciendo un puchero.

—¡Mi esposa no! —Respondió furioso, pues había recordado cómo en aquella cena de los Harrison todos los hombres observaban los pechos de su esposa, descaradamente.

—Oh, ya empiezas con tus celos. Te pones muy mandón. —Le dijo ella enfadada.

Ese tipo de discusiones pasaban a veces. Amos tenía unos celos impresionantes. No enfermizos, por supuesto, pero sí que se ponía inaguantable con el tema. A Zoella le gustaba provocarle porque luego, después de discutir se perdonaban en la cama y él era muy intenso.

—Amor, sabes que odio que otro te mire. Si hasta se te veía el pezón. Dijo derrotado. Esta mujer iba a volverle loco.

—Muy bien...Pero que sepas que me encanta ese vestido.

—Póntelo en mi presencia únicamente.

Zoella sonrió porque para todo encontraba una respuesta. En realidad, el vestido era horrendo, no le gustaba nada. Pero, daba gusto poner de ese humor a su querido esposo.

—Luego me tocan las clases de piano. ¿Vendrás a verme? —Le preguntó ella y él respondió. —No me lo perdería por nada.

Si había algo que se le diera mal a Zoella Hamilton, era la música. Sencillamente no tenía oído. Amos pagaba sus clases de piano y aguantaba su música sin decir nada. Con el tiempo había aprendido a disfrutar de su peculiar forma de tocar. Incluso sus amigos disimulaban ante la ex pirata. Se la veía tan feliz en su piano, que les daba pena decirle que eso parecía como si el mundo estuviera a punto de acabar.

—Bueno, me voy. Nos vemos a la hora del té. Tu madre dice que nos tiene una sorpresa. — Se despidió de su amor con su habitual beso.

Amos estuvo entretenido con algunos cálculos sobre una de las fábricas del duque.

A la hora del té, sus suegros llegaron con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vais a ser los duques de dos ducados muy importantes. Tenéis a vuestro cargo tantas tierras y personas que merecéis lo mejor. Hemos pensado que hay cosas en las que no hay que escatimar en gastos, así que os hemos comprado un carruaje digno para vuestra posición.

Los duques Hamilton se levantaron y se dirigieron hacia la entrada de la casa.

Zoella jadeó al ver un carruaje muy costoso. Era blanco con detalles dorados con el escudo de los Hamilton. Sabía que se lo podían permitir, pues su asignación era muy sustanciosa, los negocios de su esposo iban viento en popa, pero no podía evitar abrumarse con tanto lujo.

Pensó en su tripulación. Esperaba que se encontrarán bien. Les había enviado una carta, a uno de los sitios en los que solían descansar. —Ojalá la hayan leído. —Se decía.

También echaba de menos a sus padres. Afortunadamente mañana emprendería un viaje rumbo hacia ellos.

Capítulo 11

“La maldad no es algo sobrehumano, es algo menos que humano”. (Agatha Christie)

El camino había sido pesado, más que la primera vez. No sabía por qué, pero desde que había visto los huevos revueltos por la mañana había empezado a vomitar. Durante el trayecto tres malditas veces había echado todo lo poco que se había tragado desde que empezaron con el infernal viaje. Para colmo unos malhechores les atacaron a mitad del camino. — ¡Dadnos todo lo que tengáis! —Habían dicho los dos tipos. Zoella había levantado su ceja mientras su marido murmuraba por lo bajo — ¡Ya empezamos!

—Si lográis ganarme en una pelea os dejamos todo el carruaje. —Había dicho Zoella provocando los jadeos de sus suegros.

—Milady, esto no es un juego. —Le había contestado uno de los bandidos.

—Oh, yo hablo muy en serio, buen hombre. —Había respondido esta con sorna y sarcasmo.

Amos se mantenía callado, mientras los dos hombres reían estruendosamente.

—Pues, empiece milady. —Había dicho el que era más feo de los dos. La situación parecía divertirle mucho.

Zoella bajó del carruaje como una delicada florecilla y los bandidos empezaron a reír aún más fuerte.

La futura duquesa caminó grácilmente y antes de que se dieran cuenta le dio una patada a uno de ellos en toda la cara. El otro quiso atacarla, pero Amos salió del carruaje con una rapidez asombrosa y lo tumbó de un puñetazo.

La pareja había pateado a los dos sinvergüenzas hasta que estos se habían desmayado.

Luego prosiguieron con su viaje. Zoella estaba más contenta. Descargar su rabia contra esos tipos había mejorado su humor.

En cuanto llegaron a Buckingham, a la mansión familiar, ella bajó corriendo, mientras su esposo gritaba.

—Ten cuidado, mujer.

Los duques Etherington estaban junto a Aurora y a Rupert sonrientes. Lady Pembroke también estaba. Se la podía reconocer de lejos, pues llevaba un vestido imposible. Súper pomposo y de color amarillo chillón.

Zoella abrazó a sus padres gritando.

—¡Madre! ¡Padre! Miren qué carruaje me han regalado mis suegros. Sus padres asintieron satisfechos.

—Es muy bonito, hija. Digno de una duquesa. — Había respondido su progenitora.

Después abrazó a Aurora y a Lady Pembroke, pero antes de llegar hasta Rupert, su esposo la había atrapado por la cintura provocando las risas de todos por sus celos.

—Debéis estar cansados del viaje. Pasen a tomar el té y hablaremos sobre la boda. —Dijo Eleonor.

—Oh, querida. ¡Qué detalle que dejéis que se celebre aquí! —Habló Clarise.

—Aurora es como otra hija. —Respondió la madre de Zoella.

— ¡Tengo mucho que contarte! —Habían dicho al unísono las dos amigas que casi eran hermanas.

El duque William sonrió como si las mujeres fueran imposibles.

—Descansad y luego podréis parlotear como gallinas. —Les dijo en broma y todas las féminas jadearon indignadas.

Zoella entró en su casa, saludando a todo el servicio que estaban de lo más contentos por su llegada.

Se fueron a la salita donde solían tomar el té. Mujeres estaban en un lado, hombres en el otro.

El mayordomo no tardó en llegar con tés y pastelitos de fresa.

La duquesa Eleonor preguntó mil cosas a su hija y cuando esta le respondía feliz, el alivio que recorrió su ser era impresionante. Sabía que Amos y Zoella se amaban, pero se habían conocido en unas circunstancias bien feas y la duquesa temía que no llegarán a entenderse, pero al parecer les iba de fábula.

Aurora les había enseñado su anillo de compromiso. Un solitario enorme y brillante. El de Zoella era más pequeño porque a ella le gustaba así. Por supuesto, ella también había mostrado el collar que Amos la había regalado y cuando les contó que él la había espiado y la forma en la que la había entregado la joya, todas las mujeres suspiraron, soñadoras.

Planearon juntas los últimos detalles de la boda de Aurora y Zoella se fue a acostarse un rato. Estaba realmente desgastada por el viaje. Más tarde le hablaría a Aurora sobre lo de los bandidos. Ante su madre no se atrevía porque seguro que ponía el grito en el cielo, aunque probablemente su suegra acabaría contándoselo.

Justo antes de cerrar los ojos oyó el grito desgañitado de su madre.

—¡Zoella Etherington, ya Hamilton! Cuando te vea te pondré el culo rojo. ¡Qué es eso de pelear con bandidos! —Sonrió escuchándola antes de conciliar el sueño.

Aspiró el aroma de Amos, abrazándose a él. Se sentía feliz y plena hasta que unas arcadas la hicieron levantarse e ir hasta el pasillo. Antes de que gritará pasó Agnes, una de las sirvientas. Al ver su cara la mujer preguntó, desasosegada. —Milady, ¿se encuentra bien?

—Una palancana, por favor. — Pidió.

La sirvienta la llevó hasta otra habitación que estaba libre y rápidamente la trajo la palancana. Zoella vomitó hasta que su frente se puso perlada por el sudor.

—Milady, está embarazada. ¿Cierto? —Preguntó la sirvienta.

Zoella asintió, cansada. Se lo había confirmado una curandera en Wellington.

—Oh, los duques y su esposo estarán encantados.

—Agnes, no debe decírselo a nadie, deseo hacerles una sorpresa. —Le respondió Zoella.

—Claro milady, mis labios están sellados. —Contestó la mujer, riendo.

—Vamos a lavarla y que este presentable en el desayuno. Debe estar siempre bella para su esposo.

—Añadió la buena criada. Y así lo hicieron, cuando bajó a desayunar, Zoella procuraba no ver los huevos revueltos. Estaba espléndida con su vestido color granate. La tela parecía acariciar sus formas tan femeninas.

Su esposo la saludó con un beso en la mejilla. Sus padres y suegros, no tardaron en llegar.

Las duquesas hablaban sobre la boda de Aurora, mientras que los duques comentaban sobre la preocupación del rey, según el monarca los españoles eran un enemigo potencial contra el Reino de Inglaterra a tener en cuenta.

Justo cuando Zoella iba a meterse la cuchara con gachas en la boca, uno de los guardias interrumpió el desayuno.

—Siento la interrupción, pero hay un joven que dice conocer a milady y que tiene un mensaje muy importante para su persona.

Zoella pensó inmediatamente que tal vez se trataba de alguien de su tripulación.

—Iré yo, para comprobar. — Dijo Amos serio, haciéndola reír.

—Hágale pasar, mi esposo es un exagerado. Seguramente es alguien de mi tripulación. —Habló Zoella, resuelta.

—Milady, dijo que su nombre es, Isaac.

—¡Oh! Como yo dije. Es un mozo de mi barco. Hágale pasar, debe de tener noticias importantes

para mí.

El alivio de todos se notó en sus rostros al saber que ella conocía a aquel invitado no deseado.

—Enseguida, milady. — Respondió el guardia, dirigiéndose hacia la salida.

En ese momento apareció Aurora con Rupert. Se habían quedado allí a pasar la noche.

Su amiga llevaba un vestido amarillo pálido con un diseño exquisito. Parecía una princesa.

—¿Qué tal te encuentras? —Preguntó Aurora mirando en dirección de Zoella que se atragantó. El duque Hamilton le dio tres palmaditas en la espalda mientras a ella le sollozaban los ojos. Estaba claro por la mirada de Aurora que se había enterado de su embarazo. Zoella pensó que le iba a cortar la lengua a Agnes, en cuanto la viera.

—Mi amor, se te ha olvidado decirme que me amas. —Dijo Aurora a su esposo, ceñuda.

—Lo siento bella. Te amo. —Le respondió Rupert, divertido.

Todos les miraban sin comprender, así que Aurora aclaró.

—Me tiene que decir todos los días que me ama diez veces porque le gané en una apuesta.

El grupo empezó a reír, mientras Rupert se sonrojaba como un tomate.

—¿Y tú? ¿Me amas? —Le preguntó Zoella a su esposo, que la miró extrañado.

—Te amo tanto que sería capaz de...

Sus palabras se quedaron en el aire porque la puerta del comedor se abrió de golpe y todos jadearon al ver ante sí a un joven sin nada especial que destacar en sus rasgos, sujetar en sus manos un arcabuz mientras apuntaba hacia Zoella que se había quedado helada por la impresión.

—¡Vas a morir puta! Vas a pagar todas las veces que me humillaste haciéndome limpiar tu maldito barco y pagarás haberme roto la nariz. Hablaba como un demente, preparado para usar el arma, aunque se notaba que no era experto, pues se trataba de un arma de avancarga. Generalmente usado por la infantería. Estaba clarísimo que había robado el arcabuz.

Justo cuando iba a disparar se oyó el grito desgarrador de Amos. Un grito que ponía el vello de punta.

—¡No! —Había bramado mientras se ponía ante su esposa y recibía el tiro él.

Zoella gritó al verle caer al suelo y al ver la sangre que brotaba de sus costillas.

Eso descolocó a Isaac que fue inmovilizado por los guardias que habían acudido en cuanto habían oído el chillido. Afortunadamente estaban cerca.

Zoella sujetó a su esposo por la cabeza mientras lloraba desconsolada.

—Te amo tanto que sería capaz de dar la vida por ti. — Dijo Amos con expresión de dolor.

Después sus ojos se cerraron mientras la futura duquesa rugía que no les dejará solos.

Habían hecho llamar a un médico que precisamente en aquel instante se encontraba lejos. Zoella lloraba desgarrada mientras que su madre intentaba calmarla sin éxito. Había llegado a los oídos de la duquesa que tendría un nieto y el miedo de que los nervios afectarían a su hija y al feto la estaba mortificando.

Los duques Hamilton estaban desconsolados. Clarise lloraba junto a su nuera, mientras su esposo procuraba mostrarse fuerte, aunque por dentro se estaba consumiendo del dolor.

Ninguno de los dos iba a olvidar la impresión de ver a su hijo yaciendo en el suelo y sin respirar apenas, mientras su nuera lloraba por la posible pérdida de su único amor.

—Debemos sacar la bala. Si espero al médico mi marido perderá la vida sí o sí. Pero sí lo hago yo, gano tiempo y hay una posibilidad de que sobreviva. —Dijo Zoella y todos la miraron como si hubiera perdido la cabeza.

—Lo he hecho cientos de veces cuando había heridos en mi barco. Puedo hacerlo. —Les dijo con los ojos cuajados en lágrimas.

—¿Qué necesitas? —Preguntó la duquesa Clarise viendo a su hijo sobre la cama sin conciencia.

Seguía con vida, pero esta pendía de un hilo.

—Necesito agua, alcohol, paños y algún tipo de pinzas. —Respondió Zoella.

Las sirvientas se pusieron a buscar lo pedido en el acto.

—Te voy a ayudar. Tengo algo de experiencia en estas cosas. —Dijo Rupert, dejando a su prometida, que estaba temblando incontroladamente.

Zoella miró la herida de su esposo. No era profunda, se trataba de algo superficial, pero el dolor que debía sentir Amos, tenía que ser terrible.

Más aliviada al ver que no era tan grave como parecía, primeramente, limpió el sitio con un paño.

Rupert la pasaba todo lo que necesitaba e iba pidiendo, mientras la apoyaba moralmente.

La sirvienta Agnes trajo unas pinzas perfectas para la ocasión. Metió las pinzas dentro del agujero que perforaba la piel de su esposo. La bala estaba cerca de las costillas, pero ningún órgano importante estaba afectado.

Amos abrió los ojos sudando a mares y gritando desgañitado.

—Aguenta mi amor. — Le decía Zoella llorando, mientras lograba agarrar con las pinzas la bala que era una pelota en forma esférica que pesaba bien poco. Era increíble que una cosa tan pequeña pudiera provocar algo así.

Una vez que la sacó por completo. Lloró del alivio mientras las sirvientas limpiaban a Amos con paños y le daban de beber alcohol.

—¿Podrá aguantar hasta que llegue el médico? —Preguntó Clarise, sin fuerzas. Lo que acababa de ver se le quedaría grabado en la mente.

—¡Aguantará! Mi esposo es fuerte. Yo y su hijo le necesitamos. No se atreverá a dejarnos solos.

Después de una semana:

Zoella entró con una bandeja abundante de comida para su esposo. Amos se recuperaba muy bien, aunque para Zoella había sido una semana muy difícil. El estrés de pensar en su gran amor y en la vida que crecía en sus entrañas había provocado muchas noches donde no lograba dormir. Ahora que veía a Amos cada vez más fuerte y sano, lograba conciliar el sueño unas horas al día.

—Preciosa, debes descansar. —La reprendió Amos, preocupado al ver sus ojeras.

—Tranquilo, me cuido bien y nuestro hijo crece como debe de ser. —Le respondió Zoella con amor.

—Nuestros amigos han postergado su boda. — Dijo Amos, mientras su esposa se sentaba y le sujetaba las manos. Amos apretó su delicada pero firme mano, demostrando lo mucho que la amaba, necesitaba.

—Todos te esperan para poder celebrar, esposo. Así que debes darte prisa en ponerte bien.

—Si sigues dándome besos de buenos días y juegas conmigo a las cartas me recuperaré muy rápido, con tal de estar a tu lado y hacerte feliz. Preciosa, ¿por qué ese hombre quiso dispararte?

—Me tenía rencor, pero además... Hubo alguien que le pagó una cantidad bastante generosa para que me asesinará.

—¿Quién? —Preguntó Amos, tensándose.

—Rose. — Susurró Zoella. —Quise ir y matarla con mis propias manos, pero el rey ha tomado la decisión de castigarla públicamente. —Le informó la castaña.

—Es un hombre justo y cuando debe ser, es muy cruel. Ella ha atentado contra alguien de rango superior. El castigo será severo. Podremos ser felices, hermosa.

—Naturalmente. Seremos felices, aunque sólo sea por la desgracia de los envidiosos.

—Respondió Zoella, iracunda.

—No hay mejor forma de ganar a los enemigos que con una sonrisa. Le contestó Amos. Los dos se besaron con pasión.

—Eres una mujer impresionante. Muchas veces pienso en lo que hice para que dios me diera tanta bendición. Al principio me comporté contigo mal...

—Te perdoné y no me hice de rogar mucho.

—¿Por qué?

—Porque cuando me miras siento que me escuchas con sólo mirarme.

Epílogo

La pequeña Brave se había subido sobre Timothy y le tiraba de la barba con fuerza.

—¡Condenada niña! —Gritaba este provocando las risas de Zoella y Amos.

Se dirigían con La Furia del mar hacía un destino curioso.

Aurora y Rupert se encontraban en el continente africano. Rupert se dedicaba a la búsqueda de oro y había logrado encontrar tanto que muchos decían que ya era más rico que el propio rey.

Aurora estaba a punto de parir a su primer hijo y necesitaba a Zoella desesperadamente. Eso decía su carta, así que Zoella no se lo había pensado dos veces al emprender el viaje.

En su tripulación quedaban menos piratas. Muchos habían logrado trabajos más dignos, otros como Eddie que había encontrado el tesoro y se había vuelto uno de los denominados "*nuevos ricos*", no tenían título y no eran aceptados por la alta sociedad, pero sí que eran asquerosamente adinerados. Su querido Eddie había conseguido una esposa agradable que le había enseñado lo que es el calor hogareño. Timothy tenía suficiente riqueza para dejar la piratería, pero decía que esa era su vida y que no podría dejar el mar ni por la puta más hermosa del Reino de Inglaterra.

Zoella estaba esperando a su segundo hijo. Al principio Amos se negaba en rotundo que emprendieran ese viaje, pero como casi siempre, ella se salía con la suya. Lo malo era que su esposo era tan sobreprotector que no permitía que le cayera encima ni una mísera pelusa.

La pequeña Brave se acercó sonriente hacía sus padres. Llevaba en el cuello el collar que le había regalado su abuelo a su madre. Era la niña más querida de los mares y de Buckingham.

En realidad, a cualquier sitio que iban, dejaba su huella. Miró a su madre con sus mismos ojos mientras el viento agitaba su cabello negro.

—Algún día seré pirata. —Dijo esta.

—Pero, tu deber es ser duquesa. —Respondió su madre.

—Creo que puedo ser las dos cosas. Se me da bien mandar, me gusta y a la gente le gusta que les diga qué deben hacer. —Respondió la niña, dejándoles estupefactos.

La pareja se miró a los ojos y estalló en risas. Estaba claro que su hija iba a traerles muchos problemas.

—Cuando crezca, me casaré con Hans.

Hans era el hijo pequeño de la reina Grace y el rey.

—Ósea, vas a ser duquesa, pirata y reina. ¿No es demasiado? —Preguntó Zoella, divertida.

—Puedo ser todo, aunque será complicado cazar a Hans. Parece que se me resiste. —Dijo Brave, enfadada.

Zoella y Amos rieron con ganas. Lo cierto es que el futuro rey no podía ver ni de lejos a su pequeña que insistía e insistía. Lo que ninguno de los dos sabía es que su matrimonio ya estaba concertado desde que habían nacido.

Pero de eso se enterarían muchos años después...

FIN

Elizabeth Betancourt es una autora cuyas obras son coloridas, divertidas y siempre románticas. Próximamente publicará: Tormenta en Summerville y Tú, mi destino. Si quieres contactar con la autora, puedes hacerlo a través de:

Hotmail: suzanaverginieva@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/E.Betancourttt/>